

J. F. MORGAN

*La
Marquesa
de
Commemara*

Click
EDICIONES

ÍNDICE

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

LA MARQUESA DE CONNEMARA

J.F. Morgan



*Para el amor de mi vida, el que sopla las velas de mi barco y
nunca permite que zozobre.*

Prefacio

Mayo, 1852

En algún lugar de la Mancha

Allende las costas de Bretaña, surcando el canal de la Mancha, se descubre un reino inenarrable de tierras vírgenes que se extienden entre montañas, valles, lagos y mares. Morada de leyendas donde se aúnan fantasía y tradición, la comarca de Connemara alberga una belleza recóndita y salvaje.¹

Con exactas palabras se lo relató Nouce, su dama, los días precedentes a la aciaga travesía. Por vez primera en sus diecisiete años de existencia, Sophie pernoctaba en un admirable barco a vapor, camino de Irlanda. A hurtadillas había abandonado su lujoso camarote y había accedido al puente de proa por los enmoquetados pasillos de primera clase. Contemplaba con embeleso y nostalgia el astro marchito reflejando su pálida luz sobre las ennegrecidas aguas de quedos oleajes. Blancas espumas lamían los cascos del paquebote, abriéndose paso al hendir el mar. La frígida brisa se filtraba bajo la aterciopelada capucha y mecía los bucles sueltos de su cabello cenizo, semejante a la impoluta nieve de diciembre bajo el telón de la noche. El aspecto sobrenatural de su melena, de un rubio plateado extremadamente claro y brillante, le había sido otorgado en herencia por su difunta madre, Nicole, cuyos antepasados descendían de islandeses.

En su entorno divisó dos tierras, dos reinos, y ninguno la acogería. Francia, su país natal, se alejaba mientras el barco bordeaba las costas de Inglaterra. Un funesto diecisiete de mayo se cernía sobre ella. Una larga capa de terciopelo azul índigo la abrigaba y le envolvía íntegramente el cuerpo. Se

resguardaba de posibles miradas que la sorprenderían de presentarse cualquier individuo en el puente a deshoras. La afligida joven cavilaba acerca de su incierto y azaroso porvenir; un matrimonio de conveniencia inusitado, motivado por la índole de su secreto. Ocultaba un error capital que pocos conocían, pero que muchas bocas murmuraban.

Unas lágrimas que pendían de las combadas y tupidas pestañas de Sophie se deslizaron sobre sus niveas mejillas. Aunque la moda marcaba los cánones de belleza empujando a las mujeres a emplear artificios para embellecerse, rara vez acostumbraba a resaltar el albo natural de su tez con polvos de arroz, los cuales utilizaban la gran mayoría de las féminas, fuesen de noble alcurnia o de la más baja calaña.

Apenas percibía la cruda temperatura que flagelaba su figura, pues su corazón ajado se hallaba en peores condiciones, habiéndose tornado tan glacial como un iceberg. En pocos días, los que durara el tedioso viaje, se reuniría con su futuro esposo: un completo desconocido. Sophie no pertenecía a esa clase de muchachas francesas que gozaban de la suerte de cuestionar los fundamentos de las tradiciones insulsas, cimentadas en arcaicos pilares, las cuales las obligaban a beneficiar a sus familias con matrimonios provechosos. Ella se sometería a cualquier deseo que le requiriera su padre sin pedir explicación alguna, sin rebatir las costumbres ni reivindicar la renovación que exigía su pueblo tras la regencia de Bonaparte. De carácter sumiso y jovial, ella ambicionaba complacer, si era necesario, más allá de sus posibilidades. Así la educaron las monjas mientras asistió a la Société du Sacré-Coeur de Jésus, y así instaba las normas su padre, Jean Delacroix. Con sombrío pesar, se rindió al destino que le deparó cuando, un mes antes, la mandó llamar a su despacho haciéndola partícipe de sus planes...

—En unas semanas partiremos a Irlanda, donde te desposarás con el marqués de Connemara —adujo, indiferente, de pie junto a su escritorio Luis XV. Sus pequeños ojos redondos como canicas, escondidos detrás de unas lentes de fina montura metálica, ojeaban unos documentos.

—¿Cómo dice, padre? —El corazón le dio un vuelco. Con las manos cruzadas sobre el voluminoso vestido de tafetán de tono mostaza, se oprimió la punta de los dedos.

—Después de tu pésima conducta no podrás más que estar agradecida. —Sonrió sarcásticamente sin mirarla. Agrupó los documentos y los guardó en uno de los estrechos cajones con tiradores dorados. Luego avanzó hacia la grandiosa ventana de cristales rectangulares, vestida de gruesas telas que resplandecían a la luz del vespertino sol.

—Padre, se lo ruego, permítame vivir aquí con usted. —Sus labios temblaron de impotencia. Sus dedos habían adquirido un tinte cadavérico, dada la fuerza empleada al apretarlos.

—¡Pequeña egoísta! Eres un magno lastre para mí. —Le dedicó una mortífera mirada suscitando que a la joven se le helara la sangre—. Además de obligarme a cargar con tu desgracia, ¿pretendes que acepte tu presencia, indefinidamente, en esta augusta casa? —bramó, como el sonido de un trueno que descarga su furia en un cielo *per se* embravecido.

—Perdóneme, padre. Tiene razón. Confío en su juicio. Me consta que hace lo mejor para mí. —Barrió el suelo con su centelleante mirada, henchida en lágrimas de desasosiego.

—¿Para ti? ¡Ja, pequeña necia! —Cruzó la alfombra persa de motivos intrincados, importada hacía escasos meses, y cuando estuvo frente a su hija le susurró con sorna—: ¿Cuándo has importado tú?

Sophie agachó aún más la cabeza, reteniendo las amargas lágrimas que le provocaban un nudo de espinas en la garganta. Deseaba preguntarse por enésima vez la razón del odio que le profesaba su padre, mas conocía de sobra los motivos...

En 1830, con treinta y seis años, Jean presenció como sus dos curtidos hijos, a los cuales amaba con adoración, se marchaban a la batalla. Se alistaron en el bando de los insurgentes contra el rey francés Carlos X, ofreciendo sus vidas a cambio de salvaguardar la independencia de la nación

en la revolución parisina denominada las Tres Gloriosas. Nunca los vio regresar, entristeciéndose de tal modo que jamás hubo en su corazón lugar para otra hija, nacida de un matrimonio posterior. Nicole, la mujer más hermosa que jamás hubo conocido y cortejado, con la que se había casado en 1832, murió veintiséis meses después dando a luz a su única hija, Sophie. Devastado a consecuencia de la pérdida de sus hijos aún patente, y del fallecimiento repentino de su bella esposa, culpó a Sophie de su último infortunio, despreciándola desde su nacimiento. Ella había causado la muerte de Nicole, ella era, pues, una indeseada. No obstante, con el transcurso del tiempo empezó a considerar la belleza de aquella hija maldita como una salvación venidera; su llave para abrir los cerrojos de la aristocracia. Él, al fin y al cabo, un adinerado vinicultor de Marne, en el condado de Champagne, siempre había codiciado un título nobiliario al que jamás lograría acceder sin Sophie, pues su beldad bien merecía casarse con un patricio aspirante. De este modo, Jean Delacroix se atribuiría la distinción que tanto envidiaba de familias solemnes. Por descontado, Sophie no podía más que someterse a su voluntad.

Capítulo 1

Francia, 1851

En una región vecina a la cosmopolita y decadente ciudad de París se hallaba la localidad de Châlons-sur-Marne, cuyos viñedos dominaba la mansión Bellevue, perteneciente a la codiciosa familia vinicultora Delacroix; una familia arraigada en el catolicismo, las normas y el recato. Denominarla mansión, no obstante, resultaba incorrecto. Solo a las propiedades de los nobles se les confería exclusivo derecho a recibir tal título. Mas con el tiempo, y a base de repetirlo persistentemente la familia Delacroix, los habitantes de aquel lugar procedieron a calificarla como mansión.

Acaeciendo el promedio del estío de 1851, Jean sacó a su hija del estricto y costoso establecimiento de París donde cursaba unos privilegiados estudios. Sophie evaluó las razones que le permitían pasar las vacaciones de verano en casa, entrañando estas que, en el fondo, Jean la amaba y la acogía como a una hija querida. Desde su infancia había soñado perennemente con ser aceptada por su padre. Sin embargo, cuando Sophie regresó a Bellevue a principios de agosto, aguardaban su llegada al pie de las escaleras de piedra el ama de llaves, su doncella personal, su dama y, para su sorpresa, su tía Adelaïde, a quien no había visto en años; recorría el mundo entero satisfaciendo sus conocimientos de las prácticas y costumbres de incontables países.

Conforme avanzaba la tarde, la estrafalaria mujer se encargó de darle la urdida noticia:

—¡Tengo nuevas magníficas! —exclamó, alzando el brazo de modo teatral, generando la danza de la manga estilo pagoda de su vestido señorial—. Tu

padre desea casarte. Ofrecerá un gran baile en unas semanas con el fin de presentarte en sociedad. Sendas tareas nos aguardan, sendas compras que realizar. —Juntó las manos sobre su pecho, donde pendía un precioso camafeo de nácar ornado de perlas—. Tal asunto me ha traído a Bellevue. Tu padre me escribió solicitando mi asistencia. Me ha autorizado una gran suma de dinero con el propósito de organizar tu puesta de largo. ¡Parecerás una princesa cuando acabe contigo, *jeune fille!*¹ —Su emoción coloreaba sus mejillas y teñía su voz de júbilo—. ¿Y bien, niña, no te alegras? —cuestionó al observar los almendrados ojos de un azul de Persia de su sobrina, en los cuales reinaba un mar de desánimo.

—Supongo... Sí... Verá, tía... Conjeturé que padre lo postergaría hasta mis dieciocho años —lamentó, con su tono de voz angelical. Depositó su taza de café con leche sobre el platito de porcelana de Limoges. La mano, luciendo un juvenil y estrecho guante blanco, le temblaba.

Las dos mujeres disfrutaban de la merienda en la terraza de verano, bajo un manto de flores olorosas que colgaban de la pérgola cual péndulos, meciéndolas la plácida brisa. De súbito se le había quitado el apetito a Sophie, suscitando que olvidara los pastelitos, tartaletas y pastas exquisitamente dispuestos sobre un delicado servicio, acompañado de un mantel de encaje blanco.

—¿Un año más, un año menos, qué importancia tiene? Eres una joven bella y núbil. Y es tu cometido. —La fulminó con sus ojos de un acentuado ámbar, aunque velando el reproche se descubría un atisbo de cariño y comprensión.

—Por supuesto, querida tía. —Esbozó una leve sonrisa.

* * *

Aquella tarde, Sophie fue al encuentro de su padre pese a las objeciones de su obstinada tía. Deseaba saludarlo y comentar con él la aceptación de sus obligaciones. Anunciar que se sometería a su albedrío, a sus deseos, que

simplemente ansiaba su felicidad, ganarse su respeto y... que echaba en falta un cariño paternal.

Para sus adentros, no obstante, trató de averiguar la explicación del apremio que impulsaba a Jean a interrumpir su ardua educación a fin de casarla. Habían transcurrido dos meses desde que, en junio, cumplió los diecisiete años, y tres años desde que no había regresado a Bellevue; desde 1848, cuando, debido a una revolución, las monjas de *les Dames du Sacré-Coeur* cerraron el internado enviando a sus hogares a las escolares de clase alta que allí se formaban.

Evocando aquella ocasión y el tiempo que Jean la había alejado de él, abundaron en sus ojos unas molestas lágrimas. «Tres sempiternos años sin verlo y sin recibir noticias tuyas. Toda una vida sin su atención... ¡Qué ilusa fui al imaginar que me recibiría con los brazos abiertos! —deploró—. Aunque no me sorprende su desinterés, yo maté a mi madre. Debo ser indulgente con él. Dispondré cuanto me ordene para ganarme su simpatía», ponderó recorriendo los anchos pasillos forrados de maderas que componían una combinación de tonos cremas y dorados.

Encontró el despacho de su padre vacío, por lo que se sentó en su sillón frente al escritorio y, acariciando la rica madera donde su padre apoyaba las manos, juzgó para sí: «No estoy preparada para el matrimonio, por mucho que mi formación manifieste mi disposición, mas me esforzaré en aceptar cualquier mandato». Si bien era una joven demasiado alegre y de naturaleza risueña para dejarse abrumar o devastar por la nostalgia.

Se alzó, resuelta, y se dirigió a las dependencias diurnas de la servidumbre: un comedor y una cocina particular, yuxtapuestos a la cocina de la propiedad. Las dependencias se situaban alejadas de las zonas patronales, al extremo de la puerta principal. Saludó a toda la plantilla como en cada ocasión cuando le otorgaban el excepcional privilegio de visitar Bellevue, frustrando las advertencias de su padre, quien le prohibía tales relaciones con el servicio. Reprobaba sus gentilezas con la plebe; una raza inferior, solía

decir. Desde pequeña, Sophie ideaba distintas formas de mezclarse con ellos. Les hacía compañía, ayudándolos y cantándoles para amenizar sus tareas mientras las doncellas limpiaban, las cocineras guisaban y los lacayos se esmeraban en sus quehaceres; Jean detestaba los cantos de su hija, castigándola de diversas maneras cuando la escuchaba.

—¡Eugénie! —entonó con entusiasmo, mientras corría con dificultad, enmarañándose sus piernas con las enaguas, la crinolina y el vaporoso vestido que, con las prisas del júbilo, difundía un sonido similar al batir de las alas de un colibrí.

Se estrechó en los brazos rechonchos de la cocinera; una mujer de cabellos canos y de arrugas agradables, con quien compartía una soberana afinidad.

—*Oh, ma chérie !* —¡Oh, cariño mío!, prorrumpió con vivida alegría la mujer. Sus ojos azules celeste se bañaron en lágrimas de adoración al advertir como se había convertido en toda una mujer—. Déjeme que la examine. ¡Qué preciosidad! Se parece tanto a su madre, que Dios la tenga en su gloria.

A los oídos de la joven las palabras sonaron como una divina melodía, hinchiéndose de orgullo ante la posibilidad de parecerse, aunque solo fuera una pizca, a su madre. Los lugareños habían difundido que Nicole había sido la mujer más hermosa y bondadosa de Châlons-sur-Marne.

—Te he añorado, Eugénie —su dulce y armoniosa voz, de matiz refinado, tremoló a consecuencia de la emoción al hundir el rostro contra el hombro de la cocinera.

Olía como antaño, a jabón de romero y a *baba au rhum*, un postre francés compuesto de un esponjoso *savarin* bañado en un exquisito sirope de ron y vainilla.

—No tanto como yo a usted, *ma chérie*. —En ocasiones especiales, cuando el *seigneur*,² como le gustaba a Jean que lo llamaran, no estaba presente, Eugénie se permitía esas inadecuadas muestras de cariño y familiaridades. De lo contrario acataba los formulismos dirigiéndose a Sophie como *mademoiselle* Sophie o *mademoiselle* Delacroix, y jamás la tuteaba—. Tendrá

mucho que contar. No me extrañaría que ya no le complazca la compañía del servicio, mírese... —Enjugó una lágrima que se deslizaba sobre su saludable mejilla; sus mejillas siempre lucían rojizas—. Se parece a un ángel.

El atractivo y el refinamiento de Nicole, transmitido a su hija, residía en la infrecuente melena rubia plateada tan clara como una perla, el cutis liso y níveo, y los ojos semejantes a dos gemas que enfrascaban un océano donde se reflejaban unas luminiscentes estrellas. Un ángel terrenal de gestos etéreos, de cuerpo curvilíneo, aunque esbelto, y rostro de aspecto frágil: ovalado y cuya barbilla terminaba en forma de corazón.

—No digas tales despropósitos, mi querida Eugénie. Siempre me complacerá vuestra compañía. Sois mi familia. —Contempló su entorno y observó las miradas de las ayudantas de cocina, y de algún mozo—. Me temo que voy a defraudaros. Apenas he salido del convento. Y cuando salía únicamente se me permitía visitar a la familia de Marine, la compañera de la que tanto os hablo durante mis estancias aquí. —Sonrió, formándose unos agraciados hoyuelos en los laterales de la boca.

—Aun así, intuyo que París será más divertido que mi cocina. —Se colocó debidamente su cofia blanca mientras ojeaba con recelo la nueva adquisición de Jean Delacroix, una estufa Oberlin; un mastodonte revolucionario dotado de varios compartimentos en los que hervir, guisar y hornear—. ¡Siéntese y no se guarde ni un detalle!

—De acuerdo. —Abrazó de nuevo a Eugénie y se acercó a las perchas donde colgaban los delantales—. Mas solo con la condición de ayudar en la cocina.

—Está bien. —La cocinera meneó la cabeza, escapándosele un sonoro suspiro—. Jeannette —una criada encargada de fregar los platos— hará guardia en la puerta y nos avisará si aparece su padre.

Su padre. Sophie no lo vio hasta el día siguiente, puesto que Jean nunca abandonaba su despacho o las bodegas donde almacenaban los exquisitos vinos Chardonnay, Pinot *noir* y Meunier, que servían para la elaboración del

distinguido champán; su marca era sumamente célebre en el mundo entero, proveyendo incluso a la corte inglesa.

Jean se las ingenió para desaparecer, de modo que solo coincidía con su hija a la hora de la oración y de la cena. La saludaba con una leve venia, tomaba asiento presidiendo la mesa y se levantaba antes siquiera de acabar el postre. Y si Sophie se atrevía a iniciar una conversación o formulaba una pregunta de índole personal —«¿Cómo se encuentra hoy, padre? ¿Se ha atareado mucho, padre? ¿Puedo ayudarlo, padre?»—, él se apresuraba a abreviar las respuestas o la interrumpía ordenándole silencio; nada le disgustaba más que alteraran su paz. Además, partía a Reims o a París, donde le requerían asuntos de negocios, ausentándose jornadas enteras, o mandaba a Adelaïde y a Sophie de compras con tal de no tropezarse con su maldita prole.

Desilusionada cuando menos, aunque jamás lo exteriorizó, se amoldó a la situación y se rindió a la ominosa verdad. Su padre solo ambicionaba deshacerse de ella; prueba de ello era el baile y consecuentemente la búsqueda de un pretendiente. A saber a qué hijo de señor, barón o vizconde la prometería, de no elegir a un hombre de avanzada edad, o a un viudo. A saber con qué personajillo acabaría desposándose.

«Al primer postor con un título nobiliario lo bastante jugoso, sin importar un carácter afable, un intelecto ágil o un talento admirable», suspiró imaginándose a un tiburón ensañarse con una foca.

Durante las dos semanas que sucedieron a su llegada, Sophie se dedicó, agradando a su tía y a su padre, a frecuentar la *boutique* de *madame* Lesage, una modista de Reims que realizaba los sueños de toda jovencita amante de la moda, o de damas de honorable procedencia que perseguían atraer miradas de envidia, enfundadas en sus magníficos atavíos. *Madame* Lesage recibía exclusivamente a señoras adineradas, rechazando cualquier otro pedido. De no presentarse en su *atelier* con una gran suma de dinero, la enjuta quincuagenaria ni se molestaba en atenderlas. Sophie fue dignamente acogida, o al menos el dinero del que disponía Adelaïde. Le confeccionaron dos trajes para cada

ocasión: baile, teatro, paseo de tarde, paseo de mañana, fiesta informal, reunión formal, comidas y cenas protocolarias, para tomar el té, viajar, montar a caballo, acudir a misa, y los correspondientes accesorios a las indumentarias: zapatos, ridículos, guantes, medias, tocados, abanicos, sombrillas y un aburrido sinfín de cintas, flores y plumas provenientes de comercios con los que *madame* Lesage trataba.

Cuán poco le interesaban esas materialidades a la joven. Rodeada de lujos intocables desde la infancia, nunca los apreció ni los disfrutó. ¿Cómo iba a lograrlo desde el internado?

Tampoco tuvo el placer de recibir un regalo de cumpleaños o uno de Navidad de parte de su padre. Nunca se molestó en ofrecerle nada, ni una sucinta tarjeta de felicitación, una flor, un libro, una mascota o un abrazo. Sin embargo, Jean bien se encargaba de costearle una carísima educación, así como las mejores ropas, con el fin de aparentar; no porque le generara ninguna fruición que su hija dispusiera de lo mejor. Todo se traducía en una fachada; una fachada de aspecto dorado y de tacto frío. Asimismo, se sucedieron las semanas hasta la fiesta, acumulando ostentosos trajes que le brindarían una envoltura lo bastante noble para cuando la cortejaran.

Una dócil Sophie fantaseaba ante el espejo de su tocador, una reproducción exacta del mismísimo mueble utilizado por María Antonieta. Su tía, agradeciendo su obediencia y sus intachables modales, le había correspondido obsequiárselo. La joven soñaba despierta, alabando el amor y sus maravillosos barnices sin reparar en sus entresijos o, más bien, sin conocerlos. Su candor y su inexperiencia le imposibilitaban tal erudición. Salvo los hallazgos leídos en los poemarios de Byron, en boga esa década, nada sabía sobre el tema. Y aunque secretamente anhelaba experimentar el amor, deducía que más valía dar rienda suelta a su imaginación antes de hallarse prometida al patán que elegiría su padre.

—¿Y si avergüenzo a padre? Temo que me desdeñen, Nouce —confesó, apocada, ante su madre nodriza, cuyo apodo le había proporcionado Sophie en

sus primeros años de vida. Al no saber pronunciar *mère nourrice* lo había acortado y convertido en Nouce.

En el fondo la aterraban las opiniones de los invitados. Escasas horas faltaban para celebrar su baile blanco; un baile privado frívolo, pues pocas familias presentaban a una sola señorita, sino que se agrupaba a unas veinte o veinticinco principiantes de edades comprendidas entre los dieciséis y los veintidós años.

—*Mais non !* —¡Claro que no!, respondió la profunda voz de barítono de Nouce. Divinizaba el reflejo en el espejo de la casta joven, vestida con una ligera bata que escondía su ropa interior: una camisola bajo un corsé, y unas enaguas sobre el fino calzón. Luego contempló la mueca vacilante en los labios de Sophie, mientras la doncella la peinaba—. Todos la amarán como yo la amo, *ma chérie* —argumentó, el ceño fruncido causado por la desaprobación. Detestaba cuando su niña se desvalorizaba.

Consideraba a Sophie su niña, pues al fin y al cabo se había encargado de alimentarla desde su nacimiento, dándole el pecho como lo habría hecho con su bebé, de no haber muerto en el parto. Tenían en común un hecho dantesco, una desgracia que las solidarizaba. Sophie había perdido a su madre al nacer, y diez días antes la mujer de cabellos castaño oscuro y ojos dorados había perdido a su hijo.

El galeno del pueblo, conocedor de la funesta noticia que se cernía sobre Nouce, había partido en su busca a la localidad vecina donde habitaba. Le rogó amamantar a una recién nacida, dado que Nicole había rechazado la práctica habitual, según tenían costumbre las francesas de buen abolengo, de emplear una madre nodriza, quien alimentaría a su hija durante los próximos meses o años; a Nicole le ilusionaba amamantar ella misma a su hija. Y aunque Nouce se negó en rotundo al principio debido a su congoja, una voz interior la incitó a aceptar. En cuanto vio a la rolliza Sophie, un sentimiento inexplicable se apoderó de su corazón y no logró abandonar su vera desde entonces.

—¡Eres mi ángel, Nouce! ¿Qué haría yo sin ti? —Sonrió de hoyuelo a hoyuelo.

En ese preciso instante, la tía Adelaïde penetraba en los aposentos, portando una arqueta entre las enguantadas manos.

—*Oh, ma chère !* —¡Oh, querida!, resopló con aires de grandeza, adoptando un aspecto de indignación—. He corrido, literalmente, por toda la ciudad en busca de esta dulce maravilla. —Agitó su ridículo, trabado a su muñeca cual cascabel, de modo que se adivinara el artefacto por su sonido—. Naturalmente ninguna buena gente de este... pueblo... —quitó una pelusilla invisible de su corpiño verde mar— tenía idea de la existencia de este producto, empero le solicité al apotecario que lo elaborara copiando al pie de la letra uno de mis recetarios.

—Tía, se lo agradezco, mas no debe molestarse tanto por mí —pidió Sophie, consciente del trajín que había ocasionado encontrar el producto misterioso.

—¡Tonterías! Además, todavía no sabes qué es. Y, por el amor del Cielo, cuántas veces he de repetirte que me tutees. —Se miró en el espejo y adcentó con una mano una de las plumas mustias de su moderno tocado, que amenazaba con precipitarse al vacío—. ¡Soy la hermana de tu padre, no una lejana tía o una extraña! —Depositó la arqueta entre las manos de Nouce, a quien había avisado de cogerlo mediante una insolente mirada, y rebuscó en su ridículo, extrayendo el famoso producto—. Un ungüento magnífico que se emplea en los labios. Cerezas, fresas y prunas trituradas. Debes aplicarlo con suavidad y después limpiar los grumos sobrantes. —Le mostró un receptáculo de porcelana en cuyo interior un viscoso concentrado lucía un tono bermellón.

Nouce alzó los ojos al cielo y Sophie enarcó una ceja. Acaecían décadas desde que nadie se pintaba los labios en Francia, considerándose vulgar.

—Tornará tu boca rosa y jugosa. Todos desearán cubrir tus labios con los suyos. —La tomó de la barbilla con el pícaro ademán del que goza una dama de cierta edad o de cierta sabiduría.

Sophie se sonrojó hasta la raíz del pelo, sintiéndose infantil y vergonzosa. Nunca había profundizado en el concepto de los besos, excepto los ajenos a los que podía recibir, los que leía en algunas de las novelas que colmaban las estanterías de la biblioteca familiar de Marine, pues las monjas del Sacré-Coeur censuraban ciertas lecturas. El temor de ser besada, no obstante, la delató tiñendo sus mejillas de un color escarlata.

—Bien, advierto que escogiste el peinado a la *Marie Stuart* que te recomendé. —Un recogido sencillo, como dictaban las normas en los bailes de debutantes—. Lo celebro, pues he traído una joya que perteneció a mi madre. La prefiero a la modesta tiara que adquirimos *chez madame Lesage*.

Tras depositar el frasco del ungüento en manos de Sophie, abrió la arqueta de madera bruna, contenedora de una esplendorosa diadema que representaba unas flores de lirios, confeccionadas en diamantes. La asió con delicadeza y se la mostró a Sophie como un orfebre muestra su alhaja más preciada.

—¡Es preciosa, tía! ¿Perteneció a mi abuela? Es todo un honor. Le... te estoy sumamente agradecida. —Volteó el torso a fin de apreciarla mejor. Entonces sus ojos azules se iluminaron y pergeñó una quimera: su madre acompañándola en su día de puesta de largo, su madre entregándole una joya familiar, su madre sonriéndole y transmitiéndole su amor con una simple mirada. Un sueño recurrente que jamás se realizaría.

—¿A qué esperas, Yvette? —espetó Adelaïde a la doncella de figura enclenque, pese a sus veinte años. Abrió sus ojos castaños como platos, enderezó la espalda y, con celeridad ante la voz severa, tomó la tiara—. Bien, sin demoras debo acicalarme. —Atusó los bucles de su cabello castaño dorado—. Regresaré en una hora y te vestiremos. Hasta entonces repasa los temas de coloquios pertinentes que hemos ensayado estas semanas.

Cuando volvió a franquear la puerta de los aposentos de Sophie, la encontró sentada en su diván de terciopelo morado. La joven aguardaba, intranquila, procurando no prestar atención al bullicio que subía de la planta principal: algunos gritos, bandejas de plata retumbando contra el suelo al

caerse, músicos ensayando... Sophie contempló a su refinada tía. La envolvía un intrincado vestido de blonda, de un rojo oscuro y lustroso. Unas puntillas negras adornaban las extremidades de la pomposa falda y partes del escotado corpiño, junto a las lazadas del pecho. Unos guantes blancos, como era tradición salvo si se cumplía un luto, subían hasta el codo de su delgado brazo. Un corto periodo transcurría desde que la delgadez como patrón femenino se había puesto de moda. Las mujeres ya no perseguían el aspecto saludable, entrado en carnes, que consolidaba su preclara alcurnia. La feminidad y la belleza imponían demostrar cuán delgadas las formas de la mujer, aun escondidas bajo toneladas de telas, y cuán blancas las pieles. En cambio, se criticaban los tónicos o el maquillaje que ocasionaban tales logros, incluso recurriendo a dichos embustes las voces que lo criticaban en público.

—Los invitados harán acto de presencia en cualquier momento —apremió Adelaïde.

Numerosas habitaciones se habían dispuesto para recibir a los invitados que no habitaban las proximidades. Sophie, recluida en sus aposentos, pues se le había ordenado permanecer escondida hasta su presentación, había escuchado las risas y los jolgorios desde la tarde anterior.

—Es hora de vestirme, Sophie. Insisto en que honres el linaje Delacroix esta noche.

El trasfondo de sus palabras, empleadas con sequedad, ayudó a Sophie a adivinar que Jean había conversado con su hermana.

—Prometo no defraudarte, tía. Ni a ti ni a padre. —Sonrió, amilanada; un amilanamiento suscitado por la inminente fiesta dirigida a una extensa lista de desconocidos, y por la obligación de hallar un marido entre ellos.

Nouce e Yvette se esmeraron en ceñir su corsé interior hasta que le costó respirar. Luego usaron un soplador, esparciendo polvos de arroz desde su cuello hasta sus manos, matizando los brillos del mador que, de lo contrario, aparecerían durante la velada. La ayudaron a introducirse en su fastuoso vestido blanco, dotado de varias capas de sedas y muselinas con bordados

dorados. La enguantaron hasta forrar sus brazos por encima del codo, y finalmente la cubrieron de finas y delicadas joyas que centelleaban a la luz del ocaso que penetraba con un halo glorioso en el dormitorio a través de las ventanas abiertas.

—Estás lista, *ma chère* —afirmó Adelaïde. Cerró el abanico de plumas negras que había desplegado para ventilarse—. Estaba en lo cierto cuando te aseguré que te convertiría en una princesa —susurró a su oído con una brizna de afecto, y aferró su mano trasmitiéndole ánimos.

Sophie aspiró con dificultad una gran bocanada de aire y la expulsó paulatinamente atisbando a Nouce, quien se deleitaba contemplándola de pies a cabeza. Su dama articuló, sin emitir sonido:

—*Ma princesse !* —¡Mi princesa!, se emocionó asomando a sus ojos unos rutilantes diamantes líquidos.

La mirada dorada de Nouce reconfortó a Sophie como un rayo de sol que asoma entre las nubes tras la tormenta.

—Gracias —murmuró muy bajito—. Gracias —repitió, alabando el trabajo de Nouce y de Yvette.

Marchó tras los ceremoniosos pasos de su tía y, acopiando valor, se dispuso a cumplir con su tarea, a la gracia del destino que Dios le reservaba.

Capítulo 2

En lo alto de la suntuosa escalinata de mármol de Carrara, Sophie aguardaba el momento decisivo. Los nervios, a flor de piel, desencadenaban unas palpitaciones vertiginosas de su corazón, que golpeaba su pecho con furor. Inhaló por la nariz y se mordió los labios, recordando humedecérselos eliminando el exceso del ungüento que los coloreaba. Juzgando la irisación hermosa y el brillo sutil, aun así se arrepintió en cuanto lo utilizó, mas de no usarlo su tía se habría sentido desairada. ¿Y si manchaba una copa de champán al beber? ¿Y si alguien reparaba en el artificio y la tachaba de frívola, de ignominiosa?

Cuando su nombre resonó en el majestuoso vestíbulo, acompañado del simbólico golpe de báculo de un lacayo, quien anunciaba los invitados al llegar, oprimió la baranda entre sus dedos. Ese era el momento decisivo. Asintió con la cabeza para sí, cerró los ojos un instante e inhaló una pesada bocanada de aire. La apaciguó, brevemente, el aroma a lavanda y rosas que permanecía en su piel tras el baño de esencias en el que se había zambullido horas antes. Deslizó la palma de la mano, envuelta en el guante blanco, sobre el pasamanos a fin de mantener la estabilidad, y posó un pie sobre un escalón inferior, lo siguió el segundo, luego el tercero, y así consecutivamente hasta que aparecieron los primeros rostros, provocando que su pulso se desbocara en demasía; jamás lograría contar a todos los presentes. Sonrió sin mostrar los dientes, como le habían enseñado, y se centró en el frufrú de su aparatoso vestido, impidiendo que el aterrador eco de su pecho que bombardeaba sus sienes la turbara.

—*Oh, elle est belle !* —¡Oh, qué bella!

—*Très jolie, oui.* —Muy bonita, sí, murmuraban.

—*Vraiment fine.* —Realmente fina, alababan su garbo.

Impresionable ante unos cuchicheos imposibles de clarificar en la distancia, buscó un semblante familiar, hallándolo al pie de la escalera. Adelaïde envolvía el brazo de su alto marido, recién llegado de Bélgica, residencia habitual del matrimonio. El tío Quentin, un hombre gentil, delgado, culto y en cuya mirada verde reinaba un sosiego perenne, se consideraba todo un escéptico respecto a la política y la religión ajena a la suya. Habiéndose casado con la inquieta y aventurera Adelaïde, sostenían temas de conversación interesantes y debatibles de los que departir sin aburrirse jamás. El tío Quentin inclinó la cabeza en son de reverencia cuando sus miradas se cruzaron, y susurró unas palabras al oído de su mujer, en cuyos finos labios se proyectó una sonrisa de orgullo. Sophie dedujo que felicitaba el magnífico trabajo de su esposa, logrando convertir a su sobrina en una dama. Acto seguido observó como su padre avanzaba, tendiéndole la mano mientras fingía con soberbia la mayor de sus sonrisas. O tal vez sí, irradiaba el pundonor que fluía en sus venas al ser el anfitrión admirado por todos. Depositó su mano sobre la que le ofrecía su padre, mientras este subía el primer escalón. Jean se volvió hacia los invitados a los que había recibido previamente en la entrada, y con voz gozosa afirmó:

—¡Queridos amigos! Es un placer y un honor para mí darles la bienvenida a mi hogar y presentarles a... —Se aclaró la voz—. A mi hija. Les deseo a todos una fantástica velada. Coman, beban, bailen y disfruten con plenitud. ¡Qué Dios los bendiga! —Alzó la mano al cielo.

Ni una palabra más pronunció en relación con su hija, a quien la multitud destinaba la mirada, centrándose en ella toda la atención. Todos aplaudieron y los trajes negros de gala de los señores, asistidos por el rumor de las faldas de sus acompañantes, se dispersaron alcanzando con júbilo la sala de baile.

—Luce muy apuesto esta noche, padre —halagó Sophie, sin provocar en él emoción alguna—. ¿Abriremos usted y yo el baile? Sería fantástico.

Esquivó cualquier respuesta. Su rostro inalterable proseguía exhibiendo

una sonrisa mecánica; una sonrisa que jamás alcanzaba sus ojos, empujados por los cristales de las lentes circulares.

—Saludemos ante todo a ... —detuvo su orden ante la interrupción de *monsieur* Lefebvre y su esposa; la figura de ella abarcaba más espacio a lo ancho que a lo largo.

—¡*Monsieur* Delacroix! ¿Dónde tenía escondida a su querida hija? —preguntó el hombre de voz melosa, patillas igual de tías que su cabello oscuro, bigote frondoso, y con un monóculo acomodado en el ojo derecho.

—Es exquisita —agregó su esposa. Sus diminutos ojos esféricos se perdían hacia las bandejas de copas de champán que paseaban unos sirvientes.

Cumplieron con los Martin, los apolíticos Henry, los adinerados Dubois y los solemnes Fournier, entre otros, impidiéndoles el paso, sin pretenderlo, los Dechenne cuando se disponían a seguir su camino.

—¡Oh, *monsieur* Delacroix! Me temo que lo hemos importunado, lo lamento —declaró una señora de ojos verdes, parejos al mar en una mañana de primavera.

—No existe importunación alguna, *madame* —respondió Jean, rabiando en su fuero interno.

Muy a su pesar, Jean se vio en el compromiso y en la imposición de expedir una invitación a los Dechenne, siendo menester tales convencionalidades entre los burgueses de la región. De lo contrario no solo los Dechenne lo habrían considerado una afrenta, sino todo un conjunto de acaudalados. Jean arrebozaba una inmensa animadversión hacia la familia Dechenne. El padre de Paul, y el de Jean, eran los únicos competidores vinícolas de Châlons-sur-Marne antes de la llegada de los arribistas que compraron las tierras de ciertos nobles de París que precisaban incrementar su capital en un momento de bancarrota.

—Me habría encantado presentarles a mi hijo. Me avergüenza reconocer que marchó en busca de refrigerios. Me hallaba sedienta —reveló la agraciada mujer de rubios cabellos—. Si me lo consiente, *mademoiselle* Delacroix...

¡Oh, ya llega! —expresó con afecto maternal al apercibir el rostro angelical de su hijo.

—*Mère, votre champagne.* —Madre, vuestro champán. Le tendió una copa aflautada y luego otra a su padre.

Un joven de estatura ordinaria, cabello rubio ondulado hasta la nuca, labios finos, mejillas ovaladas y color de ojos heredado de su madre descollaba por su belleza apolínea.

—¡Alexandre! —exclamó Paul, su padre—. Saluda a *monsieur* Delacroix, el anfitrión, y a su hija, *mademoiselle* Delacroix. —Se cuidó de no perder el tiempo; sin embargo, sus modales y la viveza que emanaba del hombre de semblante lozano sugerían que era una persona de noble carácter.

Tras el saludo pertinente al anfitrión, Alexandre adelantó una mano hacia Sophie. Como esperaba, esta le correspondió descansando la suya encima. Se inclinó sobre los nudillos, sin rozarlos pues era de mal gusto cuando no se conocía a la persona, y depositó un beso cordial a corta distancia.

Sophie se sonrojó, sintiendo su pulso dispararse. Por vez primera un joven del sexo opuesto le ofrecía un beso. En realidad, jamás había conocido a ningún varón de su posición y edad; él tendría unos veinte años. En el internado las visitas se permitían en exclusiva a los padres y madres de las niñas, y en Bellevue ningún mozo o lacayo le había besado la mano; resultaría impensable.

—Un placer, *monsieur* —cumplió Sophie, sin sostenerle la mirada; se hubiera considerado incorrecto, y además su cortedad tampoco se lo permitía.

—*Monsieur* Delacroix, una recepción sublime —subrayó asombrado por la recargada decoración floral; rosas blancas, narcisos tocados de un tornasolado melocotón, y bocas de dragón brotaban por doquier de las ánforas y las vasijas.

—Me complace que sea de vuestro agrado, joven. Ahora, si me disculpan, he de continuar atendiendo a mis convidados —adujo Jean de forma circunspecta, impidiendo réplica alguna.

Sophie le siguió, después de componer una grácil genuflexión hacia la familia Dechenne. Antes de perderse entre los personajes que bebían y reían, Alexandre la retuvo suavemente del codo.

—¿Podría constarme que *mademoiselle* aceptará incluirme en su carné de baile? —susurró junto a su pendiente de perlas y diamantes.

—Puede constarle, *monsieur*. —Sonrió con timidez. Quizás la noche no se avecinaba tan tremebunda como presumía.

A través de sus lentes, Jean Delacroix la fulminó con una gélida mirada, que la joven no consiguió calificar. Si su cometido dictaba buscar marido, ¿qué razón albergaba su padre para propinarle tal hostilidad?

—¿Qué pretendes, maldita? Aléjate lo más lejos posible de ese hijo del demonio —avisó entre dientes. Jean estaba más irritable de lo habitual.

Sophie percibió un espasmo de pavor recorrer su nuca y parte de la espalda que el corpiño en forma de barco, cuyo escote dibujaba las cimas de un corazón, dejaba al descubierto. Y ahora, ¿qué había hecho mal? Se figuraba que su supuesta fiesta de presentación no podía considerarse agradable, pero no esperaba meter la pata nada más empezar. Sin demora, obtuvo la respuesta.

—Son protestantes. ¡Y nuestra familia nunca se verá involucrada con protestantes! —rugió por lo bajo, iracundo, retorciendo los dedos de Sophie entre su guante.

Se mordió los labios, ahogando el dolor que le aplicaba su padre en la mano, obligada a insuflarse serenidad. Jean Delacroix imponía por su vil carácter, dado que su aspecto rechoncho, de estatura baja, nariz aguileña, burdas patillas, y cabellos rubios entrecanos que raleaban en la corona de su cabeza, no infundía tal respeto. Sophie se preguntaba cómo habría sido el carácter de su padre antes de la muerte de su madre. Para casarse con él, este debía de gozar de alguna virtud. La joven glorificaba a Nicole en demasía. Concebía que una huérfana islandesa, sin hermanos, tíos, o primos, que no poseía otro medio de supervivencia que el de desposarse con un rico, aun tratándose de un déspota, debía de haber hallado en él una brizna de bondad.

Las exiguas ocasiones en las que Sophie, ansiosa de conocer el pasado de su madre, interrogaba a su padre, este respondía con laconismo:

—No te incumbe dónde nos conocimos... A Nicole no le quedaba familia —. Nunca reveló dónde había nacido, crecido, o estudiado, y se guardaba de proporcionar alguna información sustanciosa. Sophie nunca conocería, por tanto, su oriundez materna. Tal incógnita motivaba que se sintiera perdida y más lejana de su madre.

A tenor de sus objetivos iniciales, interrumpidos hasta entonces por las anteriores parejas, Jean condujo a su hija hasta la familia Leroux, barones de Landres, y los Vermandois, condes de Champagne y de Brie. El barón de Landres y su esposa habían engendrado cuatro hijos, y ninguno de ellos se había desposado todavía. Antes de las ceremoniosas presentaciones, Jean le dictó a Sophie que prestara una atención preponderante al mayor de los Leroux, el heredero de la baronía. Acostumbrado a cortejar a numerosas mujeres, Georges Leroux, un engreído moreno de fusca mirada procaz, manejaba la cortesía con un cinismo y una lascivia que acobardaron a la joven.

Desde la sala de refrigerios, donde se situaban los Leroux junto a una fuente de comida tan extraordinaria como inagotable, dado que Jean Delacroix lo concebía a lo grande o simplemente no lo concebía, se dirigieron a la sala de baile en busca de los Vermandois y de los marqueses de Barrois.

La sala de baile estaba bañada en luces, alumbrándola cientos de velas que colmaban las arañas. Estas pendían de los techos artesonados, en cuyos huecos las pinturas artesanales parecían cobrar vida. Cortinas festoneadas adornaban las ventanas de arcos. Complicadas molduras doradas recubrían las paredes, de un enlucido color crema, así como candelabros e inmensos espejos. Una orquesta tocaba un minué al extremo de la pista central. El suelo, formado de fajas y grecas de taracea recién pulida, reflejaba los escaarpines de los señores y las espesas capas de volantes de las danzantes; Jean, negándose a abrir el

baile con su hija, se había posicionado en el centro de la pista previamente, y les había indicado a sus invitados que empezaran a gozar de las piezas.

Al padre de Sophie le satisfacía presumir y le obsesionaba aparentar provenir de la nobleza, adquiriendo muebles y enseres dignos de la realeza. El burgués estaba en su derecho de restregar su dinero a la servidumbre a su cargo, a los mirones que curioseaban alrededor de la mansión y a las visitas que recibía a menudo por pura vanidad, pues había amasado una fortuna.

—¡Haz el favor de estarte quieta! —increpó a Sophie, que se refrescaba con su abanico de encaje de Cluny, rociado de perlas, de citrinos y de topacios resplandecientes.

El rimbombante vestido apesgaba como sacos de harina, y el tumulto desprendía un calor que la agobiaba. Si Jean enjugaba el sudor que se deslizaba por su frente con su pañuelo de mano, ¿por qué no podía ella abanicarse?

—Y ahora cautiva al conde de Champagne y de Brie. Ahí está. Emplea tus armas de mujer con mayúscula. ¿Me he hecho comprender? —recurrió a un tono gutural que destilaba chantaje emocional.

Así se materializaron sus pensamientos. Su padre buscaba un esposo añoso, como había imaginado en sus peores pesadillas.

—Sí, padre. —Agachó la cabeza, desencantada de la vida sin haberla vivido. ¿Qué sabía ella de las armas de una mujer, excepto los ambiguos consejos de la tía Adelaïde? No entendía ni la mitad de ellos.

—¡Alto y poderoso señor! —reverenció al conde con su adecuado tratamiento protocolario—. Es un honor para mí presentarle a mi hija. —La simple palabra alusiva a su prole le atenazaba la garganta, pero aun así, se esforzó en maquillar su encono hacia ella.

—Alto y poderoso señor, es un placer —sonrió Sophie, flexionando las piernas a modo de genuflexión mientras besaba los nudillos satinados del conde. El título nobiliario establecía que en esta ocasión se tornaran los papeles.

El hombre había sido bello de joven y conservaba cierto atractivo a pesar de sus cuarenta y largos años. Con un peinado similar al de Julio César, su cabello bruno con hebras blanquecinas y sus patillas alargadas enmarcaban unas facciones rectangulares.

—No te hemos visto por la casa. ¿Acaso enfermaste, joven? Tu padre nos comentó que sufrías de jaquecas. ¿Los nervios, quizás?

—Es muy considerado al preguntar, *monsieur le comte*. —Ignoraba que su padre había inventado una excusa frente a los invitados, con tal de mantenerla recluida en su cámara hasta el baile—. Me consta que arribó ayer. ¿Son de su agrado las dependencias? ¿Precisa de...?

—¡Ah, disculpen, y accedan a que a mi vez les presente a mi escurridizo hijo Thibaut! —la interrumpió en cuanto un muchacho de unos veinticinco años apareció tras Sophie, con una flauta de champán entre los dedos.

Mientras repetían las formalidades, Sophie quedó prendada de la peligrosa belleza de Thibaut Vermandois. Controló la respiración, mas cedió ante la piel marfileña, la mirada de un bruñido ambarino, el cabello oscuro como el ébano y el porte estilizado, originando que se le encendieran las mejillas.

—*Monsieur* Vermandois, es un placer. —Se tensó por inercia cuando el hijo del conde le besó la mano.

—*Mademoiselle* Delacroix, créame, el placer es mío —reconoció, la voz tan seductora como la mirada—. ¿Puedo traerle un refrigerio? Sus mejillas denotan que se siente acalorada.

«¿Lo ha advertido? ¡Oh, Señor, qué vergüenza!», se reprochó, sonrojándose más si cabía.

—Se lo agradezco, *monsieur* Vermandois —tomó la palabra Jean, sin ser el destinatario de la frase—. Ella se encuentra perfectamente. —Ladeó el rostro hacia el conde y le sugirió—: *Monsieur le comte*, ¿puedo proponerle que baile con mi hija?

—¡Oh, seamos objetivos! No poseo edad ni juventud para valsar con una joven rebotante de vitalidad. No, no. —Meneó la cabeza mientras su boca

formaba una hilarante mueca circular bajo un estrecho bigote—. Lo propio sería que delegue tal menester en mi hijo, *monsieur*.

—Empero... —iba a negarse Jean.

—No se hable más, si la joven lo desea, y si mi hijo se lo pide como es debido, entonces bailarán —zanjó, avivando en Jean un abismo de llamas que le calcinaron las entrañas.

Para sus adentros, Sophie se regodeaba, aunque como buena católica se culpó de albergar tales sentimientos. Bailaría con un hombre joven y apuesto, y además alguien se atrevía a discutir las voluntades y manipulaciones de su padre, y lo había logrado con gran maestría. ¿Cómo iba su padre a negarle nada a un conde?

—*Mademoiselle* Delacroix, ¿me honrará con el siguiente baile? —preguntó Thibaut, estirando la comisura izquierda de sus labios.

—Con sumo gusto, *monsieur* —aceptó con su característica dulzura mientras el aleteo de unas mariposas le cosquilleaba el estómago.

Thibaut Vermandois adelantó su brazo hacia Sophie. Ella lo rodeó con sus finos dedos y se encaminaron hacia un sirviente que sostenía una reluciente bandeja de oro con unas copas de champán. Pasaron entre las gentes que dialogaban alrededor de la pista central, dedicándoles sonrisas y miradas curiosas al pasar.

—Ha regresado recientemente de París, si no me equivoco. ¿Estudiaba allí? —preguntó Thibaut, atraído por la peculiar belleza de Sophie.

—En efecto, *monsieur*. —Humedeció los labios en el refrescante líquido de burbujas. Llevaba una eternidad necesitando hidratarse. El calor la sofocaba; las capas de enaguas, la crinolina elaborada con crines de caballos, el vestido en sí, y el corpiño más ajustado que jamás hubo portado.

—No parece muy habladora. ¿Le han sugerido que su conducta sea intachable? —Le divertían los controlados modales e inflexibles remilgos de Sophie.

—Me temo que no se equivoca. —Acogió su suposición con una sonrisa

innata.

—Entonces concédase la satisfacción de obrar con naturalidad mientras permanece a mi lado. De hecho, se lo ordeno. —Le guiñó un ojo, cuidándose de que nadie más lo viera. Desprendía un halo de arrogancia.

—¿Me lo ordena? —Fingió un espaviento de estupor—. Me consta que no es conde todavía para que le autorice tales libertades. —Enarcó una ceja, complacida de su osada ocurrencia, aunque le sorprendió el atrevimiento y la seguridad en sí misma al aducirlo. Ignoraba poseer esa cualidad, o defecto.

¿Convenía atender las recomendaciones de la tía Adelaïde, según las cuales una mujer debía mostrarse lo más sumisa e inocente posible? Al menos hasta casarse. En su defensa, pudo argüir que solo pretendía divertirse entablando amistad con el que podría ser su futuro... ¿hijastro? La idea la repugnó.

—¡Oh, *mademoiselle*! De permitirme libertades con usted, rompería su carné de baile con el propósito de ser su única pareja esta noche.

—Me asombra su locuacidad, *monsieur*. —Desplegó su abanico y ocultó sus labios tras él, tal y como la tía Adelaïde la había aleccionado. Si bien precisaba ocultar el súbito enrojecimiento de sus mejillas.

Se disponía a bailar con el hijo de un conde, un muchacho hermosísimo, educado, confiado y seductor. Pensaba disfrutar cada delicioso segundo a su lado antes de que su padre la pavoneara ante la siguiente presa, los marqueses de Barrois, en el caso de que no hubiera prometido su mano al conde en ese lapso de tiempo.

Ansiosa, aguardaba el culminante instante en el cual sus ojos se encontrarían con los de Thibaut, mientras sus manos se rozaban. En cuanto los violines resonaron, Thibaut depositó las copas de champán en la primera bandeja que se le presentó. Los deseos de Sophie se cumplieron al son de un minué de Boccherini. Un ignoto escalofrío de éxtasis recorrió su columna.

—Todos lo miran, *monsieur* —susurró mientras giraba a su alrededor, siguiendo el ritmo de la música.

Los abanicos aleteaban, agitándose ante ojos indiscretos. Incluso los bailarines que los rodeaban les prestaban mayor atención a ellos que a sus acompañantes. Entre el coro de tocados de plumas, diademas, flores y peinetas, Sophie apercibió a su tía, asintiendo con la cabeza, dando su visto bueno, mientras la mirada de Jean insinuaba que menoscababa sus designios. También reparó en las miradas de embeleso que les dirigían otras jóvenes de pie, y otras apartadas y sentadas en el rincón de las *florero*.

—Todos la miran a usted, tiene la gracia y el primor de un cisne —reveló con un tono semejante al delicado roce de una pluma.

Aun portando guantes, Sophie y Thibaut advirtieron como les hormigueaban las manos a consecuencia de la electricidad física, naciente de la atracción inenarrable que fluía entre ambos. Traspasaba la tela.

—¿Ha bailado con alguien más esta noche?

—No, *monsieur*, es el primero —admitió, agachando la cabeza, y prosiguió bailando, perdiéndose en la distinguida belleza del muchacho, de duchos pasos.

—¿Puedo esperar que me dedique también el último? Mas antes de responder, me complacería averiguar cuál es el nombre de la dama que me ha cautivado. —La traspasó con unos enigmáticos ojos, del más oscuro ambarino, que adquirirían una tonalidad casi azabache cuando la luz no se reflejaba en ellos.

Lo cierto era que, en cuanto él la hubo contemplado descendiendo las escaleras, una sensación inaudita se apoderó de él. Ansió con fervor poseer sus labios, que sus ojos solo lo miraran a él, que sus manos solo lo tocaran a él, y que su corazón le perteneciera.

Quemándole la piel y faltándole el oxígeno, ella contestó:

—Sophie.

Capítulo 3

Las capas fruncidas de su falda flotaban con magnificencia, de un lado y de otro, según el sentido de las vueltas. Se hallaba entre los brazos de Alexandre Dechenne, bailando un vals de Chopin, con la desenvoltura y la elegancia de un pavo real de plumaje níveo.

Alexandre había aguardado, codiciando su turno, entre una fracción de admiradores que encomiaban la distinción de Sophie. Esta había saludado a más de cincuenta personas y bailado con siete pretendientes.

Al principio sopesó rechazarlo; no obstante, le había prometido reservarle una pieza y él no iba a perder la ocasión de conocerla.

—¿Cómo es posible que nunca hayamos coincidido si ambos habitamos la misma localidad? —cuestionó con voz angelical; todo su ser se combinaba de filamentos seráficos, desde su rostro de rasgos aniñados, su voz melódica, sus cándidos movimientos empleados con un refinamiento análogo a la prosa de un poeta, hasta su serena y tierna mirada verde.

—He estudiado en París toda mi vida —contestó, el tono tan dulce como un postre de *crème brûlée*.

Al igual que Thibaut influía en ella, incitándola a ser más osada, Alexandre reforzaba su carácter delicado y solícito. La cadencia cuando bailaba con Alexandre era suave, el tacto cuidadoso, sumamente cortés, las posturas flexibles. Con Thibaut se veía sumida en una sensual vorágine que aunaba provocación masculina e intriga. Ambos eran polos opuestos, y ambos la habían arrobado a su manera.

—¿Le pareceré descarado o ridículo si le confieso que mi corazón muere en deseo de volver a verla? —susurró cerca de sus labios al ladear el rostro cuando cambiaban de posición.

—Descarado no sería el término correcto. Y emplearía *ridículo* como último adjetivo para definirle, *monsieur* Dechenne. Mas considero que tal vez obra con diligencia. —Ocultó una sonrisa mordiéndose los labios.

—¿Me autorizaría a enviarle una invitación para tomar el té la semana próxima? El día que disponga, *mademoiselle*. —Su mirada se iluminó, en espera de la respuesta de Sophie.

—Dependerá de mi padre, *monsieur* —determinó, adivinando la contestación que formularía Jean.

De hecho, desde la lontananza este le dirigía discretas señas, procurando que nadie se diera cuenta.

—*Monsieur*, lamento interrumpir nuestro baile. Espero que no lo tome como un agravio, ni una falta a mi palabra. Mi padre me reclama y debo acudir. Dispéñeme. —Abandonó la pista y se internó en el tumulto.

Una turbieza afloró en su interior. Solo bastaba con atisbar el rostro de Jean para comprender que, en cuanto se encontrara con él, la reduciría a cenizas con una mirada letal. Y no fue para menos.

—¿Malogras mis esfuerzos? ¡Con el dispendio que he prodigado en esta fiesta! —Ahogó los gritos en el fondo de su garganta y ciñó el codo de Sophie, descargando ahí toda su ira. Sin embargo, caminaba con pasos hieráticos, mostrando a los invitados cuán afectuoso era con su hija. Unas lágrimas de sufrimiento asaltaban las pestañas de la joven. Él prosiguió—: ¡Creí haber manifestado que te apartaras de ese altanero!

—Perdóneme, padre. Habría sido un desaire por mi parte no cumplir con el baile que le prometí, al igual que usted lo habría hecho de no expedirles una invitación a los Dechenne.

Se aclaró la voz, al tiempo que meditaba la racional explicación, y reemplazó la ira por la aspereza.

—Empero, ¿qué te propones? Aspiro a casarte con el conde, no con su sucesor. ¡Pequeña estúpida! He notado cómo bailabais Thibaut Vermandois y tú. Haz lo necesario para ganarte los favores del padre, no del hijo. Vamos, no

malgastemos el valioso tiempo del conde. Acabo de verlo en la sala de refrigerios.

Sophie logró zafarse de sus garras en cuanto apareció Thibaut, tomándolos desprevenidos.

—¿Todo conforme? —Se fijó en las diminutas lágrimas que Sophie retenía en los lagrimales.

—¡Por supueeesto! —Jean alargó las letras, agudizando la inflexión, con el fin de quitarle importancia—. Ahora mismo hablábamos de su padre. ¿Se encuentra el conde en esta sala? —Estiró el cuello, tensándose su papada; hasta ahora había permanecido doblada sobre su frívolo plastrón blanco, ornado de un alfiler de rubí.

Pese a los intentos de Jean, Thibaut no apartó la vista de la joven. Frunció el ceño y comprendió que algo sucedía, mas la cuestión radicaba en si se trataba de un suceso puntual o de una reincidencia; aquel hombre, cínico y bajito, le inspiró una punzada de animosidad.

—¿Desea acompañarme hasta las mesas del ágape, *mademoiselle*? —preguntó ofreciéndole su mano; la punta de su guante se había manchado con una sustancia símil al chocolate.

—¿Su padre nos acompañará, *monsieur*? Apenas he tenido el gusto de conversar con él. Espero no me lo haya tomado en cuenta —adujo y, aunque cohibida, le dio la vuelta al pastel. De no hacerlo, su padre se lo habría recriminado más tarde.

—Naturalmente que no, cómo alguien podría tomarle nada en cuenta, considerando que es su *bal des débutantes*. Sus invitados demandan su presencia. —Sonrió con impertinencia, atribuyendo un doble sentido a sus palabras con el propósito de que Jean las concibiera.

—Bien, si *monsieur* Vermandois te acaba de excusar, entonces no veo razón para que no vayáis a tomar un tentempié —los animó con desabrimiento, indignado por que le rebajara un individuo a quien doblaba en edad. Entendía,

no obstante, que debía cuidarse de no descubrir su juego, o espantaría a la presa.

La pareja se acercó a la mesa de refacciones frías, atiborrada de patés, terrinas, *tartares*, *miche de brie*, tartaletas en papillote, *gougères* de verduras..., todo expuesto sobre bandejas de plata, mostradores de cristal y fina porcelana. Junto a esta se situaba la mesa de los postres, con milhojas, *financiers*, profiteroles, *baba au rhum*, *macarons*, *petits-fours* por doquier y de todos los sabores, y *croquebouches*, entre otras variedades de pastelitos y bombones. Y allende se situaba la mesa de las viandas, charcuterías, tostadas, panes, quesos, y frutas. Con tales copiosos avituallamientos, Jean exhibía ante todos que nadaba en la abundancia.

—Precisa limpiar sus guantes —murmuró Sophie, con discreción, semejando el sonido de una brisa que acaricia el rostro de quien descansa a la sombra de un viejo roble—. ¿Desea que avise a un lacayo? Se encargará de ellos y le prestarán otros mientras se secan.

Thibaut ojeó sus dedos y arqueó las cejas. Una atractiva carcajada brotó de sus labios.

—Me temo que me ha pillado, *mademoiselle*. Soy adicto al chocolate. De hecho, pretendo que algún día un maestro del oficio me construya un castillo de chocolate negro, con torres de chocolate con leche, y puertas y ventanas de chocolate blanco.

—¿Los tejados serán de almendras... o tal vez de ralladura de coco? —Se prestó al juego. Le atraía la confianza con la que podía dialogar y bromear con él—. Y no olvide incluir algún puente con capas de pistachos. —Comió un pedacito de *pain a la duchesse*, o *éclair*, como se renombró aquel año.

—Es encantadora, ¿lo sabía? —Humedeció sus labios, observando los de Sophie.

Le inspiró una ferviente exasperación cuando se recreó, imaginándose cómo retiraría la gota de nata suspendida sobre la boca de Sophie con la punta de la lengua, deslizándola con lentitud y esmero.

—Y usted un elogioso, *monsieur* Vermandois. —Se limpió la boca, percibiendo un lampo en la mirada del hijo del conde.

—Thibaut, se lo ruego. Me pesan los años cada vez que emplea tales civismos.

—No me atrevería, *monsieur*. Apenas nos conocemos.

—Pues yo sí pienso llamarla por su nombre... Sophie —musitó, embriagándose del magnetismo que desprendía la joven—. Si me disculpa, iré a reemplazar mis guantes a mis aposentos. ¿Promete no alterar a sus pretendientes mientras me ausento? —Le dirigió un ademán de burla, enmascarando una verdad y, consecuentemente, un recelo.

¿Desde cuándo anidaban en él tales emociones? ¿Por qué el temor de que otro la sedujera? ¿La poseyera?! La imagen plasmada en su imaginación lo perturbó.

—¿Pretendientes? ¿Acaso me toma por la duquesa de Orleans, otorgándome tan larga lista de postulantes? —Rio con un tintineo.

—¿Está ciega, *mademoiselle*? La mitad de los presentes apenas le quita ojo de encima, y la otra mitad no se atreve a depositar en usted la mirada, culpables de pusilanimidad. —Languidecía ante aquella mujer que desconocía su intrínseco poder de atracción. Parecía tan ingenua, incólume y pura, en todos los sentidos. Adoró esa faceta entrañable de Sophie.

En cuanto Thibaut se marchó, Jean acudió con presteza a su lado. Quitando hierro al asunto y anticipándose a sermones o correcciones, Sophie preguntó:

—¿No bailará conmigo esta noche, padre?

—No debemos demorarnos con nimiedades. Ya nos vemos suficiente a diario.

—¿No le importa el qué dirán? ¿No le resulta extraño que un padre no baile con su única hija? —Pretendía despertar en él cierto ablandamiento.

Con un bufido, él tomó su pequeña mano y la condujo hasta un extremo de la pista de baile en la sala adyacente. Comenzaba una *contredance*. Jean procuraba mirar a todas partes salvo a su hija. Si bien, tras dos minutos,

estimándolos interminables, sus miradas se cruzaron, y se perdió en el infinito azul de los ojos de su hija.

—Padre, siempre lo amaré. Decida lo que decida respecto mi futuro. —
Insinuó una sonrisa.

—Te pareces tanto a tu madre.... —Se le escapó un jadeo proveniente de lo más hondo de su pecho. Sin pretenderlo, y sorprendiéndose, la ternura en la mirada y en la voz de Sophie había derribado su muralla de hielo. Pero se repuso *in situ*—. Ella estaría hoy aquí de no ser por tu culpa —espetó antes de cambiarse con la pareja que bailaba a su izquierda.

Un halo de pesadumbre rodeó a la joven, indispuesta de repente. Nunca lograría el afecto de un ser cincelado en un iceberg. Cuando regresó a manos de su padre, y danzaron cercanos al público, Sophie oyó:

—¡Qué tiernos! Mirad como la niña se ha emocionado con las dulces palabras de su padre.

Con el propósito de quitársela de encima, gesticuló hacia Thibaut Vermandois, quien acababa de regresar y permanecía cual espectador en primera fila. Este acudió y reemplazó a Jean. *Per se* avizó el desánimo de la joven, que se esforzaba en aparentar una alegría desmedida.

—¿Su padre me ha concedido el honor de ser su pareja de baile? —bufó con sarcasmo—. ¿Qué ocurre, Sophie? Si me permite señalarlo, en cada ocasión en la que acompaña a su padre, la noto sumamente afligida. ¿Es excesivamente estricto?

—Es mi sangre —respondió con una sonrisa de conformismo y una devoción pesante. Se limitó a ejecutar los pasos de baile de forma maquinal. Pese a las circunstancias y a los malos tratos, amaba a su padre y le consagraba un respeto indeleble.

Se mitigó y reparó en el instante presente. Había albergado la ilusión de volver a bailar con Thibaut, motivada por un creciente entusiasmo. Rezaba para que su padre no bregara en prometerla al conde, de lo contrario sería un

pecado abarcar tales pensamientos por él siendo su hijastro; un hijastro que la superaba en edad.

—De permitirme cortejarla, la trataría siempre con respeto y adoración, Sophie. Nunca le concedería a nadie el poder de lastimarla. —Hizo una breve pausa—. Sophie... —Suspiró, rendido ante su propia confesión. Ignoraba la razón que lo empujaba a desear protegerla, a dotarla de cuánto precisara.

A su vez, Sophie no concebía cómo un hombre como él decía tal cosa, con la de jóvenes hermosas que llenaban la sala. Tendría a más de diez chicas saliendo de detrás de las paredes y de debajo del suelo dando un solo puntapié. Lo que acarreó otro interrogante: ¿por qué motivo seguía soltero? ¿Por qué no se había casado, dada su edad? ¿Escondía una enamorada? Entonces ojeó su entorno. Un considerable número de mujeres, de todas las edades, los observaban; todas prendadas. Sophie escudriñó los rasgos de aquellas y valoró algunas expresiones: unas de reproche, otras de celos, y otras tantas de admiración. Al danzar con el muchacho, se había ganado enemistades, asunto que la entristeció.

La *contredance* terminada, se apartaron hacia un lateral de la pista. Sophie se preguntaba si él había bailado con otra persona durante la celebración.

Un extravagante collar compuesto de varias sartas de perlas, con un broche de diamantes sobre una montura de plata envejecida que cerraba la alhaja sobre un costado del busto, se balanceaba avanzando hacia ella; era la tía Adelaïde. Agitó la mano, indicándole que se acercara.

—Debo marcharme. Un placer, *monsieur* Vermandois. —Hizo una genuflexión y obedeció a la tía Adelaïde sin contemplaciones.

—En breve ofrecerán los fuegos artificiales. Deberíamos salir y buscar a tu padre, *ma chère* —propuso. Sus mejillas lucían un vivo color encarnado.

—Como deseas, tía. —Le besó la mejilla y repitió el gesto sobre la del tío Quentin. Seguía siempre a su mujer a todas partes—. Tía, ¿puedo preguntarte si hoy los he honrado con mi comportamiento? —Tal cuestión la inquietaba.

—¡Divinamente, *ma chère*!

Antes de acceder a los jardines de Bellevue, se giró hacia el maremagno de jóvenes que, mientras bailaba con Thibaut, la habían estudiado de pies a cabeza.

—Buenas noches, *mesdemoiselles*. ¿Precisan de alguna cosa? ¿Desean que avise a un sirviente para que las provea de unas copas de champán o, tal vez, un bocado? —ofreció con sumo respeto y gentileza.

—Gracias, qué deferente por su parte.

—No precisamos de nada.

—¿Cómo es bailar con el hijo del conde?

—¿Es tan vanidoso como cuentan?

La atiborraron de preguntas. Desestimó la mitad de ellas.

—Están a punto de exhibir los fuegos artificiales. ¿Serían tan amables de acompañarme? —expuso Sophie, dibujando una preciosa sonrisa.

—Por supuesto.

—Me llamo Christine. Encantada de conocerla.

—Nos placería, sí.

—¡Luce un vestido suntuoso!

—Yo me llamo Amandine.

—¿Está enamorado de usted?

—¡Hacéis buena pareja!

Antes de conseguir responder, se vio empujada, en estampida, hacia los jardines donde acontecería el espectáculo de luces.

En cuanto empezó, un rayo colorido hendió el cielo a través de unas nubes opacas. Las personas emitieron ovaciones y se deshicieron en envanecimientos dirigidos al anfitrión. Una mano asió la de Sophie y la atrajo hacia el extremo de los jardines, arrinconándola contra la fachada de la mansión y entre unas ánforas de piedra.

—Llevo buscándola toda la velada. ¿Me esperaba? —cuestionó el hombre, cuya mirada se aseveraba achispada y su mente desinhibida.

El mayor de los Leroux la desagradaba inexplicablemente. Percibía algo

sospechoso en él; su forma de mover los labios, de entrecerrar los ojos, la incorrección de su postura. De pronto, colocó las manos a cada lado de la cabeza de Sophie, apoyando las palmas sobre la pared.

—Deberá dispensarme, *monsieur*. Mi padre aguarda mi presencia. — Intentó apartarse de él.

—¿Me temes, preciosidad? —habló muy cerca de la boca de Sophie, tuteándola. Apestaba a alcohol—. Has bailado con muchos, salvo conmigo. ¿Acaso no soy lo bastante tentador para ti? —Se lamió los labios con explícita lentitud.

—Leroux, ¿por qué no buscas un contrincante de tu...?

—¡Chsss! —ordenaron unas parejas en su entorno, requiriendo silencio, pues interferían en el espectáculo.

Thibaut Vermandois había acudido a su rescate, truncando los escarceos de Leroux. Otrora los jóvenes habían mantenido una estrecha amistad; no obstante, transcurría un año desde que no se dirigían la palabra.

—¿Acaso lleva una etiqueta con tu nombre, Vermandois? —se mofó Leroux.

—Como no te desintegres en el acto, yo mismo me encargaré de...

—No será necesario. —Alzó una mano ante el rostro colérico de Thibaut y rio sin disimulos—. ¡Hasta más ver! —Hizo una soez reverencia adornándola con florituras y se esfumó, una sonrisa socarrona en los labios.

Thibaut giró hacia Sophie, buscando en sus ojos unos rastros de repugnancia o de miedo. La joven se hallaba abrumada, las manos sobre el corpiño, debatiéndose en recuperar el hálito.

—No temas, Sophie. Yo me encargaré de que nada te suceda. Te lo prometo. —Levantó una mano, y prendió entre sus dedos un largo mechón de cabello ceniciento.

Se había soltado de la trenza, la cual recogía su moño en la parte baja de su nuca. Thibaut colocó el mechón detrás de su oreja, rozando su mejilla con el pulgar.

Tal empuje suscitó que ella jadeara de sorpresa. Luego bajó la mirada, ruborizada, y, mientras los fulgores de los fuegos artificiales coloreaban el cielo umbroso, sintió una extraña efervescencia que se originó en su bajo vientre.

* * *

En cuanto terminó el espectáculo de luces, Jean le ordenó retirarse. No veía motivos para tolerar por más tiempo su infecta presencia si los marqueses de Barrois no se habían dignado siquiera a presentar a sus dos hijos a Sophie. El mayor, heredero del marquesado, había desaparecido al inicio de la velada. Y no alojaba ningún interés por el segundo, pues jamás se convertiría en marqués. Al igual que no le entusiasmaba el hijo del conde. ¿Cuántos años transcurrirían hasta que este sucediera a su padre? No, o la casaba con el hijo de un marqués, o la casaba con un conde. De no ser posible, recurriría a un barón, aunque tampoco le seducía postular tan exiguo título. Además, con cada instante que transcurría, y por mucho que se aferraba a la intención de separarlos, el hijo del conde parecía obstinarse en conquistarla. Correspondía poner punto final a la perjudicial relación antes de que se afanzara. Deploró haber pasado por alto el papel de Thibaut en su empresa. Obcecado con el conde, ¿cómo no había recordado al hijo joven y seductor? Se maldijo a sí mismo y prometió solventar la inopinada situación. ¡Por encima de su cadáver su hija hallaría la felicidad, aunque se tratara del vástago de un conde!

* * *

Le narraba cuanto había acontecido a Nouce, arrellanada en un sillón aletargándose mientras Yvette la desvestía.

—¡Qué alivio! —suspiró con gozo. Al fin lograba hinchar el total de sus pulmones en lugar de una tercera parte.

—*Mademoiselle*, le he preparado unos paños húmedos rociados con esencia de lavanda. Supuse que le agradaría refrescarse —expuso la pragmática doncella personal.

—Gracias, es un detalle, *ma douce Yvette*. —Mi dulce Yvette. Le agradeció y le acarició la mejilla—. Estarás cansada. No debiste esperarme. Ve y acuéstate.

—Es mi trabajo, *mademoiselle*.

—Me habría apañado. Siento que trabajes tanto. —Tomó su mano—. Mañana a primera hora, pide que preparen una gran bandeja con algunos remanentes del ágape. Nos las comeremos, Nouce, tú y yo aquí. Sé que mi padre se enfurece si coméis lo mismo que él. Espero que en la cocina se hayan reservado algún bocado.

—Es muy gentil, *mademoiselle*. ¿No desea que la ayude a vestir su salto de cama?

—No, retírate a descansar. Lo necesitas más que yo. —Sonrió y caminó hacia el diván donde Nouce dormitaba.

—Nouce —murmuró desvistiendo sus guantes, los cuales le causaron un leve sudor en la palma de la mano y en los dedos. Los deslizó sobre el cabello ondulado de su nodriza—. Es hora de irse a la cama. Vamos. —Estiró de su mano, ayudándola a ponerse en pie. La acompañó hasta la puerta; Nouce caminaba cual autómata—. ¡Dulces sueños!

Se despojó de su camisola, quedándose solo con las calzas, medio desnuda, y se enjugó la piel con los paños que Yvette había reservado junto a una jofaina y un aguamanil de la Cartuja de Sevilla, que su padre había adquirido en uno de sus viajes de negocios a España. Deslizó los dedos sobre la opalina superficie del agua limpia y jugueteó haciendo borboteos mientras rememoraba cuanto había sucedido durante las últimas horas. Pese a sus obligaciones, había disfrutado de la compañía de Alexandre, y sobre todo de la de Thibaut. Cuando peinaba su suave melena que acariciaba la parte baja de

la espalda, discernió acerca del suceso en el jardín. ¿Qué habría ocurrido de no entrometerse Thibaut cuando Georges Leroux la aprisionó?

En ese momento alguien llamó a la puerta. Vistió su bata de seda, de un rosa pálido, y se dirigió a abrir.

—¿Me recuerdas, preciosidad? Creo que antes nos han interrumpido.

Georges Leroux, cual pesadilla viviente, se hallaba bajo el dintel de la puerta, la postura encorvada, una copa en una mano. Entrecerraba los ojos y la comisura de sus labios ascendía con un tinte perverso.

—¡Márchese! —El corazón le estalló descargando su batir unos impulsos electrizantes por todo su cuerpo—. ¿Cómo se atreve a presentarse aquí, tras las circunstancias...?

—¿Sophie?! ¿Qué ocurre aquí? —voceó Nouce, espantada—. ¡*Monsieur*, no encontrará su cámara en este corredor! Es indigno molestar a una joven sin compañía y a estas horas en sus aposentos privados. Le ruego retorne con los demás invitados o se marche a dormir. De lo contrario me verá obligada a avisar —espetó, los ojos centelleantes de enojo.

—Es la segunda vez que te socorren. A la tercera irá la vencida. —Aferró un mechón de pelo de Sophie, lo llevó a su nariz y lo olió—. Una mujer por otra —murmuró.

Temblando, Sophie se echó hacia atrás y apartó el mechón con un movimiento brusco. El pulso le latía estrepitosamente.

—Siga soñando. ¡Jamás me tendrá! —Le devolvió una mirada ácida.

Mientras partía, alejándose por el pasillo iluminado con tenues bugías, Nouce le preguntó:

—¿Te encuentras bien? He venido porque había olvidado darte un beso de buenas noches —suspiró, llevándose una mano al vientre—. ¿Tu padre te ha prometido a él?

—No... no —contestó, ensimismada en el pánico que le había producido la visita—. Hablaremos mañana. —Usó un fino hilo de voz, colocando su mano sobre la de Nouce.

—*Fais de beaux rêves, mon ange.* —Que tengas bonitos sueños, mi ángel, susurró Nouce, reparando en el aspecto exangüe de Sophie. Colmó la mejilla de su niña con un beso reconfortante, y se marchó recomendando—: Cierra la puerta con llave.

Apagó todas las luces, excepto la de la vela que acostumbraba a dejar prendida sobre su mesita de noche. Abrió la cama y se deslizó entre las sábanas almidonadas. Yvette las había rociado con esencias de lavanda y rosas. Esa muchacha era una verdadera joya. Se tumbó, exhausta. Habían acontecido demasiadas cosas como para recordarlas todas con un fugaz recuerdo. Aunque el último acontecimiento la incomodó e inquietó en demasía. De súbito, mientras contemplaba las incrustaciones de su cama de estilo gustaviano, escuchó unos nudillos tocar débilmente a la puerta.

—¡Váyase! No crea por un solo momento que volveré a abrirle —gritó con voz vibrante, haciéndose un ovillo entre los mullidos cojines y las sábanas. Incluso con una pared de separación se sentía acorralada.

—Sophie, soy yo.

Reconoció la voz. «¿Qué hace aquí?». Se levantó, vacilando unos segundos antes de caminar con pequeños pasos de desconfianza, y entreabrió la puerta.

—*Monsieur*, me deshonraría ante mi padre si alguien lo viera frente a mi puerta en plena noche.

—Ansiaba despedirme. No tuvimos ocasión antes. Se marchó en cuanto finalizaron los fuegos artificiales —susurró vigilando a su alrededor por si alguien se presentaba.

La vela de la mesita proyectaba unas onduladas sombras que sesgaban su rostro, reflejándose en sus ojos un brillo arrebatador.

—¡Insisto en que se marche, *monsieur*!

—Es más bella aún con el pelo suelto —admiró el tupido manto cuyos bucles no parecían tener fin—. ¿Es consciente de lo hermosa que es?

—Le...

—No se altere, Sophie —la interrumpió al comprobar como su pecho se

hinchaba en reiteradas inhalaciones y le palpitaba la vena del cuello. Se deshizo en deseos de tomarla allí mismo—. Ya me retiro, mas acepte este ofrecimiento. —Le tendió una rosa blanca, distrayéndose con la traslúcida bata que transparentaba los pechos de la joven—. La he recogido del jardín. Me recordó su delicadeza, Sophie.

Aceptó el presente con timidez, hundiendo la nariz entre los sedosos pétalos que desprendían un sutil aroma.

Thibaut se apartó de la jamba de la puerta y la cerró él mismo tras decir con seguridad, como si de una promesa se tratara:

—Hasta mañana, Sophie.

Capítulo 4

Regresaban de asistir a la habitual misa de los domingos. Jean procuraba encubrir la exacerbación que lo acompañaba desde primera hora, cuando los marqueses de Barrois se marcharon sin previo aviso y, sobre todo, sin haber hecho amago de presentar a su primogénito a Sophie. «¡Malditos!», había gruñido. Además, mientras la mitad de los hospedados se habían levantado y los habían acompañado a la iglesia, los demás proseguían calentando sus camas.

«¡Pecadores!», había opinado Jean, cuando calculó el irrisorio número de personas en el comedor del desayuno. ¿Dónde se hallaba el resto de los invitados? «¡Ah, para beber mi champán y comer como muertos de hambre hasta el alba..., para eso sí! Empero, para ir a misa, resulta que preferimos dormir. ¡Herejes!», amonestó, encrespado, guardándose para sí.

Sophie entró en sus aposentos, seguida de su tía Adelaïde y de Nouce. Desfundó sus guantes y tomó asiento en su diván de terciopelo, abriendo su vestido de muselina cual abanico. Adelaïde deseaba mantener una entrevista privada concerniente al baile.

—*Ma chère*, puedes estar satisfecha. Anoche tu padre recibió dos propuestas de matrimonio. Y, aunque no le agraden los dos aspirantes, por mi parte me siento absolutamente encantada. Bien es sabido que las muchachas que no reciben una proposición en el plazo de seis meses tras la puesta de largo son propensas a las críticas; las habladurías prenden como la pólvora. Y qué decir de las pobres desgraciadas carentes de pretendientes cuando ha pasado el año. Acabarán como viejas solteronas, siendo una terrible carga para sus familiares. Se me ponen los pelos como escarpas solo de pensarlo.
—Batió su abanico repetidamente.

—¿Puedo preguntar el origen de las peticiones, tía? —se impacientaba Sophie, precisando descubrir si alguna provenía del carismático Thibaut o del angelical Alexandre.

—Una de ellas, por...

Un furibundo Jean Delacroix irrumpió en los aposentos de la joven, retumbando un sordo golpe al cerrarse la puerta tras él. Con el ceño fruncido, se aproximó con largas zancadas. La tomó de los hombros, hundiendo los dedos en la tela agamuzada que le cubría el cuello, y la obligó a levantarse.

—¡Eres un martirio! —La zarandeó. Sus pequeñas lentes se deslizaron sobre el puente de su nariz a consecuencia de las brutales sacudidas—. Thibaut Vermandois aspira a conocerte. ¿No fui preciso cuando te ordené seducir al conde?

—Padre, no tuve ocasión de...

—¡Cállate, deslenguada! —La abofeteó, provocando que Sophie cayera al suelo.

Con el rostro pálido y los ojos encendidos, Adelaïde se retorció ante el pésimo procedimiento de Jean. Se preparó para enfrentarlo enderezando la espalda y sacando pecho. Apartó un rizo castaño dorado que le barría la frente y, concisa, reconvino:

—¿Cómo puedes tratarla así? —Observó a Sophie levantándose con ayuda de Nouce, quien había acudido tan veloz como le permitieron sus piernas—. ¡Anoche se desenvolvió con una conducta excelente! ¿Por qué empeñarte en casarla con Léon Vermandois? Su hijo será conde algún día. ¿Acaso no te interesaba también el título que acompaña al hijo de los barones de Landres?

—¡No te metas, Adelaïde! —espetó iracundo. Respiraba agitadamente.

—Hermano, no concibo tus afanes. Un hijo de barón posee menor rango que el hijo de un conde. ¿Dónde está el dilema?

Sophie permaneció de pie, aferrada al brazo de Nouce, y con la otra mano se palpaba el escozor de la mejilla. Le rezó a la Virgen de Lourdes para que no le salieran marcas.

—Como bien has señalado, no concibes mis afanes. ¿No comprendes que el conde apenas ha cumplido cuarenta y cinco años y goza de una salud de hierro? Me enterrarán antes de convertirme en el padre de la condesa si se desposa con Thibaut Vermandois. Este no entraba en mis planes. Para más inri, acaba de solicitarme permiso para cortejar a Sophie, y me niego en rotundo...

La discusión se demoró con tedio, reiterando cada parte su postura a tales efectos. Antes de bajar al comedor con los invitados restantes —unos ya habían partido y otros lo posponían para la tarde—, Jean se rindió al irrefutable raciocinio de Adelaïde, quien había ganado la partida argumentando que más valía asegurar la relación con el hijo de un conde que soplar sobre las cenizas de las dos propuestas de matrimonio remitidas por unos insignificantes burgueses. Y había concluido a modo de coletilla:

—¿O prefieres casarla con Alexandre Dechenne?

—*Sacrilège !* —¡Sacrilégio!, rezongó.

En el grandioso comedor, provisto de una chimenea de estilo barroco, treinta personas aguardaban al anfitrión. Tras el postre, los señores se retiraron a fumar sus puros y beber licores, mientras las damas acompañaban a Sophie y Adelaïde a la galería de primavera, por cuyas opalescentes marquesinas trepaban plantas floridas. La luz solar se filtraba entre frondosas hojas y exuberantes pasifloras, enfocando las motas de polvo que flotaban sobre los asientos de tapizados de Jouy.

Antes de dar las dos el reloj de la catedral, cuyo campanario se divisaba en la distancia y cuyas campanas repicaban sonoramente logrando alcanzar kilómetros a la redonda, un garboso y recatado Thibaut Vermandois se presentaba ante el coro de mujeres que parloteaban sobre asuntos culinarios.

—*Mesdames*, disculpen la intromisión —pidió con una venia y buscó a Sophie entre las sonrisas espontáneas que se bosquejaron al verle—. *Mademoiselle Delacroix*, su padre me ha dado permiso para disfrutar de su compañía en un recorrido por los jardines. Dicen que es la mejor época del año para visitarlos.

Sophie contuvo el aire, apocada ante la curiosidad que vestían las demás. Un mutismo semejante a una enfermedad repentina le atenazó la garganta. Todas le dirigieron la mirada, y ella a su vez a la tía Adelaïde.

—Naturalmente, *monsieur* —contestó Adelaïde en su lugar—. Mas es preciso que la dama de mi sobrina os acompañe —adujo, ocasionando la aprobación de las señoras, quienes lo demostraban con ademanes y susurros.

Sophie se alzó de su asiento con el refinamiento de un pajarillo que emprende el vuelo. Cruzó entre una docena de faldas abullonadas y mandó a un lacayo ir en busca de Nouce. Se despidió de las damas con una adorable genuflexión y condujo a Thibaut a una salita yuxtapuesta a la galería.

—Dulce Sophie, me temo que disponemos de escaso tiempo. —Agachó la cabeza y, manteniendo esa postura, alzó la vista hacia ella con una mirada irresistible.

Thibaut Vermandois dominaba sus puntos fuertes y sabía cómo usarlos para seducir a una mujer. Inopinadamente, Sophie caía presa en sus embaucadoras redes, cual sirena a merced de un pescador. ¿Quién la había mirado de un modo tan atrayente? ¿Quién le había brindado tal plétora de atención? Nadie.

—¿Regresa al castillo de Montmort? —preguntó, lidiando con su pusilanimidad.

Nunca antes había estado con un hombre a solas, excepto con su padre o con el mozo de cuabras cuando llevaba zanahorias a los caballos. Motivada por el decoro, se distanció de Thibaut, rodeando la mesa circular que había en el centro de la habitación, donde se situaba un jarrón con las mismas flores que decoraban la fiesta. Thibaut advirtió la premisa que la impulsaba a alejarse, naciéndole una solapada sonrisa. Sophie causaba que él se comportara con urbanidad, moderando sus palabras y sus gestos, en ocasiones briosos, aunque en cuanto clavaba la mirada en esos labios solo deseaba arrancarle un beso.

—Así es. Nuestro carruaje partirá en menos de una hora. ¿Querrá venir a visitarnos cuando le convenga? Me placería volver a verla, Sophie. —Le

cautivaba aquel nombre y le extasiaba repetirlo; sonaba tan suave en la boca, la *s* le cosquilleaba la lengua.

Nouce penetró en el saloncito, que con frecuencia se empleaba de *parloir*. Pesándole sus cuarenta años, cuyas facciones habían demacrado el tiempo y la tragedia, abrió los ojos como platos estirándose sus arruguitas cuando encontró a la pareja a solas.

—*Mademoiselle !* —Raras veces se refería a ella mediante tales civismos, excepto en presencia de su padre, de desconocidos, o cuando trataba de reprenderla—. No debería estar con un joven sin chaperona, por muy buenas intenciones que ambos alberguen.

—Aguardábamos tu llegada, *ma chère* Nouce. *Monsieur* Vermandois dispone de poco tiempo para visitar los jardines. Será mejor que nos apresuremos —dispuso, en parte divertida por la cara de su nodriza, de un vivo carmesí, y en parte embarazada dadas las indecorosas circunstancias.

Se citaron en el vestíbulo y se retiraron a sus respectivos aposentos en busca de sus sombreros; Sophie estrenó una sombrilla de seda azul con encajes que había adquirido en la *boutique* de *madame* Lesage.

En el lapso que siguió, la nodriza no se separó de ellos un solo instante, escoltándolos cual perro guardián, atenta a cuanto decían y hacían, como correspondía en toda familia de buen ver.

Sophie apenas se atrevió a entablar conversación, como dictaba la posición de las mujeres. En cambio, Thibaut Vermandois se afanó en interrogarla sobre su pasado, sus estudios, sus pasatiempos y... sus amoríos.

—Toco el pianoforte y el laúd. —Jugueteó con la cinta azul celeste de su vestido—. Estudié lenguas, literatura, aritmética del hogar y otras materias que le aburrirían. —Temía no ser lo bastante interesante. Un hombre curtido y apuesto como él debía de frecuentar a muchas mujeres versadas, ardidas y con prócer título, además.

—¿Soslaya mi pregunta? —Cruzó los brazos detrás de la espalda, entrelazando los dedos enguantados.

Cuán hermoso le parecía a Sophie, incluso sin el atuendo de gala que aderezaba a cualquier hombre. Vestía unos pantalones elaborados con una tela de verano en visos pardos, un chaleco de un tono similar, un cuello de plastrón sobre una camisa blanca, y una fina levita *beige* que estilizaba su talle. Un sombrero, cuyos bordes se levantaban en los costados, cubría su cabeza y delineaba una sombra bajo sus ojos, oscureciéndolos.

—Jamás he... Es el primero con quien... paseo. —Barrió la afelpada hierba con una mirada amilanada.

—El primero con quien pasea y el primero con quien ha bailado. Me honra sumamente, *mademoiselle* —adujo con un barniz de alarde, mientras cruzaban los caminos bordeados de rosales y flores de temporada—. Entonces, ¿me recibirá si regreso a Bellevue? —Arqueó una ceja, muy consciente de cuánto poder ejercía sobre ella.

—Si mi padre lo permite, estaré... gozosa de volverle a ver. —Nerviosa, giró el mango de marfil tallado entre sus dedos, ocasionando que el cairel de la sombrilla ondeara cual oleaje.

—De no oponerse, nada me detendrá, Sophie.

—*Monsieur*, emplea mi nombre a la ligera —bromeó con una timorata luz en los ojos. Cuando Adelaïde le explicaba cómo tratar a un hombre, Sophie comprendía las palabras, pero no el contexto. ¿Cómo diablos debía desenvolverse?

Thibaut se detuvo, echando la vista atrás. Comprobó que Nouce los seguía de cerca, truncando sus anhelos de tomar la mano de la joven.

—Su nombre me intriga tanto como usted. Contaré los días hasta que nos encontremos de nuevo.

Unas perlas de sudor se formaron sobre su frente a consecuencia de la frustración. Odiaba los convencionalismos que obligaban a una doncella a acechar sus movimientos, y que se los reprochara de rebasar ciertos límites. Sin embargo, tales impedimentos le generaban un intenso morbo. Se sentía más

atraído por ella, por su inocencia, creciendo en él un ferviente deseo de pasión.

Rodearon la mansión que se imponía sobre una exuberante planicie del promontorio junto a unas extensas hectáreas de vides. La construcción, rectangular y solemne, había pertenecido a la familia Delacroix desde el siglo XIII; el anterior ducado les había vendido las tierras a los quinteros y arrendatarios tras perder una parte considerable de su fortuna. Desde entonces Bellevue aumentó su tamaño con cada generación, sumando alturas y habitaciones hasta convertirse en una mansión. Salvo la cocina y el salón de la servidumbre, antaño el foco del hogar Delacroix, y la magnífica puerta principal, nada se conservaba de la antigua edificación.

Cuando alcanzaban las puertas de estilo medieval, los lacayos terminaban de pertrechar la berlina del conde, en cuyos laterales despuntaba el blasón familiar con sus iniciales. Los rayos de sol refulgían sobre los traslúcidos cristales de la portezuela derecha del coche, al igual que en los de las ventanas francesas de la mansión, devolviendo un brillo cegador. Thibaut adelantó sus dedos y tomó la mano de Sophie, se inclinó sobre ella y la besó a unos centímetros del guante.

—Prometo enviarle unas correspondencias. —Se despidió, la voz acariciante.

—Un placer, *monsieur* Vermandois. —Elaboró una señorial genuflexión ante la mirada de Jean, inescrutable, y la de Léon Vermandois, satisfecho. Se dirigió al último—: Alto y poderoso señor, le deseo un grato trayecto.

—Se lo agradezco, *mademoiselle* Delacroix. Me figuro que volveremos a coincidir en breve. —Ajustó su sombrero mientras insinuaba una sonrisa.

* * *

Las semanas se sucedieron entre suspiros de júbilo y misivas cuyo contenido adquiriría un matiz desenvuelto y confiado. Thibaut y Sophie se

correspondían con pequeñas atenciones, aunque siempre sostenían una línea inofensiva. En sus últimas y acuciantes cartas señalaban los flemáticos días que faltaban para reencontrarse. Jean había invitado a Thibaut a la mansión con el pretexto de mostrarle las bodegas, brindándole la oportunidad de elegir las cajas de champán que había previsto enviarle como detalle amigable. En realidad, pretendía acelerar la relación entre la pareja y tal vez promover una pedida formal, puesto que su hermana Adelaïde lo había convencido y alentado.

Y aunque no fue la única correspondencia que recibió Sophie de uno de sus pretendientes, nunca supo que Alexandre Dechenne le había escrito hasta que, una soleada tarde de finales de septiembre, lo encontró en el pueblo cuando salió a dar un renovador paseo con Nouce. No obstante, en aquel entonces Thibaut Vermandois ya había pedido la mano de Sophie a Jean; se había declarado a la joven arrodillándose a los pies de un vigoroso roble, y había retornado al castillo de Montmort, donde se celebrarían las nupcias.

—*Monsieur* Dechenne, me alegra verlo. No recibí nuevas de usted desde el baile, hace un mes. —Sonrió, pronunciándose sus hoyuelos.

—Siento corregirla, *mademoiselle*, está equivocada. Le envié dos esquelas, a las que no ha respondido. —Se le percibía tenso, aunque sus rasgos eran tan afables que carecían de desquite. No se advertía maldad en sus palabras.

«Me figuro por qué no recibí ninguna», lamentó para sí, decepcionada. Durante un momento permaneció en silencio y buscó las flores de randa que adornaban el extremo de su falda.

—Le envié otra a su padre. Me comunicó que había regresado a París. —Hizo una larga pausa, contemplando con urbanidad a la joven—. No se apure. —Sonrió encandilado ante aquel rostro apabullado, de ojos desorbitados—. Por su expresión comprendo que no estaba al corriente.

—Lo lamento tremendamente, Alexandre. —Se permitió usar su nombre de pila, enfatizando su aflicción.

—¿Habría cambiado algo? —Perfiló una sonrisa de resignación—. Ha llegado a mis oídos que se desposará en breve. —Su mirada se tornó contemplativa, esperando hallar una hebra de descontento o... ignoraba el qué, quizás el indicio de que se casaba contra su voluntad, o un sentimiento semejante al que había nacido entre ellos en la fiesta; pretendía comprobar que aquella chispa no fue producto de su imaginación—. Me corresponde felicitarla —agregó a duras penas.

Nouce, aguardando a un lateral de la acera, distinguió los sentimientos que el bello apolo le prodigaba a Sophie. De ser su hija legítima no habría dudado ni un segundo en casarla con él, pues se presentaba morigerado, obsequioso, y con estrellas en los ojos cuando la vislumbraba. Se dirigía a ella con una ternura que solo manifestaban los hombres de buen corazón.

—En efecto, me desposaré en breve. Le agradezco su parabién. —Inclinó la cabeza, cosquilleándole la barbilla las tiras que trababan su sombrero de paja de Florencia, engalanado de ribetes, flores y lazos.

Nouce carraspeó discretamente, poniendo fin a la entrevista cuando percibió cómo flotaba en el aire una connotación amarga.

—Le deseo suma felicidad, *mademoiselle*. —Alzó su sombrero con el índice, y contempló una última vez a Sophie con unos emotivos ojos verdes, antes de girar sobre sus talones y marcharse.

La compendiosa conversación provocó que se le secara la garganta. Apesadumbrada, regresó a Bellevue en el landó que se empleaba en verano, o en días claros y de agradable temperatura. Como era habitual halló confortamiento en Nouce, su amena confidente, con quien compartió su tristeza, y cuánto la acibaraba haber lastimado a un hombre de tan puro espíritu.

El eco de unos cascos se distinguió en la lejanía; alguien cabalgaba a una velocidad vertiginosa. El sonido se tornó más cercano y falto de reverberación. Sophie volteó el rostro cuando escuchó cómo gritaban su

nombre, cuya voz sonaba familiar. El sol a espaldas del jinete impidió que lograra distinguir su rostro a contraluz.

—*Mademoiselle* Delacroix —vocearon de nuevo.

Sostuvo una mano sobre los ojos, alargando la visera de su tocado. ¿Era Alexandre?

—¿*Monsieur* Dechenne?! —Se asombró al comprobar que el joven flanqueaba el carruaje.

Montaba un precioso caballo zaíno que resolló al dar la vuelta delante del coche. Alexandre lo había rebasado a causa de la carrera infernal. Saludó brevemente alzando su sombrero, brillando los rizos rubios que irradiaban un viso dorado al sol. Mirando de soslayo al cochero que volvía la cabeza, expuso sin aliento:

—Disculpe, *mademoiselle*. Se le cayó el pañuelo.

Nouce y Sophie lo observaron atónitas. En un acto reflejo, Sophie tanteó el puño de su manga, cerrada con un botón dorado, donde reservaba su pañuelo. Este permanecía en su lugar, bajo la tela de crespón. ¿A qué pañuelo se refería? Le parecía sumamente extraño, tanto como el rostro pálido y la mirada suplicante de Alexandre, que le tendió la prenda.

—Tengan una buena tarde. —Se alejó como alma que lleva el diablo sobre su enérgico corcel.

Nouce, quien parecía tener un sexto sentido para tramas intrincadas, entrecerró los ojos, reflexiva. Sophie advirtió que un bulto rígido estaba envuelto en la suave tela. Antes siquiera de abrir la boca, Nouce colocó un dedo sobre sus labios y chistó, mandando un mensaje a Sophie con la mirada. «El cochero puede oírnos», le señaló con la barbilla. Sophie asintió con la cabeza y le solicitó a Pierre, el cochero, que reanudara el trayecto.

Se mordió los labios mientras sus dedos se deslizaban sobre el pañuelo, en cuyo canto inferior las iniciales A y C sobresalían con un bordado ornamental. Ahogó un jadeo de estupefacción, deteniéndose su corazón cuando leyó la nota de trazos apremiados. La habían escrito aprisa.

No me corresponde a mí ponerla en antecedentes, mas se lo ruego, no se case con Thibaut Vermandois. Su reputación lo precede.

Capítulo 5

Las jóvenes de su posición no debían arrimar la nariz a la ventanilla de los carruajes, no obstante bien lo valía la suntuosa construcción de estilo renacentista con líneas medievales que apareció tras el cristal al torcer una arboleda. La importante fachada de ladrillo visto parecía coronada de numerosas chimeneas y lucernas que sobresalían de los techos de pizarra, de un tono negro azulino. Cuatro torres circulares enmarcaban el equilátero, dominado por una prominente atalaya. A unos metros de las terrazas acordonaban la edificación unas murallas con bastiones y dos fosas alfombradas de jardines; la primera se hallaba a mucho menor altura que la segunda, generando un desnivel.

La berlina tirada por cuatro percherones viró a la derecha. Cruzó un puente levadizo hasta adentrarse en el inmenso patio del castillo. Sophie tragó saliva, fascinada, mientras su padre refunfuñaba.

—De contraer nupcias con el conde habrías vivido aquí. No concibo el motivo por el que Thibaut prefiere establecerse en el castillo de Réveillon, en lugar de asentarse aquí tras la boda.

—Es natural que una pareja recién casada ansíe vivir en su propia morada y formar un hogar. Además, el castillo de Réveillon es encantador. Posee fosos anegados y una flora destacable —certificó Adelaïde, observando una fila compuesta por la servidumbre que esperaba la llegada de la futura nuera del conde.

—¡Encantador, ja! Me figuro que de menor magnitud. —Empujó las lentes hacia sus ojos. Se habían resbalado sobre su nariz a causa del calor humano patente en la berlina, que había traqueteado durante tres cargantes horas, las cuales le resultaban insoportables.

Adelaïde resopló, hastiada de escuchar los insufribles y fútiles quejidos de su hermano. Acompañaba a Sophie y a Jean al castillo. Su marido había regresado a Bélgica, con el fin de preparar otro viaje al extranjero, mientras ella se encargaba de secundar a su sobrina antes de la boda. Sophie había recibido una invitación de su prometido, quien requería su presencia para ultimar detalles y tomar decisiones imposibles de solventar a través de unas meras correspondencias.

—*Ma chère !* —¡Querida!, se entusiasmó Thibaut de recibir a su amada. Le tendió la mano y se la besó, precaviendo cualquier otra muestra de cariño en público, aunque tampoco había gozado de ella en privado, puesto que Nouce, la temible chaperona, mermaba sus empresas. Le satisfizo que, en esta ocasión, Nouce no acompañara a su ama.

—¡Thibaut! — Sophie se estremeció con el simple tacto de sus guantes.

Thibaut aseguró la mano de Sophie, posándola sobre su brazo tras los saludos pertinentes al conde. Lindando el reguero de libreas, de cofias blancas y, en general, de ojos curiosos que agachaban la cabeza brindando una grata bienvenida, la condujo hasta el umbral de la puerta principal.

Tras una visita guiada por los rimbombantes interiores del castillo de Montmort, los exquisitos jardines repletos de somnolientas estatuas y el bucólico valle del Surmelin, Thibaut y Sophie disfrutaron de algún instante de privacidad cuando Adelaïde no reemplazaba los servicios de Nouce actuando de chaperona.

En tres escasas semanas se desposaría con el hombre más maravilloso del mundo. ¡Qué afortunada era! Un prometedor destino le sonreía. Se preguntaba cómo un hombre como él, el hijo de un conde, nada menos, la había elegido a ella, una muchacha ingenua y reservada que algunos definirían como sosa, y que trataba a todos, criados o señores, con una amabilidad inusual; lo contrario a como se comportaría una futura condesa.

Le prodigaba una mayúscula gratitud a su padre, pues le consentía casarse con el hombre que había robado su corazón y que le concedía el cariño que

tanto le faltaba. Jean había impuesto la fecha de la boda, no obstante. Había exigido que se celebrara a finales de noviembre, eximiendo las tradiciones que pautaban un riguroso noviazgo de seis meses. Él, siempre arraigado en sus reglas y códigos aristocráticos, había obligado abruptamente a Sophie a presionar a su prometido hasta verlo ceder. Ahora su nuevo temor apuntaba al hecho de que Thibaut podía reconsiderar el enlace y echarse atrás; por tanto, le urgía maridar a su hija sin demora.

* * *

Los dos días siguientes versaron sobre la fastuosa boda: flores, comida, invitados... La festividad tomaba una magnitud de proporciones soberanas, semejante a los preparativos del connubio de unos príncipes. El conde aprobó la petición de una verecunda Sophie, cuando solicitó con un acoquinado tono de voz invitar a su amiga Marine, a quien mandaba nuevas a menudo. Esta no había acudido al baile de debutante de Sophie, dado que aún no había sido presentada en sociedad y no se le permitía asistir.

La luna de miel fue un tema peliagudo. Jean se retorció en su asiento al escuchar los paradisiacos destinos donde Thibaut ambicionaba llevar a su misericordiosa prometida. Misericordiosa porque lamentaba gastar tanto dinero cuando otros se morían de hambre. Le carcomía el alma verla boyante y prosperando en la dicha. Le irritaba sobremanera mantener una sonrisa artificial y guardar silencio ante los disparatados deseos y propósitos del hijo del conde, en lugar de oponerse con acritud; Thibaut trataba a su hija como a una reina.

La tercera y última noche, concluida la cena, cuando los demás saboreaban unos licores frente al crepitante fuego de la chimenea en un salón, Thibaut acompañó a Sophie hasta una de las escalinatas. Precisaba despedirse de su amada a solas.

Al pie del primer escalón, cuando esta lo subía para retirarse a sus

aposentos, él retuvo su mano con dedos acariciadores, la volteó hacia él y depositó en el interior de su muñeca un delicioso beso.

—*Mon amour*, qué ganas de tenerte para mí solo —murmuró junto a su muñeca, suspendida junto a su rostro.

La penetró mediante una mirada chispeante, reteniendo la atención de su dama, perdiéndose en ella. La obsequió con otro beso en el mismo lugar, salvo que esta vez fue ascendiendo hacia el interior del codo, dejando un rastro de fuego con sus labios.

Sophie miraba a su entorno, temiendo que alguien los viera y la castigaran a ella. Aun así le resultó tan excitante como entrañable.

Thibaut tiró de ella, obligándola a bajar el escalón y rodearle el cuello con su brazo. La ciñó entonces del talle, logrando que emitiera un leve gemido que lo extasió. Aquel gemido femenino desató en él una furia animal que procuró a duras penas dominar. Conteniéndose para no saltarle encima, se aproximó milímetro a milímetro a su rostro, haciendo durar el placer de la caza.

El calor de su aliento alcanzó los labios de Sophie, que se ruborizó delicadamente. Si bien, en un efímero instante, todo su cuerpo se despertó. Notaba unas convulsiones ganar los centímetros de su piel, sumamente sensible ante las nuevas sensaciones. Incluso sus piernas comenzaron a fallarle cuando Thibaut se aventuró a despedirla con un suave beso; el primero de la joven.

Su cuerpo entero se paralizó, turbada ante el tacto ajeno. La impactó el avezado ardor que manaba de Thibaut, quien deslizó una mano sobre su nuca, recorriéndola un estremecimiento hasta el final de su columna vertebral.

Su aliento a jerez se trasladó hacia la pequeña mandíbula y posteriormente hacia el largo cuello de cisne que se le ofrecía. Ignorando cómo reaccionar, Sophie no movió ni las manos ni los labios, aunque Thibaut la impulsaba a ello introduciendo su pulgar entre sus dientes. Volvió a rozar sus labios contra los de Sophie, mullidos, pero tensos a consecuencia de la impresión que le causaba.

Pletórico, sostenía la mano de la joven contra la robustez de su pecho. Jamás había deseado a nadie con tal brío y exasperación. La necesitaba, hacerla suya allí, ahora, encerrarla en una habitación y descubrirla de pies a cabeza. No aguantaba más. Se había comportado durante semanas, enloqueciendo de lujuria cada vez que se hallaba junto a ella, sin posibilidad de tocarla. Consideraba que su febril estimulación venía motivada al adoptar las formas de un caballero, en lugar de abalanzarse sobre ella y poseerla, como le permitían otras mujeres.

Cuando intentó abrir los labios de Sophie con la punta de su lengua, esta jadeó retrocediendo unos pasos, una brizna de perturbación en la mirada. La intranquilidad que destilaba suscitó en Thibaut una parte de satisfacción ante aquella inocencia, y otra tan salaz que ningún decoro lograría detener. Sus ojos ambarinos se detuvieron sobre el pecho de Sophie, que se hinchaba y deshinchaba en veloces respiraciones. ¡Demonios! Esos perfectos y erguidos pechos lo enloquecían. Si no la dejaba marchar ahora mismo, la haría presa de su lujuria, tomando el control de sus actos un lugar alejado de su cabeza.

—Buenas noches. —Inclinó la cabeza y dio media vuelta, desapareciendo hacia un pasillo.

Sintiéndose desnuda, Sophie corrió escaleras arriba hasta alcanzar sus aposentos.

Aún percibía el calor y la electricidad que fluían en la superficie de su boca. Le temblaban las piernas y notaba un extraño y demoledor torbellino en su vientre. Trató de mantener las formas y recomponerse frente a la doncella que la aguardaba junto a la cama.

La asistió, desvistiéndola y retirando las dos peinetas de plata y nácar que sostenían sus cremosos cabellos. Los bucles recogidos en su nuca cayeron como cascada sobre su espalda, cosquilleándole la piel incluso bajo la camisola.

Soñaba despierta evocando la mirada salvaje de Thibaut al rozar sus labios con la lengua. Cuán chocante y singular valoraba aquel beso; la suave caricia

se había convertido en una agitación prístina. ¿Percibiría aquella sensación con cada beso?

Se introdujo en la cama, flotando entre nubes algodonosas sostenidas por ángeles, mas no halló ni un ápice de sueño. Transcurrieron las horas mientras estudiaba lo sucedido a los pies de la escalera. ¿Tal emoción era la que describían algunos libros definiéndola como *estar enamorado*?

De pronto una sombra penetró en la habitación de estilo Luis XIV. La lumbre proveniente del hogar no alcanzaba al individuo, manteniendo su identidad oculta. Sophie se crispó ante la brumosa presencia, tornándose el ambiente pesado.

—¿Quién anda ahí? —cuestionó, aterrada.

—No te alteres, *ma chère*. Soy tu amado —respondió Thibaut, acercándose con pasos ágiles, cual gato tras acechar desde unos tejados a medianoche. Vestía un largo camisón que asomaba debajo de una bata.

—¡No debe presentarse aquí! A estas horas y...

—¡Chsss! —chistó, elevando un dedo sobre los tiernos labios de Sophie, y sentándose en la cama—. Ansiaba repetir ese beso y mejorarlo, *ma douce Sophie*. —Mi dulce Sophie. Acarició su labio con el pulgar y recorrió la alabastrina piel de su barbilla, intimidando a la pulcra joven.

—Es inconveniente, Thibaut. Solo se permite a una pareja estar a solas cuando son esposos...

—Aún faltan tres semanas para ello, y me temo que no puedo vivir sin ti, ni conseguiré dormir esta noche si tus labios no me brindan un beso —la interrumpió, acercándose a ella.

Sophie se sonrojó, consciente de las doctrinas que amparaban el sumo recato respecto a los besos sin estar casados. ¿Qué opinarían Nouce, o Adelaïde, de encontrarla de esa guisa con un hombre? Thibaut se deslizaba sobre el cobertor y estrechaba la distancia hasta que adosó su pecho a su busto.

—Thibaut, lo besaré mañana si así lo desea, mas es preciso que se marche

ahora.

—Posees una belleza inigualable, *ma chère* —la aduló buscando despertar en ella una hebra de sensualidad.

Acarició su cabello desde la sien hasta el hombro, mientras se aproximaba a su rostro. Incrustó en sus ojos una mirada tan cegadora que le permitió robarle un beso pasional, obligándola a separar los labios. Exultante, introdujo su lengua en ella hasta docilizarla. Paulatinamente, intensificó los besos, impregnando la boca de Sophie de un regusto a licor. Deslizó los dedos sobre su espalda y con la otra mano ascendió desde su muñeca, su codo, su hombro, hasta su clavícula y... la bajó para recorrer el camisón a la altura del canalillo entre sus pechos.

—¡No! ¿Qué pretende? —se quejó Sophie horrorizada. Se trataba de una zona sagrada que nadie debía tocar, ni un prometido ni un marido; eso imaginaba.

—¿Acaso no quieres demostrarme en qué maravillosa esposa te convertirás? ¿No deseas complacerme? —Su rostro se mantuvo a escasos centímetros del de Sophie, el azul de su iris más sombrío de lo habitual.

Desconcertada y apocada, recordó las requisitorias de su padre. Este le había ordenado seducir a Thibaut cuando lo invitó a Bellevue en son de ofrecerle la caja de champán, instándola a promover la pedida de mano y, posteriormente, a realizar sin rechistar cuanto considerara oportuno para evitar perderlo. Pero ¿qué debía hacer o permitir?

—Sí, deseo complacerlo, sin embargo, opino que sus intenciones son ignominiosas. Si accedo a besarlo, ¿se marchará?

—Ansío algo más, amor. —Enarcó una ceja al tiempo que la empujaba, de modo que su espalda tocara el colchón de plumas.

Una vez Sophie se recostó a regañadientes, se situó sobre ella.

—¡No comprendo, Thibaut! —Estaba a punto de sollozar.

¿Qué se proponía subiéndose encima de ella? ¿A qué se refería con algo más? No entendía nada, salvo la sensación de hallarse ante un terrible peligro.

¿Qué se producía tras un beso? Jamás nadie se lo había explicado. ¿Debía rendir pleitesía a su padre y dejar hacer a Thibaut?

—Tranquila, no te haré daño. Bésame y yo me encargaré del resto — aseguró, insistente, aferrándola de las muñecas a fin de que cesara de resistirse y debatirse bajo su peso—. No existe pecado, reproche o deshonra alguna si consumamos ahora el matrimonio. Se celebrará ante Dios en unas semanas de todos modos.

Instantes después, cuando él le levantó el camisón y recorrió sus muslos para introducirse en ella, Sophie intentó impedir la invasión apretando las piernas. Thibaut era fuerte, no obstante, y le susurraba grandes palabras de amor con el propósito de calmarla. Cuando la punzó un inefable dolor que la plegó en dos, entendió que Dios la castigaba por semejante ultraje. ¿A eso se referían cuando animaban a la mujer a complacer a su amo en todo cuanto él pidiera? ¿Ese era el significado de consumir el matrimonio? Tal acto no podía considerarse católico ni puro. Desvió la mirada, clavándola en las diabólicas llamas que nacían de la leña de la chimenea. Ahogó los gritos de suplicio en un puño que oprimió sobre su boca. ¿Cuánto duraría aquello? Resultaba insoportable, humillante.

Entonces recordó la nota de Alexandre. Nouce le había quitado importancia, achacando sus palabras a los celos.

—No te preocupes, cada vez te dolerá menos — aseguró Thibaut.

—¿Cada vez? ¿Es necesario repetirlo? —interrogó con un murmullo de asco y los ojos anegados en lágrimas.

Una ponzoña de desilusión se filtró en sus venas cual veneno. Jamás volvería a confiar en él.

—¿Hacer el amor? —Prodigó un beso sobre la mejilla de su prometida y vistió su bata—. Aspiro a que no abandonemos nuestra cámara durante semanas. —Sonrió como si nada sucediera.

«Hacer el amor», repitió con taciturnidad en su mente, desconociendo hasta entonces su significado.

* * *

Sophie se levantó exhausta aquella mañana. Le dolían partes del cuerpo de las cuales ignoraba su existencia. Le martilleaba la cabeza, sentía náuseas, le escocían los ojos, y ansiaba retornar a Bellevue tanto como la necesidad de pestañear. Una desazón le arañaba la boca del estómago. Había pasado la noche en vela, llorando, con la certeza y el temor de que se avecinaba su muerte, pues sangraba en un lugar íntimo cuando no le tocaba aún. Seguramente Dios la condenaba por haber profanado aquel lugar.

En el patio del castillo, pálida cual fantasma, se despidió de Thibaut sin mirarlo a los ojos, avergonzada y conturbada. Él tampoco hizo ademán de alargar la despedida. Deslizó sus dedos sobre su cabello oscuro, peinado a la Chamfort, un escritor francés, y volvió a depositar su sombrero sobre su cabeza tras dedicarle una solemne venia, que se alejaba de todas las anteriores, careciendo de atención, de cariño o de gracia.

Capítulo 6

El día posterior, Adelaïde y ella acudieron a la cita programada en la *boutique* de *madame* Lesage. Era preciso probarle a Sophie el patrón del traje de novia que había elegido, confeccionándolo a partir de un exuberante modelo sacado de *Le Journal des Demoiselles*.

El vestido ya no la ilusionaba. Cualquier nonada de felicidad había abandonado su alma. Desde que partieron de Montmort-Lucy, localidad donde se asentaba el castillo, Sophie había mudado su alegre rostro. Permanecía en silencio, desconsolada, meditativa y sin ánimos; hasta *madame* Lesage se fijó.

«¿Qué había podido ocurrir?», se cuestionó Adelaïde, intrigada, pues recordaba que el júbilo y el optimismo habían bañado los ojos de su sobrina los días precedentes. Adelaïde lo atribuyó a los nervios que acompañaban las bodas, hasta que, en el transcurso de la semana siguiente, una carta fue entregada en Bellevue.

Montmort,
noviembre 1851

Estimado *monsieur* Delacroix:

Por la presente, lamento rescindir nuestro acuerdo. El día de ayer me desposé con una prima lejana. Me corresponde comunicarle que espera un hijo mío, por lo cual llevar a efecto mi contrato con usted y con su hija resulta irrealizable. Por consiguiente, los negocios venideros con mi padre, el conde, quedan anulados. Mi abogado lo contactará a fin de compensarle a usted y a su hija los inconvenientes, y reintegrarle en su totalidad su parte correspondiente a los gastos de la boda.

Mis mejores deseos para sus futuras empresas.

Thibaut Vermandois

—¡Que traigan a la abominación de Sophie ante mí en el acto! —clamó desde su despacho, rompiendo la puerta de doble hoja al salir hecho un

basilisco—. ¡Sophie! ¡Maldita! ¿Dónde estás? —vociferaba palpitándole las venas del cuello y de las sienas. Su rostro mudaba al rojo vivo.

—¿Jean?! —llamó Adelaïde; tomaba té y pastelitos con su sobrina en la galería de primavera—. Jean, ¿qué ocurre? —Se alteró al advertir la modulación de su hermano.

—¿Qué demonios has hecho mientras visitábamos al conde? —interrogó Jean fuera de sí y con las pupilas desorbitadas.

Agarró del brazo a Sophie, levantándola de su cómodo asiento, y se lo retorció hasta doblegarla, provocando que cayera de rodillas al suelo. Necesitaba hacerla pagar, aunque el hijo del conde se había desposado con otra a raíz de dejarla en estado. De haber jugado bien sus cartas, su hija lo habría retenido, y se habría casado con él aceptando al hijo de la otra ramera como un bastardo.

—¡Padre, me hace daño! ¡Suélteme, se lo ruego! —Contuvo las lágrimas que, expeditas, encharcaban sus ojos azules.

—He recibido una misiva de tu prometido anulando la boda. Se ha desposado con una prima suya. ¿Cómo no has sabido engatusarlo? ¿Qué has hecho, maldita? —Desgarró la frágil piel de Sophie con las uñas.

Aguardó un instante al percibir como Sophie se soterraba bajo un silencio sepulcral.

—Así que, en efecto, eres la única responsable de mi desdicha. —La abofeteó, rasgándole la mejilla con su oneroso anillo, cuyo rubí sobresalía del engaste. A menudo se desplazaba girando alrededor de su dedo hacia su palma.

—Lo lamento considerablemente, padre. Hice cuanto usted me requirió. Se lo prometo. ¡Usted dijo que complaciera a mi amo, y eso hice! —Las lágrimas le atenazaban la garganta.

—¿Complacer? —prorrumpió Jean, frenético.

Adelaïde se levantó cual muelle del diván, atragantándose con un dulce de *échaudé*. «¿Complacer?», repitió en silencio. Tan solo con aquella referencia,

consideró el pecaminoso error de su sobrina.

—Visitó mi cámara la noche anterior a nuestro regreso, y me obligó a... — Desconocía el término correcto para tal acto, excepto la expresión que había empleado Thibaut, y que aún aborrecía: «hacer el amor»—. Lo lamento, cuando nos marchamos del castillo me comporté de forma huraña con él al despedirme.

—Niña, ¿no irás a confesar que te encamaste con él? —se alteró Adelaïde. Anonadada, se oprimió el pecho con una mano, sintiendo como se le desgarraba. La rabia manaba de él. Sus facciones se apreciaban crispadas.

—¿Encamar? —duplicó Sophie como un loro, gimiendo ahogadamente.

—¿Nadie te ha hablado de...? —empezó a preguntar Adelaïde con una mirada interrogativa, impulsada por la sospecha de que su pudibunda sobrina desconociera tales asuntos.

—¿Yaciste con él sin desposarte antes? *Sacrilège !* —¡Sacrilégio!, gritó— ¿En qué mente maquiavélica y obscena cabe fornicar con un hombre que no es su esposo? Me has deshonrado. Has tirado por el fango el buen nombre de nuestra familia, el linaje Delacroix. Nunca volveré a mirarte a la cara. — Enfatizó con las manos—. No seguirás viviendo bajo mi techo. ¡Eres un desecho de los infiernos! —Volvió a abofetearla partiéndole el labio.

—Padre, usted me demandó complacerlo para evitar que se escapara. Él me visitó de noche en mis aposentos, asegurando que no se trataba de un pecado. ¡Deduje que solo deseaba besarme!

—¡Mentirosa! Tú embrujaste su juicio con tus ardidés. Tú nos has llevado a la ruina. —Colocó las manos sobre la cabeza, entrelazando sus dedos con sus cabellos—. ¿No entiendes la gravedad y perfidia de tus actos? ¡Se ha casado con otra! Y si ya no eres virgen, nadie querrá tus restos.

¿Por qué nadie la había advertido sobre las consecuencias? Con cuanto le reprochó su padre, y más tarde su nodriza, lo entendió todo, aunque desgraciadamente ya era tarde.

Adelaïde convino dialogar con ella sin dilación sobre las obligaciones

maritales.

—¿Sabes contar los días?

—¿Los días sagrados del evangelio? —respondió tan ignorante como una niña leyendo el cuento de la cigüeña.

—Los días tras la impureza. —Adelaïde parecía molesta ante la absurda candidez de la joven.

—La hemorragia del menstuo —ayudó Nouce a los afanes de Adelaïde.

La nodriza, muda hasta entonces, estaba desquiciada. Un ser inmoral había mancillado la reputación de su niña.

—¡Te conviene no quedarte preñada, o tu bastardo morirá antes de poder berrear! —advirtió Jean—. No vales ni para servirles de carroña a los buitres.

* * *

Un funesto torbellino se apoderó de su mente durante semanas. La insidia y la traición de un prometido de disoluto carácter habían partido su corazón en mil pedazos. Su felicidad se había sumergido en unos lóbregos abismos. Y su alma, inmaculada hasta entonces, se había teñido de un halo de cenizas.

Tal y como había profetizado Jean, había cometido un infame perjurio ante las reglas de Dios y lo pagaría con terribles secuelas. Nadie querría desposarla y nadie se haría cargo de ella, pues Jean había resuelto echarla a la calle. ¿Quién se lo recriminaría? La noticia de la cancelación de la boda se había hecho pública y había alcanzado los confines de Francia. Además, existían rumores...

Los rumores difundían que Thibaut Vermandois había deshonrado a la prometida de Georges Leroux y la había mantenido cual amante durante meses, dando lugar a una enemistad entre las familias. Cuando se iba a desposar con Sophie Delacroix, la prometida burguesa a la que había desvirtuado —decían

las malas lenguas—, se vio obligado a anular el compromiso y casarse con su amante embarazada.

Nouce se maldijo a sí misma por no verlo venir, o por no prestarle un ínfimo interés a la nota de Alexandre. Conjeturaba que Thibaut había hecho alarde de sus proezas masculinas respecto a Sophie, y aunque las personas ignoraban si sus palabras eran veraces, las habladurías no precisaban aserción alguna, pues a la gente le encantaba promover los escándalos.

Antes de que Adelaïde abandonara la ensombrecida Bellevue, persuadió a Jean de barajar otras opciones; una de ellas, enviar a Sophie a Inglaterra con Matthieu, el menor de los hermanos Delacroix, quien se había establecido en Bristol, cerca de Gales, veinte años atrás.

En cuanto Jean se aseguró de que el desvanecimiento de la castidad de su hija no había concluido en preñez, le envió un escrito a Matthieu. Este respondió alegando poder buscarle un marido a Sophie sin la imperiosa necesidad de acogerla en su casa.

* * *

Los meses acaecieron en una persistente nebulosa de acíbar. El concepto del tiempo se tornó distorsionado, caótico. El dolor convertía las horas en sempiternos minutos, y aun así los días y las semanas se sucedían con una abrumadora celeridad. Y, mientras las nieves se fundían dando paso a la primavera, los cantos de Sophie se silenciaron al igual que su sonrisa se apagó, y sus sueños se disiparon.

Algo en ella se había marchitado como los pétalos de una lozana rosa que carece del tallo que la sostiene. Se imponía profusos y excesivos castigos, como desechar sus lecturas favoritas, sus paseos, sus postres, las visitas a las cuadras, al pueblo...

Rememoraba a cada instante la nota de Alexandre avisándola de la reputación de Thibaut. ¿De qué habría servido la advertencia de todos modos,

si nadie le había explicado en qué consistían las relaciones entre hombres y mujeres hasta aquella fatídica noche de noviembre?

Rezaba en penitencia durante horas y le pedía indulgencia a su padre y a Dios cada día, cuando visitaba la catedral de Châlons-sur-Marne, ocultándose bajo una capa como lo haría un réprobo. ¿Cómo lograría redimirse cuando el perdón se hallaba a una eternidad del Cielo?

* * *

Una tarde, no obstante, en el promedio del mes de abril, el purgatorio se le presentó cuando Jean la mandó llamar a su despacho.

—En unas semanas partiremos a Irlanda, donde te desposarás con el marqués de Connemara —adujo, indiferente, de pie junto a su escritorio Luis XV. Sus pequeños ojos redondos como canicas, escondidos detrás de sus lentes de fina montura metálica, ojeaban unos documentos.

—¿Cómo dice, padre? —El corazón le dio un vuelco. Con las manos cruzadas sobre el voluminoso vestido de tafetán de tono mostaza, se oprimió la punta de los dedos.

—Después de tu pésima conducta no podrás más que estar agradecida. —Sonrió sarcásticamente sin mirarla. Agrupó los documentos, los guardó en uno de los estrechos cajones con tiradores dorados, y avanzó hacia la grandiosa ventana francesa, vestida de gruesas telas que resplandecían a la luz del vespertino sol.

—Padre, se lo ruego, permítame vivir aquí con usted. —Sus labios tremolaron de impotencia. Sus dedos habían adquirido un tono cadavérico dada la fuerza empleada al apretarlos.

—¡Pequeña egoísta! Eres un magno lastre para mí. —Le dedicó una mortífera mirada suscitando que a la joven se le helara la sangre—. Además de obligarme a cargar con tu desgracia, ¿pretendes que acepte tu presencia,

indefinidamente, en esta augusta casa? —tronó, como el sonido de un rayo que descarga su furia.

—Perdóneme, padre. Tiene razón. Confío en su juicio. Me consta que hace lo mejor para mí. —Barrió el suelo con su centelleante mirada, henchida en lágrimas de sumo desasosiego.

—¿Para ti? ¡Ja, pequeña necia! —Cruzó la alfombra persa de motivos intrincados, importada hacía escasos meses, y cuando estuvo frente a su hija le susurró con sorna—: ¿Cuándo has importado tú?

Sophie agachó aun más la cabeza, reteniendo las amargas lágrimas que le provocaban un nudo de espinas en la garganta. Deseaba preguntarse por enésima vez la razón del odio que le profesaba su padre, mas conocía de sobra los motivos.

Ella jamás le importaría como le importaron sus dos hermanastros que fallecieron cuando aún no había nacido, ni tampoco le ablandaría el corazón como había logrado su madre.

Si su expiación entrañaba corresponder a su padre aceptando un matrimonio concertado, entonces abrazaría estoicamente el destino que la aguardaba junto a un viejo marqués: el marqués de Connemara.

Capítulo 7

Con un constante vaivén, la locomotora franqueaba el condado de Roscommon, tras detenerse en la estación de Athlon. Jean, Nouce y Sophie habían embarcado en el primer tren de la mañana que salía de Dublín, habiendo pernoctado en un hotel de la próspera ciudad después de una plúmbea travesía en barco.

—*Regarde!* —¡Mira!, exclamó Nouce—. El paisaje es una maravilla.

Un año antes, la pintoresca belleza que se vislumbraba a través de la ventanilla habría conseguido emocionar a Sophie, brindarle felicidad, pero con un corazón reducido a cenizas, su visión y la apreciación de cuanto la rodeaba se había opacado. Los resquicios de lo que un día fue la joven habían encumbrado unos riscos escarchados imposibles de derribar o sortear. Carecía de vida. Su espíritu risueño y su perenne entusiasmo se habían evaporado cual gotas de rocío en el desierto.

Tal motivo suscitó que Nouce insistiera en acompañar a la abatida Sophie a Irlanda; la habría escoltado hasta el fin del mundo si era necesario. Además, su esposo trabajaba en otra provincia, generando largas separaciones; cuando su niña se hallaba en el internado de París, se ganaba la vida cuidando niños pequeños aquí y allá.

Jean no se interpuso, pues para guardar las apariencias, Sophie precisaba de una acompañante. De lo contrario, ¿qué opinaría un marqués?! Con los sacrificios efectuados para promover el enlace, imperaba cuidar una fachada pudiente.

Paradójicamente, el hallazgo de un noble había resultado una tarea tan fácil como coser y cantar; todo lo había dispuesto Matthieu, su hermano, quien

mantenía relaciones con un conocido del abogado de la familia Dawley, beneficiarios del marquesado de Connemara.

El mayorazgo de los Dawley había caído en desgracia, originando su falta de capital la búsqueda de un matrimonio provechoso. En primera instancia, Matthieu había contactado al abogado de los Dawley, allanando el camino para cuando recibiera la tentadora proposición de Jean. Negociar con el marqués, no obstante, se convirtió en un martirio que se prolongó durante meses y le provocó unas terribles migrañas a Jean, dispuesto a desembolsar una cuantía indecente de dinero, si bien consideraba cualquier suma una minucia con tal de silenciar los rumores del desdoro que recaía sobre su apellido. De haber tenido la oportunidad de vender a su hija cual mercancía ni habría titubeado, pero en esta transacción correspondía pagar para deshacerse de ella, acarreando unos gastos monumentales.

«¡Qué lastre!», había cavilado. «Al menos salvaré mi reputación encubriendo la falsa virginidad de *la maldita*», había maquinado para sí. «Es increíble que la fortuna me sonría al fin. ¡Un marqués! Ja, ja, ja», se había frotado las manos cuando recibió la primera correspondencia. Todo no estaba perdido. Al fin y al cabo, si conseguía maridarla con el patricio individuo, alcanzaría las altas miras a las que siempre había aspirado y, asimismo, nadie pondría en tela de juicio la castidad de Sophie, aunque se había visto en la obligación de poner al futuro esposo en antecedentes. De ahí parte de la desorbitante suma de dinero que superaba con creces cualquier dote de burgués.

Sophie suspiró, desabrida, cuando escuchó al revisor del tren anunciar en inglés:

—¡Galway, próxima parada! ¡Galway, próxima parada!

Viajaban en una locomotora último modelo, perteneciente a la empresa ferroviaria Great Western, que había firmado un contrato millonario, llevándose el monopolio de la línea Dublín-Galway, en funcionamiento desde hacía menos de diez meses, pues se había inaugurado el 1 de agosto de 1851.

—*Mademoiselle*, ¿qué han dicho? —Nouce no entendía ni una palabra de inglés.

—La siguiente parada es Galway. —Continuó con la mirada clavada en el exterior, traspasando las nubes que se abrían y cerraban al antojo del viento.

Faltaban escasos minutos para arribar a aquel lugar desconocido. Galway era la ciudad de paso donde la presentarían a su futuro esposo, del cual Jean no había aportado detalle alguno, cumpliendo su promesa de no dirigirle la palabra o mirarla a la cara; durante los meses transcurridos, bien se había cuidado de no informarla acerca de la fama del marqués, de carácter impío y huraño, según había oído Matthieu.

* * *

El marqués de Connemara había aprestado lo necesario para una celebración secreta. Se hallaba en una sala privada de la iglesia de Saint Nicholas con el abogado de la familia, su primo tercero, mientras su madre y su hermana menor aguardaban la llegada de la novia, sentadas en los primeros bancos frente al altar.

Jean penetró en el templo, malhumorado, el vello erizado. ¿Quién habría vaticinado que él, justamente él, frecuentaría alguna vez una de esas corrompidas iglesias anglicanas? Nadie, ni él lo habría predicho. Si bien se había estipulado en el contrato, como requisito inexorable, celebrar la boda mediante un rito protestante. Cuando menos abochornado, había escurrido el bulto delegando tal sacrilegio en Nouce, a la que ordenó encargarse de los trámites que trocarían la religión de Sophie. Esta había transigido en apostatar y convertirse al protestantismo, fe profesada por el marqués y por la mayoría de los irlandeses que, desde tiempos lejanos, temían sufrir las represalias de los invasores ingleses; les usurpaban sus tierras y restringían sus libertades si rechazaban acogerse a aquella doctrina.

Los gráciles pasos de Sophie acompañaban los de Nouce, que sostenía su

brazo cubierto por una manga de puntilla española. Las doncellas de Bellevue habían realizado una tarea magnífica retocando su traje de novia —el tormento había ocasionado que adelgazara—, el que supuestamente vestiría en su boda con Thibaut. Procuraba no pensar en él, dolía en demasía. Aunque su error y Thibaut iban de la mano, por lo que pensar en una cosa conllevaba pensar en la otra.

Un diligente y alterado Jean estiraba el cuello en busca del futuro esposo. A través de la mantilla, Sophie apenas lograba distinguir cuanto se situaba a menos de dos metros de ella. Percibía la figura de un hombre mayor junto al altar, y dos damas acicaladas con espléndidas ropas a la diestra de este. Mientras avanzaba bajo los arcos ojivales de la iglesia gótica, observó a su padre entablando conversación con las damas; una gozaría de la edad de Nouce, unos treinta y siete o cuarenta años, y la segunda parecía una joven de la misma edad que Sophie.

—*Milady*, perdone la molestia. Me he citado con el marqués de Connemara. ¿Lo conoce? —preguntó Jean, en inglés, embelesado ante el primor de la mujer de más edad.

El rumor del vestido de novia al deslizarse sobre el suelo de piedra y contra los bancos laterales que bordeaban el pasillo, así como la distancia, imposibilitaban que Sophie y Nouce escucharan el diálogo.

—Naturalmente —sonrió la mujer de piel nívea y tirabuzones cobrizos, devolviéndole una genuflexión exquisita—. Es mi hijo.

—¿He oído bien? ¿Su hijo? —Permaneció en silencio un instante—. Me temo que se ha producido una equivocación, *milady*. Entendí que el marqués era un hombre de edad avanzada. —Jean enrojeció.

—La información es errónea, *monsieur*. —Usó el tratamiento de cortesía en un francés perfecto—. Se trata de mi hijo, por lo que comprenderá que goza de una edad menor a la que consideró usted. Aguarda su venida en esa sala. — Con la punta de los dedos enguantados, señaló una puerta de madera noble.

Jean se aflojó el plastrón, inquieto y acalorado de súbito. La situación y el

carácter del marqués habían promovido que Jean lo estimara un hombre mayor y arisco. ¿Acaso su hermano Matthieu había errado en la información transmitida? «*Oh, bon Dieu !*», ¡Oh, buen Dios! Unos sudores fríos surcaban su frente. Primero se había visto obligado a entrar en un templo protestante y ahora descubría que el marqués no era un hombre añoso. «*Sacrilège !*». Tocó a la puerta y se adentró en la angosta sala.

—Buen día, busco a Su Gracia. —Limpió unas perlas de sudor con su pañuelo—. Soy Jean Delacroix. —Examinó con curiosidad a los dos hombres, de unos veinticinco o treinta años a lo sumo.

—*Monsieur* Delacroix, soy Aidan MacMahon. —El abogado tendió su mano al hombre de unos sesenta años, cuya *barrigota* le recordó a un flotador similar a los salvavidas que reservan los navíos para cuando se rescata a una víctima—. Permítame presentarle a mi primo, Su Señoría —le rectificó, pues solo se nombraba Su Gracia a los duques— el marqués de Connemara, Killian Dawley.

«*Oh là, là ! Mais qu'est-ce que j'ai fait au Bon Dieu ?*», ¡Oh, no! ¿Pero qué te he hecho, Dios mío?, se encogió de hombros, sintiéndose indispuerto tras recibir el ingente golpe de un mazo invisible en plena sesera. El marqués distaba de la imagen creada en su subconsciente, produciendo que se llevara una más que desagradable sorpresa.

En su fuero interno tasaba su felicidad urdiendo la venganza hacia su hija; la maldita Sophie pagaría por cuanto le había arrebatado casándose con un viudo decrepito e infame, un hombre impelido por la perfidia, un ser brutal y sin belleza, que la repugnaría, desproveyéndola así de la menor eventualidad de amar a su esposo. Todo lo contrario a cuanto veían sus ojos. El marqués gozaba de belleza y de juventud.

El apuesto joven no le dedicó más de un segundo al saludo.

—Firme aquí, aquí... y aquí —punteó Aidan, mientras su primo perdía la mirada a través de un vitral de colores, con un gesto que denotaba adustez—. El contrato es ineludible —aseveró—. ¿La dote? —reclamó sin demora.

—Hum... —Contempló al marqués con un rictus vituperable—. Aquí se la entrego —rechistó estimando que aún podía echarse atrás y deshacerse de Sophie de otro modo. No obstante, el título nobiliario del zafio individuo le resultaba demasiado jugoso.

El trato se adverbaba taxativo. Si una de las partes restringía el contrato, perdería su patrimonio cediéndolo a la otra. Jean limpiaría y enarbolaría la alcurnia Delacroix, y a cambio del dinero el marqués aceptaría sin recelos a la joven impura.

* * *

En la sala adyacente, Nouce iniciaba una plática banal, tornándose familiar y agradable, con las dos damas, quienes dominaban el francés con brillantez. Frente al sacerdote se hallaba una Sophie ausente, de pie, engalanada con un opulento vestido de color marfil, sumamente excesivo y esplendoroso para la austera y nimia ceremonia. Enfrascada en sus fantasiosas consideraciones, imaginaba cómo se habría desarrollado su boda con Thibaut. La felicidad perdida.

«Marine me sonreiría desde la distancia. La tía Adelaïde vestiría sus mejores galas y estaría colgada del brazo del tío Quentin... Cientos de invitados habrían acudido al enlace», suspiró, y ladeó el rostro hacia Nouce y las dos mujeres que se sentaban en el primer banco. «A excepción de esas damas, probablemente familiares del marqués, no se ha invitado a nadie», y el azul de Persia de sus ojos se anegó en lágrimas. Había saboreado el cielo durante un efímero instante, prometida a Thibaut, y ahora iba camino a los avernos.

Aguardaba, abúlicamente, la inminente llegada de un sexagenario de pelo gris y de verrugas flagrantes, de dientes amarillentos, si le quedaban algunos, y de labios macilentos salpicados de babas. Cuando un joven, el más hermoso que jamás hubo visto, se colocó a su vera. Por vez primera en meses su

corazón dio señales de vida. Oyó su latido, aunque se percibía sutil y apagado..., pero ahí estaba.

Atesoraba facciones varoniles, salvajes y perturbadoras. Un lazo negro de satén trababa su largo cabello castaño, de visos dorados y cobrizos según reflejaba la luz que entraba por los vitrales y la lumbre de los cirios. Unas cejas rectas y espesas endurecían sus ojos, cuyo azul era difícil de definir por cuanto distinguía Sophie a través del velo de mantilla, y porque el hombre no le había dedicado ni una mísera mirada. Difería del físico de los muchachos que había conocido. En él destacaban una espalda ancha, unos hombros cuadrados y una altura mayor a la media. Una barba desordenada y un bigote apurado ocultaban sus labios bajo una nariz recta y masculina, de punta ligeramente elevada.

Una vez terminada la ceremonia, cuando el sacerdote los unió sin floritura alguna y solicitó que firmaran los pertinentes papeles, Killian giró sobre sus talones y se dispuso a abandonar el templo sin siquiera dirigirse a su esposa; le importaba un bledo, así de simple. Sus intenciones de huir de allí, sin embargo, se vieron truncadas cuando Sophie levantó el velo que le arropaba el rostro, descubriendo su identidad y su beldad. Mientras Sophie rubricaba, el marqués la contempló con una hebra de aturdimiento, sentimiento que no había aflorado en su ser desde hacía años.

La delicada perfección de la muchacha le originó un vasto desagrado. ¿Era mucho pedir una mujer grotesca, y con quien no deseara acostarse? Entrecerró los ojos y la traspasó con una mirada glacial. Mientras se le helaba la sangre a Sophie, mirándole ahora, descubrió un mundo de color invernal en el iris del marqués: un círculo azul zafiro abrazaba un azul celeste que clarecía unas motas doradas, y a esto se le sumaban unos arabescos verdosos y grises junto a la pupila. Nunca había observado unos ojos como aquellos; extraordinarios. El corazón le dio un vuelco cuando el marqués se alejó con precipitadas zancadas, expresando acritud y enojo.

«¿Le he disgustado?», cuestionó Sophie para sí, desconcertada.

«¿Qué diablos?», se había guardado Killian, cautivado un fugaz instante por los inocentes y mágicos rasgos de Sophie; análoga a la imagen de un hada cuyas leyendas redundan en Éire.

—No te preocupes, querida. Él es así —aventó la dama de más edad. Sus ojos verde aguamarina trasmitían una inmensa paz y afabilidad.

—Señoría —se dirigió a ella otro hombre joven, alto y apuesto, de rasgos semejantes a los del marqués, aunque menos marcados y acerbos, de pelo corto y patillas cuidadas.

Sophie se tensó al escuchar el tratamiento protocolario. «Señoría. ¡Oh, Dios mío! Ahora soy marquesa. Ni lo había sopesado», silenció, apocada. Prefería ser una lechera a quien nadie examinaría de la mañana a la noche.

—Soy Aidan MacMahon, primo de su esposo —saludó con una venia—. Le presento a *lady* Norah Dawley, y *lady* Branna Dawley.

—Branna, encantada. —Sonrió la más joven. Ambas mujeres parecían dos gotas de agua, con la salvedad de los años de diferencia—. Soy la hermana de Killian.

«Killian», repitió para sí. Lo había escuchado una única vez entre un torrente de otros nombres durante la ceremonia.

—Yo soy su madre —cabeceó la otra mujer inclinándose con una suavidad que despedía ternura.

—¿Prefieres que te llamen *mademoiselle* o *lady*? —preguntó Branna con una sincera confianza, como si de una amiga se tratara.

Aquello tranquilizó a Sophie, tiesa cual palo de escoba.

—Llámenla como crean conveniente —interrumpió Jean, acucioso. Ansiaba salir de aquel templo pagano, encabezado por aquel falso clérigo; calificaba de herejía cualquier religión contraria y dispar a la suya o que se alejara de la doctrina del Santísimo Papa—. Es preciso apresurarnos, el marqués aguarda fuera.

—*Monsieur*, brindémosle un momento a la novia —desaprobó Norah, con una mirada reprobadora, aunque su tono de voz conservaba una inalterable

amabilidad—. Mi hijo sabrá aguardar, como cualquier caballero que se precie.

Aidan insinuó una sonrisa de admiración hacia su tía, admiración que hasta entonces había destinado a Sophie. Lo había fascinado e intrigado en cuanto retiró el velo que le cubría el rostro.

—Se lo agradezco, *milady*. Mas mi padre está en lo cierto, me desagradaría contrariar al marqués y...

—¿Tu cabello es de verdad? Me refiero a su color. ¡Es precioso! —cambió de tema Branna, sin venir a cuento. Alzó una mano y rozó la trenza de Sophie, que recorría el nacimiento de su frente de oreja a oreja. Detrás de la trenza una diadema aseguraba el velo—. Te pareces a un elfo. ¿Sabes lo que es? —interrogó con energía y diversión.

—¡Branna! —se mortificó su madre; le había pedido prescindir de su espontaneidad durante unos días.

Branna no era una joven convencional; su carácter hilarante, efusivo e inquieto dotaba sus quince años de una esencia particularmente genuina. Llevaba días brincando de alborozo con la noticia de la boda de su hermano. Ansiaba conocer a la misteriosa chica, cómo era físicamente, si le gustaba la música, la lectura, la naturaleza, las fábulas, los postres, y si se harían amigas.

Transcurridos unos minutos salieron reuniéndose con Killian, tan taciturno como enigmático, y se trasladaron al restaurante del hotel a comer, salvo Sophie, pues Jean la mandó a su alcoba. Después de descubrir la lozanía de Killian y la gentileza de las dos mujeres, Jean imprecaba como un demonio.

Maquinó una estratagema que, mientras durara su estancia en Irlanda, entrañaba alejar a Sophie de los Dawley, minimizando así el trato con ellos y generando una relación de escepticismo y tal vez de animadversión. De este modo les costaría encariñarse con la maldita.

Capítulo 8

Los intentos de Jean se vieron mermados en cuanto Norah y Branna propusieron, o más bien insistieron, en compartir con Sophie y Nouce una de las dos berlinas que se encaminaron al castillo de Kylemore, situado a una hora a caballo de Clifden.

Sophie había cambiado su indumentaria, agradándole a Branna el tono verde esmeralda de su vestido. Aquello le bastó para iniciar la conversación.

—¿Dónde aprendiste a hablar inglés?

—Estudié en un establecimiento católico de París. —Al reparar en sus palabras, abrió los ojos como platos—. ¡Oh, disculpen! No pretendía sacar a colación un tema de índole religiosa. —Se encogió de hombros y retorció sus dedos enguantados a causa de su inconveniencia.

Tanto Branna como Norah rieron, divertidas ante la reacción de Sophie, pues discernían que sin la presencia de su padre se comportaba con naturalidad y dulzura.

—Mi querida niña, antaño mi familia, así como la de mi difunto esposo, practicaba la fe católica. —Norah le brindó una mirada de compenetración.

—También yo estudié en un internado, hasta que falleció... —Branna se mordió los labios y meneó la nariz—. Después regresé al castillo y una institutriz se encargó de mi educación. ¿Cuál era la asignatura que más te complacía? La mía es montar a caballo. ¿Son de tu agrado? —preguntó con una luz centelleando en sus ojos azules, parejos a los de su hermano, aunque ligeramente más oscuros.

—Debe de resultar un verdadero deleite. Apenas aprendí a montar, me temo. En la casa de mi padre los caballos se emplean para el tiro de la cosecha o se destinan a los carruajes.

—¿Nunca te han regalado un caballo? —quiso saber Branna, asombrada—. ¿Y mascotas? —continuó, frente a las negaciones de cabeza de Sophie.

—Mi padre nunca lo permitió. —Se mordió los labios.

—Entonces nuestro hogar te encantará. Poseemos caballos, perros, gatos, cisnes, cerdos, vacas...

Cinco horas transcurrieron compartiendo unos coloquios animados y desenfadados. Las atenciones de las damas le devolvieron a Sophie su sonrisa perdida, así como una pizca de tibieza que deshelo las punzantes estalactitas clavadas en su corazón; se habían formado mediante los recodos de culpa que producían los errores de su pasado.

—¡Ya estamos llegando! —voceó Branna con impaciencia e ilusión.

—Bienvenida a tu casa, cariño —deseó Norah, empleando el término afectuoso como si la considerara una más de la familia tras unas pocas horas.

Al abrigo de un exuberante bosque, a las faldas de una montaña, se alzaba un imperioso castillo cuya silueta cenicienta se reflejaba en el inmenso lago Pollacappull de aguas espejadas. La construcción, de estilo *baronial*, de líneas neogóticas y renacentistas, cuyo tejado albergaba azoteas amuralladas, ostentaba una belleza inefable. Se le encogió el corazón a Sophie, dada la envergadura de la propiedad; ni siquiera el castillo de Montmort constituía una tercera parte del que se presentaba ante sus ojos...

* * *

Norah se vio obligada a sacar a rastras a su hija de la cámara de Sophie, situada a cinco habitaciones de distancia de la suya y a quince de la de Killian, separadas por unos laberínticos pasillos. Este se había aislado en el extremo oeste del primer piso, apropiándose de varias dependencias; a Sophie la habían instalado en el extremo del ala este. Tal asunto poco la molestó, puesto que, desde su desliz con Thibaut, se sentía satisfecha y segura cuanto más alejada de los hombres estuviera.

Los esposos aún no habían mediado palabra y Killian ya destacaba su monumental enojo hacia Sophie, al comprobar como se retrasaba en lugar de presentarse a la hora impuesta en la que se servía la cena. Lo que no sabía era que Jean había prohibido a su hija bajar al comedor y había silenciado a Nouce. Sin embargo, Branna no tardó en acudir a los aposentos de Sophie e insistirle, desplegando sus poderes de persuasión, hasta lograr que la acompañara a la sala.

Terminados los postres, cuando el marqués se proponía retirarse, Jean pidió reunirse con él sin prórrogas. Entretanto, las damas preguntaron a Sophie si le apetecía tomar una sidra de Armagh. Rechazó la oferta amablemente, temiendo las repercusiones; su padre hallaría algún motivo con el fin de castigarla. Salvo el champán que él producía, estimaba que ninguna mujer tenía derecho a catar el vino o el licor.

Su nueva doncella personal, Einin, la desvistió y le mostró cómo funcionaba el grifo de su baño particular, provisto de bañera, de pilastra y de agua caliente; una deliciosa novedad para una joven cuyo hogar carecía de tales comodidades. En Bellevue los escusados se situaban en el exterior y los sirvientes se encargaban de cargar con el agua, escaleras arriba, escaleras abajo, con el objetivo de llenar las tinas portátiles y los aguamaniles. Incluso un innovador sistema de gas generaba el alumbrado en puntos concretos de Kylemore. Otras zonas funcionaban con el sistema tradicional de velas y carbón.

Se introdujo en la cama de dosel, añorando los cuidados de Yvette, asidua a aromatizar las sábanas. Inquieta, se levantó y buscó los frascos que Einin había organizado sobre un tocador de estilo victoriano, similar al resto de los muebles y la decoración de los aposentos. Por supuesto, su padre no le había permitido llevarse con ella el que la tía Adelaïde le había regalado.

Cuando ladeó la grandiosa cama y esparció unas gotas de lavanda y de rosas sobre las almohadas, la puerta a sus espaldas se abrió, sorprendiéndola

una silueta musculosa, en mangas de camisa y melena desgredada atada a la nuca.

«¡Oh, no! No, no, por favor. Otra vez no. ¡Me niego a pasar por ese suplicio!», tragó saliva y se arrinconó contra una pared de nobles damascos morados. Evocó los lacerantes daños que Thibaut le había suscitado. Se cubrió los pechos y las partes femeninas con los brazos, oprimiendo los frascos de esencia en sus manos. Contempló a Killian, aterrada, mientras sus pulsaciones se disparaban y su visión se tornaba nublada.

Cerró la puerta tras de sí y, sin mirarla, atravesó la estancia hacia el hogar. Como si tal cosa, se inclinó y avivó los leños en la chimenea que una doncella había encendido, incitando las llamas serpenteantes ante sus ojos azules, que adquirieron un matiz dorado.

—¿Me teme? —preguntó sin girarse. Su voz sonaba implacable, fría, distante y tan varonil como la de un dramaturgo de solemne inflexión.

Sophie no alcanzó a contestar, tenía la garganta estrangulada. Cual cervatillo enjaulado, se sintió más insignificante y en peligro como nunca antes.

—¿Está sorda? —alzó el tono, afilado cual cuchillo.

—No, Señoría. Lo he oído, mas mi respuesta no sería de su agrado. — Depositó los frascos sobre una cómoda adyacente y registró el dormitorio con los ojos, en busca de un arma con la que protegerse si él osaba acercarse y lastimarla.

Un conato de risa, solapado por un bufido, emanó de sus labios. Abandonó el frente de la chimenea y bordeó el tocador, contemplando el reflejo de la joven en el espejo.

—¿Ha traído alguna lectura entre sus pertenencias? ¿O es de esas mujeres incultas y triviales que solo estiman las joyas y los encajes y se proponen pescar marido fingiendo una imagen de santa? —Examinaba los recipientes sobre el tocador, entre ellos los polvos de arroz y el unguento de la tía Adelaïde; Sophie no había vuelto a usar nada de aquello desde el baile.

—¿Su Señoría ha acudido a mis aposentos con el propósito de burlarse de mí y de ofenderme? —Clavó la mirada en la bata que yacía a los pies de la cama.

Avanzó con pasos silenciosos hasta alcanzar la prenda. La vistió en un santiamén, necesitando taparse con premura. Una vez conseguido, obtuvo un ápice de quietud.

—No he venido ni a ofenderla ni a halagarla. Usted no me interesa lo más mínimo como para despertar en mí tales sentimientos. —Volteó hacia Sophie y se cruzó de brazos, dedicándole una mirada criminal. Sus fosas nasales se dilataban con cada respiración.

—¿Entonces a...? —Se le quebró la voz. Tragó saliva y, acopiando valor, retomó—: ¿A qué ha venido? —Apartó la vista.

—A eso, menos. —Una ceja dominó la otra. Se aproximó a una de las ventanas junto a la chimenea y, a través de los cristales, admiró el lago sumido en la penumbra de la noche—. Su padre aguarda al otro lado de la puerta. Insiste en que consumemos el matrimonio antes de retornar a Francia. Teme que, de no consumarse, se pueda revocar nuestro contrato y anular el matrimonio.

—¿Por eso me ha pedido un libro? Pretende aparentar... y permanecer un rato en mis aposentos. Entonces le facilitaré la tarea, Señoría. —Encaminó sus elegantes pasos hacia el salón limítrofe al dormitorio, del que lo separaba un inmenso quicio ornamentado.

En un parpadeo, Killian la obstaculizó, aferrando su muñeca de repente y motivando que Sophie se asustara. Unas garras arañaron su vientre desde el interior. Empezó a respirar agitada, así como a notar fuego líquido en sus venas. Por muy atractivo que le pareciera el marqués, el miedo que le destinaba imperaba sobre el enajenamiento momentáneo.

—¿No desea yacer conmigo?

El resplandor en sus ojos amedrentó a la joven, turbándola sobremanera. Un soplo gélido a la par que incendiario le recorrió la nuca.

—Me interesa tanto como a usted. ¡Suélteme! —Sophie entrecerró los ojos, aunando en sus adentros una emoción inusitada que la espoleaba a defenderse.

Se zafó del sometimiento del marqués y rebuscó unos libros en un taquillón: *La Henriada*, de Voltaire. Se lo entregó al hombre, impidiéndose cruzar una mera palabra con él. Extendió el brazo todo lo que pudo, situándose bien alejada de él.

Le ocasionó una fugaz intriga el carácter adusto de Sophie, disimulado bajo una imagen de hada; el largo cabello suelto, ondulándose hasta sus fértiles curvas.

Transcurrió una hora. En ese tiempo Killian había leído en francés, sentado en un cómodo sillón con los pies apoyados sobre una mesita. Sophie seguía ojeando un libro que la tía Adelaïde le había regalado, *Les Fausses Confidences*, de Marivaux, arrebujaada bajo las mantas de la cama. Él se alzó de pronto y, sin el menor ápice de vergüenza, se desvistió. Aquella ingente cosa que pendía entre sus muslos espantó a la joven.

—Objetivo cumplido —adujo recogiendo sus ropas. Caminó desnudo hacia la puerta dando prueba de un orgullo desquiciante.

Desde la cama, Sophie exploró su pétreo cuerpo, ocultándose detrás de su libro. Con un escrutinio, diferenció cada músculo de los brazos, de las piernas y del abdomen, sumamente marcado, formando montañas y sombras... y un poco más abajo se hallaba aquella frondosa mata. Mientras cruzaba y apretaba las piernas a modo de candado, olvidó respirar.

Cuando Killian salió y se alejó de la puerta sin cerrarla, ella escuchó como le decía a Jean:

—¿Se le ha perdido algo? ¿O requiere mis servicios para algo más? — Enarcó una ceja y estiró la comisura izquierda de los labios.

Jean, al principio expectante, cambió de parecer, afrentándose cuando contempló el indecente miembro del marqués.

Capítulo 9

Sophie redactaba unas cuantas cartas en su saloncito privado. Una hermosa doncella, llamada Siobhan, le servía el desayuno que Jean ordenó que le subieran a sus aposentos. Dirigió la primera esquila a la servidumbre de Bellevue, la segunda a su querida Marine, la tercera a los tíos Quentin y Adelaïde, y la última a Alexandre, agradeciéndole su amabilidad y deseándole un futuro próspero, aunque resultara tardío.

Descendió a la planta principal a hurtadillas, en busca de Norah y de Branna, y halló a la segunda en una sala de estudios con una institutriz, recitando unos versos en griego. Procuró evitar molestarlas haciendo ruido, por lo que se evaporó en silencio a través de un ancho pasillo de brillantes maderas de palisandro que adornaban paredes y techos. De camino, ignoraba a dónde, entreabrió alguna que otra puerta cerrada con el fin de curiosar.

Hasta entonces había recorrido tres suntuosos salones, una masculina sala de billar, una sala de fumadores, una floreada galería abovedada, un curioso cuarto de baño y un inmenso comedor. Dadas las comodidades que presentaba la edificación, cuestionó el año de construcción del castillo, pues la estimaba reciente. De casualidad encontró unas puertas acristaladas que desembocaban en el exterior.

Siguió un camino de gravilla que orillaba el castillo, cuyas piedras grises parecían clarear en un día soleado como aquel; había llovido la mayor parte del viaje y, pese a transcurrir la segunda quincena de mayo, la temperatura se percibía fresca. Al borde del camino, frente a las cocinas, se le descubrió un coqueto huerto donde un hombre se afanaba en cosechar los frutos de la tierra.

—¡Buenos días, *mister*! —deseó Sophie, campante; el aire irlandés le sentaba de maravilla, inoculándole un virus cargado de energías positivas.

—¿Puedo ayudarla, *milady*? —El hombre acucillado en el suelo, que protegía su rostro con un holgado sombrero de paja, se alzó.

—En realidad me preguntaba qué verduras habían sembrado aquí. —Se acercó más a él y observó su entorno.

El hombre, de unos cincuenta años, de cabellos oscuros entrecanos y ojos agradables en tonos castaños, quedó meditabundo.

—¿Eeh...? —Se restregó la frente con un pañuelo harapiento—. Pues sembramos patatas, zanahorias, coles, cebollas... —Su acento se apreciaba muy marcado, aún más que el de los lacayos y las doncellas; en cambio los Dawley camuflaban el suyo con maestría—. Oiga, pero ¿quién es usted?

—¡Oh, disculpe mis modales! Me llamo Sophie Delacroix... Uy, no... —Formó una graciosa mueca con los ojos y arrugó la nariz—. Supongo que ahora soy Sophie Dawley. —Recapacitó e hizo una reverencia—. ¿Me permitiría ayudarle?

—¿Su Señoría?! —Su voz tremoló y la mandíbula se le desencajó—. Lamento no haberla reconocido. —Alzó su sombrero—. Temo negarle su petición, *milady*, no es lugar para una dama de su posición.

—Oh, por favor, yo cargaré su cesta mientras departimos. ¿Cómo se llama?

—Fagan, *milady* —contestó asombrado al contemplar como la joven se agachaba y tomaba una cesta de mimbre a rebosar de hortalizas...

Fagan precedió a Sophie cuando penetró en la cocina, con una sonrisa en los labios; además inusitado en el hombre que solía acarrear una perenne mueca de contrariedad en su rostro, como si de una prenda de vestir se tratara.

—¡Buenos días! —saludó la muchacha con su melodiosa voz al entrar en la estancia.

Fagan la observó, cautivado, aguardando la reacción de la cocinera y sus ayudantas. En cuanto advirtieron su presencia, el ruido que hasta entonces se derramaba por las cuatro esquinas cesó. Todos se paralizaron y compusieron poses de estatuas.

—¡Señoría! ¿Se ha perdido? —La cocinera abrió la boca como pez fuera

del agua.

—Lamento irrumpir sin avisar. —Sonrió con dulzura—. Ansiaba conoceros a todos después de conversar con mi nuevo amigo Fagan. —Le dedicó una mirada entrañable—. Me llamo Sophie, y espero me tratéis como a una más.

Las presentaciones concluidas, la anciana guisandera la echó de la cocina, alegando que Su Señoría debía ocuparse en tareas dignas de su condición. Antes de abandonar las dependencias, no obstante, hurtó con disimulo y suma prudencia un oblongo cuchillo afilado, expuesto sobre un banco de trabajo. Lo guardaría bajo su almohada o... ya lo pensaría más tarde. Serviría para espantar a Killian si se atrevía a acercarse a ella durante la noche. Omitiendo el numerito del hombre taciturno a quien no le interesaba consumir el matrimonio, no se fiaba de él; solo con evocar la imagen de aquella *regadera* de cuello rígido, grueso y alargado, le dolía el alma. No, no, la partiría en dos.

«Mañana le ofreceré un ramo de flores silvestres a la cocinera. ¿A quién no le agradan las flores? A ver si consigo robarle una sonrisa», reflexionó, apartando el recuerdo de Killian de su mente.

Cuando regresaba a su cámara coincidió con Norah en un tramo de escaleras.

—Buenos días, mi niña. ¿Has dormido bien? Te esperamos en el desayuno. Tu padre nos avisó de que te sentías cansada. No me extraña, con el prolongado viaje. —Acarició su barbilla y besó su mejilla, suscitando que el corazón de Sophie burbujeara de júbilo.

Por otra parte, la ofendía que su padre le impidiera comportarse educada o afectuosamente con las damas de la casa. ¿Qué opinarían de su persona si nunca se relacionaba con ellas?

—Gracias, he dormido estupendamente. ¿Y usted... tú?

De súbito advirtió la voz de su padre llamándola desde el primer piso, lo que provocó que retrocediera un escalón y llevara una mano a su pecho, arrugándose el vestido entre los dedos. Al reparar en su rostro pálido, Norah musitó:

—Ven conmigo. —Aferró su mano y la condujo escaleras abajo, después a través del vestíbulo y, acto seguido, cruzaron la vegetación que cercaba el castillo hasta las caballerizas.

—¡Oh, esto es increíble! Nunca he visto tal cantidad de caballos. ¡Son preciosos! —Avanzó hacia el primero, cuya cabeza asomaba por encima del pórtico del box—. ¡Hola, encanto! —Le susurró, acariciando su hocico tras ofrecer el dorso de su mano. Había esperado que la oliera y le diera permiso para tocarlo.

—Branna no se equivocaba cuando aseguró que te gustarían. —Norah colocó una mano sobre el hombro de Sophie, arrancándole una feliz sonrisa que hizo que se acentuaran sus hoyuelos.

—Gustarme sería decir poco. Estos animales poseen mayor nobleza que muchos humanos. ¿Cómo puede alguien no adorarlos? Son seres majestuosos. —Giró hacia Norah y la abrazó—. Gracias, al traerme aquí me has regalado un trocito de cielo.

—Gracias a ti, querida. Ignoro la razón, mas... —Buscó las palabras—. Mas intuyo que tu llegada será beneficiosa para todos.

«¿Para todos?», se mordió el labio y agachó la cabeza, pesarosa. Su gesto impulsó a Norah a alzarle la barbilla.

—Concédele tiempo a ese hijo mío, acabará aceptándote. Es muy reservado y sus modales carecen de amabilidad, lo reconozco, empero Dios es sabio y sus designios nunca son errados. Si ha decidido que nuestros caminos han de cruzarse, magnánimas razones albergará. —Acarició su cabello, recogido con dos trenzas en cada lateral de la cabeza que se unían en un moño desenfadado en la nuca; como no tenía intención de salir al exterior no había pensado en coger su sombrero—. Además, durante unos días no te molestará. Prevé visitar Clifden a diario. Pretende reabrir la fábrica de mármol. En nuestras canteras se excava un mármol único, ¿estabas al corriente?

—Ni mucho menos. —Se extrañó, interesada—. ¿Qué tipo de mármol es?

—El castillo se construyó con ese mismo material, así como este collar. —

Prendió la alhaja, de filamentos verde jade, que pendía de un colgante de perlas sobre su corpiño—. Fue un presente de mi marido.

Norah le relató la historia de su matrimonio; las procedencias de sus respectivas familias, el fallecimiento del antiguo marqués, que padecía una enfermedad crónica del corazón, el nacimiento de sus hijos, y cuanto se le ocurrió.

* * *

Los días posteriores se anexaron sin cambios ponderables. Cada mañana, Sophie desayunaba en sus dependencias bajo el mandato de su padre, y se escabullía a visitar el huerto, a recolectar cebollas, coliflores, judías, brócolis y otras verduras, con el propósito de ayudar al simpático, y de pocas palabras, Fagan. Luego se encaminaba, portando ramilletes de flores frescas, a la cocina, donde pretendía forjar amistades con las trabajadoras. Seguidamente se trasladaba a las caballerizas y les cantaba a todos y cada uno de los despampanantes caballos, a la vez que dialogaba con los mozos de cuadra. Más tarde conversaba con Norah y le deslizaba notitas a Branna por debajo de la puerta del aula de estudios, animándola a progresar.

Antes de la hora de la comida, su padre la reñía si descubría su ausencia, prohibiéndole con reiteración salir de su cámara, hasta que, al cuarto día, Branna fue en su busca.

—¡Sophie! —Se crispó al ojear una rojez en su mejilla derecha—. ¿Qué ha ocurrido?

—No es nada. —Encubrió el golpe con la palma de la mano—. Me caí de la cama esta noche. Me temo que soy muy torpe, o tal vez se deba a la añoranza de mi alcoba. —Emitió una risita liviana.

—¿Estás segura? —desconfió Branna, arqueando una ceja.

—No te preocupes —la tranquilizó Sophie, restándole importancia a la bofetada que su padre le había propinado por desobedecerle. Tomó las manos

de Branna y le preguntó—: ¿Cómo se desarrollan tus clases?

—Bien, aunque me aburren. —Ensortijó los bucles de su cabello cobrizo entre sus dedos—. ¿Sophie? —Se mordió los labios y agitó la nariz—. Deseaba dialogar contigo sobre un asunto, mas... me entristecería que lo tomaras a mal.

—¿Qué sucede, Branna? —Sintió una punzada de malestar al notar como la incomodidad tintaba el rostro de su cuñada y su mentón angular se endurecía.

—Llevas aquí cuatro días, sin contar el de tu llegada. Nunca desayunas, comes o cenas con nosotros. ¿Es debido a algo que te hemos hecho o dicho? Soy consciente de que muchas veces hablo demasiado y a destiempo, e incluso mezclo los temas sin venir a cuento, pero me haría ilusión que seamos amigas. —Agachó la cabeza y, con malestar, su mirada se posó sobre el jaretón de seda de su abultada falda.

Sophie palideció, abatida ante la perturbada inflexión de Branna. ¿Cómo explicarle que su padre era el causante de su distanciamiento sin destapar el pastel y sin hacerlo parecer un mal hombre? Además, si desvelaba las órdenes de su padre, sufriría severas represalias; más severas incluso que una mera bofetada.

Nouce, quien bordaba en el saloncito de los aposentos, suspiró, sobrecogida. «Malnacido, conseguiré que odien a mi niña», se guardó.

—¡Oh, mi encantadora Branna! Te prometo que, en cuanto mi padre se marche, desayunaré, comeré, tomaré el té y cenaré con vosotras cada día, pero hasta entonces debo... honrarlo. —La condujo hasta la cama y le ofreció sentarse a su lado, sobre la colcha de resplandecientes hilos dorados, purpúreos y azules.

—¿Entonces es a causa de tu padre? Él aseguró que aborrecías la compañía, y que preferías la soledad porque pecabas de soberbia. A mí no me lo parece.

Nouce carraspeó y negó con la cabeza, enviándole un mensaje a Sophie con una simple mirada. Temía que, si su niña confesaba la verdad, Jean se

ensañara con ella.

—Debes guardar el secreto, Branna. Mi padre no debe saber lo que acabo de contarte.

—¡Lo prometo! —Abrazó a Sophie, colmándola del afecto de una hermana.

* * *

Al sexto día, tras una concisa charla mantenida entre Killian y Norah, se decidió que la presencia de Jean Delacroix en el castillo sobraba, llegando a la conclusión de que resultaba necesario prescindir de su visita cuanto antes, en lugar de alargarla. Tampoco le costó un atribulado esfuerzo al marqués concederle ese fútil deseo a su madre. Con tan solo unos minutos en compañía del ávido hombrecillo, Killian lo había calado, formándose una opinión sobre él: le originaba una notoria antipatía.

Humillado y hondamente ultrajado, Jean abandonó Kylemore al octavo día.

—¿Se ha despedido de su hija? Acabo de verla en la biblioteca —matizó Norah, que transitaba por el vestíbulo.

Había acudido después de escuchar un sonoro vaivén de lacayos que bailaban al son de las pretensiones de Jean.

—Ya la vi anoche —desdeñó—. Además, el carruaje que buenamente me habéis cedido no puede demorarse más tiempo —adujo con retintín y una determinación perentoria—. ¡*Milady*, hasta más ver! —Inclinó la cabeza y desapareció tras la puerta principal.

«¡Desgraciado!», blasfemó en silencio la mujer, furibunda, e indignada ante hombres de esa calaña.

* * *

La biblioteca resultó ser un esplendoroso descubrimiento para la joven Sophie. Halló un desmesurado júbilo entre incontables estanterías rebosantes

de libros que colmaban las paredes desde el suelo hasta alcanzar los cinco metros del techo. Una galería de forja ornamental formaba un semipiso, al que se accedía mediante una escalera de caracol. Descubrió un manuscrito titulado *Annala Rioghachta Éireann* —*Los anales de los cuatro maestros*, según le había traducido Norah—, escrito irlandés que versaba sobre la historia de Irlanda hasta el año 1616. La biblioteca atesoraba literatura de todo tipo, si bien a Sophie le llamaron la atención los cuentos infantiles, las fábulas sobre elfos y las leyendas vikingas. Se empeñó en leerlas todas, sabiendo que a Branna le encantaban. Así tendrían más sobre qué hablar. Se interesó en particular por la mitología de los *leprechauns*, unos duendes pelirrojos con barba y sombrero, vestidos con un traje de un verde esmeralda, cuya labor era la de reparar zapatos cuando no los cegaba la avaricia de encontrar y esconder sus calderos de oro.

Apoltronada en un sillón de tela a rayas, de matices burdeos y ocre, les leía en voz alta a los tres perros que dormían plácidamente a los pies de su falda. De tal guisa la encontró Killian cuando desplegó las puertas de su despacho. Una de las salidas comunicaba con la biblioteca. Al verlo, Sophie brincó de su asiento, despertando a sus nuevos amigos de suave pelaje.

—Ah, está aquí —refunfuñó con grosería, y relinchó por la nariz—. Lo ignoraba. Necesito unos tomos. —La examinó con el rabillo del ojo, preguntándose cómo lograba una mujer alcanzar la belleza de una diosa y el refinamiento de un ángel. Lo sacaba de quicio.

«¡A qué mala hora habré venido a la biblioteca!», rumió para sí el joven marqués.

—Es su casa, no preciso explicaciones, Señoría. —Cerró el libro y lo sostuvo sobre su corpiño azul celeste, escondiéndolo como si la hubieran pillado cometiendo un crimen.

—¿Le interesan las leyendas irlandesas? —Killian, con un tinte condenatorio, había echado un expedito vistazo a su lectura.

—¿Le provoca alguna contrariedad? —Enderezó la espalda, adquiriendo

una postura almidonada, a la defensiva.

Aquel hermoso hombre la perturbaba, pero su belleza no alcanzaba su negro corazón ni se calcaba en su displicente carácter.

—Mientras no saquee mis pertenencias y conserve la organización...

Norah ingresó en la sala, con el sonoro frufú de su vestido de color vino. Sus rizos cobrizos bailaban con el movimiento de sus etéreos pasos.

—¿Os importuno? —cuestionó, escrutando las facciones de Sophie y luego las de su hijo, más recio que de costumbre.

—Le comentaba a nuestra invitada que aprenda a comportarse con nuestras posesiones. —Se dirigió a una escalera de mano con ruedecillas que recorría las estanterías entre el suelo y el medio piso.

—¡Killian! —amonestó a su hijo, frunciendo el ceño—. Te resultará burlesco, mas no toleraré tales insultos.

—¿Insultos? —duplicó, con un deje jactancioso.

—¡Oh, cállate! —Se hartó, y se acercó a Sophie—. Mi niña, he de darte una noticia. —Se encogió de hombros, contorsión que rara vez adoptaba—. Tu padre acaba de marcharse. Lamento..., me explicó que... —Suspiró, considerando los términos menos funestos—. Me manda decirte que te desea suma felicidad, mas el tiempo apremiaba y no podía retrasarse a causa del temporal...

—¿Ya se ha marchado? —preguntó, sobresaltada y con un nudo en el estómago. Depositó el libro sobre el sillón y cruzó la sala con presurosos pasos, persiguiéndola los tres perros—. Gracias por avisarme, Norah. —Sonrió y se alejó bajo los arcos ojivales del enmaderado pasillo.

De repente, Norah escondió el rostro entre sus manos y sollozó, preocupando a Killian.

—¡Madre! ¿Qué ocurre? —Se estremeció corriendo a su vera; acaecían años desde que su madre no derramaba una lágrima.

—Ese hombre es cruel. La maltrata y... ni siquiera se ha dignado despedirse. Estos últimos días le prohibió frecuentarnos, y le pegó cuando

descubrió que salía de su cámara sin permiso.

—¿Sin permiso? ¡Ja! —bufó, alzando los hombros—. Es marquesa, puede hacer cuanto le dé la real gana. ¿Por dicho motivo me solicitaste echarle de Kylemore? —Atusó su barba.

—Branna me lo confesó tras advertir un moretón en su rostro. Ignoro cuánto habrá soportado esa niña, Killian.

—Madre, no coloquemos el carro antes de los bueyes. Deduzco que esa muchacha con aspecto de santa esconde secretos, y quizás no sea lo que te imaginas...

—¡No te comportes como un *amaideach*! —Como un tonto, interrumpió en gaélico irlandés—. Ninguna mujer se merece que la lastimen con golpes. Si te molestaras en conocerla, descubrirías a una persona bondadosa y cariñosa, tan dócil como un unicornio.

* * *

Sophie se refugió en las caballerizas, donde se dedicó a peinar las crines de los animales, cantándoles con la intención de animarse mientras los apaciguaba; unos rayos fugaces hendían el encapotado cielo con sonoros estruendos. ¿Cómo su padre se había marchado sin despedirse, sin dedicarle ni una mísera palabra? No aspiraba a recibir un abrazo o una sonrisa, mas una palabra, sí. ¿Qué sucedería de ahora en adelante? ¿Nunca lo volvería a ver? ¿Cuál era el futuro que se avecinaba en Kylemore? Se consideraba una extraña, pese a las atenciones de Branna y de Norah. Al menos, Nouce la acompañaba, atenuando la angustia que le originaban sus temores; pero no permanecería allí de por vida, ella también regresaría a Francia, y entonces se quedaría sola.

Aidan, que se hospedaba en el palacio durante unas semanas, paseaba por los alrededores de las caballerizas. Al escuchar aquel canto angelical, se acercó con sigilo, ocultándose tras una pared. El tónico de la voz de Sophie lo

atrajo como la miel a los osos. Bajo un encantamiento avanzó cual autómeta hasta ella, tomándola desprevenida.

—¿*Milady*?! —avisó, causando que Sophie se sobresaltara—. Canta como los ángeles —declaró.

Sophie se enjugó las lágrimas con la punta de los dedos al descubierto. Mudó su atormentado semblante dedicándole una afectuosa sonrisa al joven.

—Buenos días, *milord*. Creía que todos se habían refugiado en el castillo.

—¿Le complacería dar un paseo a caballo algún día? Mi prima mencionó que apenas ha montado en Francia, y como permaneceré unos días aquí, me agradaría enseñarle si lo desea. —La contempló con embeleso, advirtiendo los rastros de la pena en su pálido rostro.

—Se lo agradecería, *milord*. Es una de mis asignaturas pendientes. —Acarició las orejas de Firefly, un potro.

Aidan la escrutó con un barniz de inquietud, surgiéndole una vena protectora.

—Entonces comenzaremos en cuanto amaine la tormenta. El clima es imprevisible en estos lares.

Capítulo 10

Las clases se desarrollaron cada mañana, fraguándose asimismo una amistad entre Aidan y Sophie. Con la partida de su padre, disfrutaba de los placeres que hasta entonces se le habían negado: montar a caballo, cantar, reír y compartir la mesa con su nueva familia. No halló dificultades en habituarse a las joviales muestras de cariño de todos, salvo de Killian, análogo a una estatua de hielo, cuyas facciones eran inescrutables. Sophie les correspondía con una inefable ternura; sin embargo, le preocupaba que su secreto fuera descubierto y que, una vez destapado, la repudiaran. ¿Killian estaría al tanto de su mancillada reputación? ¿Cómo la juzgaría de saberlo? Y Norah, ¿cómo la trataría? Descartaba a Branna, dada su edad, pues apenas había cumplido los quince años. Se consideraba una embustera, recibiendo el amor y la condescendencia que le brindaban. Aspiraba a ganarse y devolver cada fruto de afecto que le dedicaban, mas... ese secreto implicaría su ruina.

—¡Ahora más rápido! —voceó Aidan apoyando los codos sobre la valla del ruedo. Sus ojos azules verdosos contemplaban a Sophie, al trote, montando a Sliabh-bán, «Montaña Blanca», según le había traducido Aidan, un precioso y manso caballo tordo.

—Entonces, ¿se cerraron las canteras y despidieron a decenas de empleados hace unos años? —interrogó Sophie dando continuidad a una conversación que se ocasionó al preguntar a dónde se dirigía el marqués; había solicitado a un mozo que le ensillaran su montura.

Killian acechaba a la joven desde la distancia, resguardando su vigorosa figura tras unas balas de paja amontonadas las unas sobre las otras cual torre. Estudiaba el porte de Sophie, apretando los muslos contra los costados del animal, las manos juntas sobre la cruz. Vestía un tocado del mismo tono pardo

que su traje de equitación, si bien, al arremangar sus faldas, se apercebían sus enaguas y sus calzones. ¿Cómo toleraba que Aidan la viera así? Le parecía un tanto desvergonzada. Meditándolo, quizás había puesto sus miras sobre él, lo cual resultaría una maniobra hábil. Involuntariamente, el teorema nació en su mente, formándose una ecuación entre Sophie y Aidan... Sophie y Aidan... «¿Qué me importa? Por mí como si...», algo detuvo sus apreciaciones, o divagaciones. Sophie se inclinaba hacia Aidan, quien anudaba las cintas del femenino sombrero bajo su barbilla. ¡Y ambos reían!

—¿Cuál es la razón de que monte a horcajadas? No es propio de una dama, ni tolerable —rechistó, zanjando el jolgorio.

—Porque hoy le enseño a trotar, y hasta que no se sienta cómoda y segura, no lo conseguirá a la amazona —adujo Aidan apartándose de Sophie, en el centro del ruedo, y regresando al lado opuesto del cerco, por el portón de madera.

—Me figuro que también en Francia se considerará una incorrección mostrar las medias y los volantes de las calzas. ¿O me equivoco? —Señaló sus tobillos con la mirada, y recorrió los centímetros de pierna desde el botín de cuero hasta donde empezaba el calzón, a unos diez centímetros por debajo de la rodilla.

Las mejillas de Sophie se encendieron adquiriendo un color escarlata, y se sintió extraña de pronto, un tanto mareada incluso. Si no le parecía una inconveniencia que su maestro viera su ropa íntima, ¿por qué se ruborizaba ante Killian? Se trataba de una clase, no de una estrategia de seducción. Se tensó, aun así, aferrando con brío las riendas y apretando el interior de los muslos contra las costillas de Sliabh-bán. Alzó la barbilla con arrogancia y, adoptando una modulación filosa, contestó:

—Existen incontables variantes que originan el desprecio de quien...

El caballo se irguió sobre las patas traseras, elaborando un peligroso *botet*, y empezó a cabriolar sin rumbo, alocadamente. Sophie divisó de reojo una rama en el suelo que serpenteaba. Contuvo los gritos de espanto en su pecho,

que se había disparado. Todo sucedía con tanta rapidez que ni alcanzaba a pensar. Bien le costaba no caerse. Solo notaba como su pulso palpitaba en sus muñecas, su corazón y su cabeza. Estaba desorientada.

—¡La puerta! ¡La puerta! —prorrumpió Aidan con una profunda voz aterrada. Corrió en aquella dirección, aunque... ya era tarde, el caballo se había desbocado y empujaba el portón a fin de alejarse de la serpiente que reptaba en aquella zona.

—¿Por qué diablos no la has cerrado? —le reprochó a gritos Killian—. ¡Traigan mi caballo! —voceó, imperioso, hacia un mozo que sujetaba las riendas de su montura, aguardando frente a las caballerizas.

—¡Creí haberla asegurado! —Se mortificó—. Habrá sido cuando nos has interrumpido —alegó mientras Killian se emplazaba sobre la silla y salía disparado.

—Reza para que no le suceda nada —bramó en la distancia, ofuscado con su primo a consecuencia de su estúpido descuido.

Galopó como el dios celta Dagda, tras Sophie, adentrándose en un claro del frondoso bosque. El clima estaba a punto de variar, pues las copas de las espesuras oscilaban con brusquedad, apuntando hacia el norte. En la lontananza distinguió como el sombrero de Sophie se desataba y se arremolinaba en el aire antes de caer sobre la verde maleza. Unas sacudidas después, era el turno de su cabello platino, desbaratándose su recogido. Su larga y brillante melena ondeó al viento, flameando los ondulados mechones a sus espaldas. Killian la contempló: se esforzaba en sujetarse a Sliabh-bán. Espoleó los flancos de Thunder, su caballo zaíno, y apretó el galope para tratar de tomarle ventaja al trecho que los distanciaba.

—¡Tire de las riendas! —vociferó, sin saber si lo oiría.

Alcanzó el lateral izquierdo de la joven, cuyo rostro había palidecido, salvo las mejillas de intenso color rosa, pues la carrera les había conferido aquel rubor. La flanqueó, rodeándola por su estrecho talle con la mano derecha.

—¡Agárrese a mi cuello! Confíe en mí —pidió mientras estiraba de ella con el propósito de traspasarla a su caballo.

—¡No! ¡No lo haga, es una locura! ¡Killian, se lo ruego! —chilló con un tono agudo.

Killian rugió de cólera, pero al apreciar su nombre en boca de Sophie, se obligó a hacerle caso; en lugar de aprisionarla entre sus brazos, asió las enmarañadas riendas de Sliabh-bán y estiró de ellas hasta que, paulatinamente, logró dominarlo y consiguió frenarlo. Ese maldito caballo blanco de motas cenizas parecía endemoniado.

En cuanto se detuvo por completo, Sophie saltó a tierra firme. Dirigió sus manos hacia su pecho; su corpiño de corte *carré d'Angleterre* se dilataba acompañando las vertiginosas respiraciones. Se hallaba sin aliento, y la cabeza le daba vueltas, aún más que cuando subió en barco por primera vez, días atrás. Killian imitó su reacción, mas unos fulgentes relámpagos le atravesaron los ojos, escapándose hasta alcanzar a la abrumada y arredrada Sophie.

—¿En qué pensaba? —gruñó Killian encarándose a ella, tan menuda y frágil a su lado; temblaba como un pajarillo asustado—. Si no está capacitada...

Sin meditarlo, y contra todo pronóstico, Sophie se arrojó contra el férreo pecho del marqués, cuyos músculos permanecían en tensión, palpitándole la vena de su cuello. Sophie comenzó a sollozar como nunca antes, cayendo en una inextricable vorágine de contrariedades. Los últimos meses habían discurrido en un umbroso caos, y ahora su cuerpo la traicionaba, exteriorizando cuanto había reprimido con estoicismo amurándose a su fortaleza de piedra. Sofocó el llanto contra la calidez que afluía del cuerpo de Killian, sobrecogido, pero carente de expresión.

—Lamento que presencie como pierdo la compostura. Me desagrada que nadie me vea llorar. Sospecho que es resultado de cuanto ha sucedido recientemente, una boda con un desconocido, un país lejano, mi padre...

¿Tanto le costaba despedirse? —confesó con un suave hilo de voz mientras se ahogaba en sus jadeos.

Killian percibió una brizna de confusión; no había reparado en los sacrificios de la joven, cuánto había vivido, cuánto le importaba su padre, abandonar su país y casarse con él. ¡Qué idiota había sido! Se había comportado como un *amaideach*; su madre tenía razón.

—Sophie, no llore. Las hadas nunca lloran. —Le costó insinuar una sonrisa, mas esta vez fluía de su corazón.

—Branna me compara con un elfo, y usted con un hada. —Rio con un tintineo, y enjugó sus diamantinas lágrimas.

—Y se halla en lo cierto. —Acarició el nacimiento de su cabello, alborotado a causa de los brincos de Sliabh-bán—. Es un elfo. —La boca seca, los músculos agarrotados, acercó los labios muy lentamente a la nivea tez de Sophie, que olía a lavanda y a rosas blancas.

Le regaló un tierno beso en la frente para apaciguarla, mientras posaba sus manos sobre los menudos hombros. La atmósfera se tensó, espesándose incluso el aire que respiraban como si toneladas de agua los anegaran y oprimieran. Sus miradas se sostuvieron, fusionándose el azul celeste con el azul de Persia, llenándose de centelleantes estrellas fugaces que saltaban de la una a la otra. Sus labios a escasos centímetros, Killian se vio hechizado al punto de codiciar la boca de la joven.

Sophie tragó saliva y frunció el ceño, mientras sus enguantados dedos se deslizaban sobre la nuca de Killian, entrelazando los dedos con unos mechones que se habían separado de la melena, sujeta con una cinta. Entonces imaginó cómo sería tocar aquella cálida piel sin los guantes, y cómo sería besarle. «¡No! Si cedo le daré permiso para hacer valer sus derechos sobre mí», y perdió la vista en la blanca pechera del marqués, que la rodeaba con sus musculosos brazos.

—No es culpa del caballo, ha visto una serpiente —murmuró, cambiando la dirección de los acontecimientos al detectar el aleteo de unas mariposas

cosquillearle las entrañas.

Unas gotas de agua cayeron sobre ellos desde una gruesa nube que encapotaba el cielo. Se avecinaba tormenta.

—De-debemos irnos. —Killian se aclaró la voz, denotando una afección insólita.

—Ignoro si seré capaz de...

—Montará conmigo —la interrumpió, aún rodeándola con sus brazos; indeliberadamente una mano dibujaba unos círculos sobre la espalda de Sophie, produciendo que se estremeciera con la vaporosa caricia.

La atolondrada joven contempló con otros ojos al hombre que subía a su caballo de rutilante pelo negro. Aceptó asir la mano de Killian cuando se la ofreció. Estiró de ella ayudándola a colocarse sobre la cruz de su caballo y, en parte, entre sus piernas, ocasionándole un cosquilleo.

—¿Lista para emprender la vuelta, o alberga alguna objeción? —susurró cerca de su mejilla, anhelando volver a besar aquella satinada tez—. Agárrese a mí, aunque iremos a paso lento. —Aspiraba pasar el mayor tiempo posible con ella, alargando el paseo; sin embargo, la lluvia empezó a arremeter con ímpetu. Amarró las riendas de Sliabh-bán a su silla, y partieron.

Sophie rodeó la ancha espalda del marqués con sus brazos, molidos como resultado del esfuerzo que había supuesto sostener las riendas con afán. Luego apoyó el rostro contra su pecho, embaucándola la esencia que desprendía su cuello; una mezcla salobre a la par que dulzona, mediante unas perlas de sudor y unos toques de ámbar, de vainilla y... ¿de vetiver? A su vez, Killian reposó la barbilla sobre el fino cabello de la joven, dejándose llevar por una amalgama de deseo y de rechazo que le impedía emitir una sola palabra. Ansiaba preguntarle cómo había acaecido su pasado, su vida en líneas generales, y cómo había acabado casándose con él, aunque era sabedor de la respuesta. Ella había perdido su virtud, acostándose con el hijo de un conde de tres al cuarto; antes de involucrarse en los asuntos que lo unían a Jean

Delacroix, le había solicitado a Aidan que la investigara. ¿Cómo había cedido ella tan fácilmente a aquel hombre?

«Me convendría indagar también sobre ese caradura», ponderó avivándose los latidos de su corazón.

* * *

Aparecieron tras las caballerizas desde una senda enfangada, situada entre unos frondosos árboles y unos setos bajos. Todos los allí presentes, que no eran pocos, trasmitían y exponían su inquietud.

—¡Ya han llegado! —avisó Branna, quien había acudido junto con Norah y Nouce al hacerse eco de la noticia.

Se mantenían junto a Aidan, con el semblante cadavérico, resguardándose de la lluvia, que había amainado y se había convertido en llovizna, bajo el techado a dos aguas de las instalaciones. Aidan se apresuró a ir a su encuentro.

—Sophie, ¿está herida? —cuestionó con un gemido de exasperación— Salte, yo la cogeré y la conduciré al interior de la casa. —Elevó los brazos hacia ella y la tomó del talle antes siquiera de que su primo consiguiera negarle ese placer.

—Sí, Aidan, llevémosla adentro. Precisa secar sus ropas. ¡En qué estado se encuentra! ¡Mi niña, qué susto te habrás llevado! —aventó una desquiciada Norah. Sus manos presionaban su pecho, cubierto con un cuello de volantes.

—*Oh, ma petite Sophie !* —¡Oh mi pequeña Sophie!, se emocionó Nouce, los ojos encharcados en lágrimas.

La joven caminaba entre un coro de ojos preocupados. Se giró y le dedicó una enternecedora sonrisa a Killian, aún subido a su montura.

—Gracias.

La observó con una mirada de arrogancia, velando un sentimiento fortuito. ¿Interés? Fuese como fuere, el sentimiento se intensificó y se convirtió en

celos, al presenciar como Aidan la capturaba entre sus brazos y cargaba con ella hasta el castillo.

¿Qué diantre significaba ese calor extrínseco que se apoderaba de él de repente? ¡Ella no podía gustarle, maldición! ¡Ah, no! Él había renunciado al amor, detestaba el amor, maldecía el amor. Y esa niña con pinta de santa... bueno, de elfo, como había acertado a definirla Branna, no conseguiría hacerlo cambiar de parecer.

«¡Por el ojo maligno de Balar!», blasfemó con un exabrupto. Por si no fuera suficiente, ahora precisaba urgentemente rebajar la hinchazón de su entrepierna, motivada por la cadencia de las curvas de la joven que se habían impulsado entre sus piernas, rozándolo suavemente. ¡Pedazo erección!

Capítulo 11

La joven y agraciada doncella Siobhan, de formas sinuosas y exuberantes y rostro achispado, cuya cofia blanca ocultaba parcialmente su cabellera, que refulgía como el fuego, le portó una taza de té junto a un preparado extraño, presentado sobre una bandeja de plata.

—*Lady* Norah insiste en que se tome la medicina, Su Señoría. —Con su mirada verde, hilvanada de filamentos en un tono caramelo, señaló el botellín de cristal traslúcido, que guardaba similitud a una tintura.

Norah le había solicitado a la cocinera que elaboraran el remedio contra la jaqueca mientras mandaba a Sophie a descansar a su alcoba. Las sales de *Salix*, como las denominaban, eran un compuesto medicinal de corteza de saúco, granos de mostaza e hidrocloreto amónico que precisaba hervirse y macerarse hasta que se enfriara.

—Te lo agradezco, Siobhan, mas, te lo ruego, no me llames así. —Le incomodaba cuando se referían a ella como «Su Señoría»—. Prefiero Sophie, o *lady* Sophie, si lo consideras más apropiado.

Nouce se alzó del sillón Reina Ana que había aproximado a la suntuosa cama de dosel, con el fin de velar a su niña. Padecía cefalea y se sentía destemplada; lo cual no era de extrañar tras el incidente con el asustadizo caballo. La joven amoldó su espalda contra el vistoso y duro cabecero de la cama, motivando que Nouce colocara un cojín entre medias, ofreciéndole una esponjada apoyatura.

—*Oh, ma parole !* —¡Oh, pero bueno!, refunfuñó la nodriza—. ¿Por qué te cuesta tanto pedir las cosas?

—Porque no creí necesitar un cojín hasta que me lo has puesto tú, mi dulce Nouce.

—Pecas de humildad o de complejo de pobre, *ma foi* ! —¡Por mi fe!, protestó—. Con esto me refiero a que debes aplicarte el mérito de tu posición. Si has nacido en un entorno burgués y te has casado con un marqués, lo propio es que consientas que te llamen «Su Señoría». Es tu función mandar sobre la servidumbre y ostentar tu cargo.

—Vaya. —Se le escapó una sonrisa—. Tu observación te ha delatado. ¿He de figurarme que estás empezando a familiarizarte con el inglés? —Tomó un sorbo de té y pidió que le acercaran las sales.

Siobhan vertió una dosis en una cuchara sopera, a la altura de su pecho que cubría un delantal blanco, así como otras partes de su librea oscura, y se la entregó a Sophie. Frunció la nariz en cuanto probó el líquido, cuyo sabor estimó amargo, acre y fresco.

—¿Cuánto tarda en surtir efecto, Siobhan? —preguntó con su perenne tono suave y amable.

—Supongo que Su Señoría... *milady* podrá reunirse con la familia a la hora del té. En breve se servirá la comida. ¿Desea que le traiga un plato caliente?

—Te lo agradezco. No será necesario. Tengo el estómago revuelto.

Se guardó de mencionar que también advertía unas abrumadoras y punzantes palpitaciones en su corazón, que en nada tenían relación con la turbulenta carrera, sino con el hombre que la había traído sana y salva de regreso al castillo.

Cuando el timbre del reloj dio las cuatro, Einin, la doncella rubia de unos aparentes cuarenta años, avisó a Sophie y la ayudó a embutirse en su imbricado vestido. Su dolencia se había evaporado, aunque los vestigios de las prístinas sístoles persistían y le enturbiaban la mente. Sophie había evocado el beso que Killian le había obsequiado en la frente un millón de veces durante tres interminables horas, profundizando sobre la razón que lo había empujado a dedicarle tal muestra de afecto. ¿Qué significaba para él, y cuánto suscitaba en ella?

—*Mo chailín daor!* —¡Mi querida niña!, se alzó Norah de la silla del saloncito, cuyos empapelados lucían un verde menta y unas improntas de ramas de cerezo en flor y que trasmitía feminidad y serenidad, invitando a la calma.

Este salón pertenecía en uso exclusivo a Norah y a Branna, que lo habían decorado con muebles georgianos: cómodos sillones de tapizados lavanda y dorados, muebles de caoba tallados y cortinajes traslúcidos bajo pomposas telas brocadas que coronaban las ventanas. El fuego de la chimenea, como todos los del castillo, brillaba por su ausencia en aquellos días cálidos que daban la bienvenida a junio.

—¿Cómo has dicho? —Sophie le dio un beso y se dirigió a Branna, regalándole otro en su rosa mejilla que acentuaba el tono melocotón de su tez y el cobrizo de su cabello.

—Equivale a «mi querida niña» —explicó Branna, invitando a Sophie a sentarse entre su asiento y el de su madre.

—Luces un peinado encantador, mi querida Branna. Es fresco y juvenil. — La contempló con expresivo afecto.

Desde la boda, su cabello distaba del peinado que había adoptado para aquella ocasión. Le barría la espalda media melena de bucles cobrizos, mientras unas trenzas desenfadadas acopiaban el resto con unas coquetas peinetas de marfil.

—¡Gracias! ¿Deseas que mande a mi doncella personal a peinarde de este modo? Posees un cabello muy hermoso. Lo adornaríamos con flores y gruesas trenzas y...

—Me temo que soy demasiado mayor para soltarme el pelo —rio Sophie.

—Estamos en familia, cariño. —Norah sujetó la mano de Sophie—. Si te place, péinate, vístete y compórtate como consideres. Nadie aquí te reprochará quebrantar las reglas de la circunspección —cercioró, engalanándose de una afable sonrisa y apretándole la punta de los dedos.

—¿Sophie? —Branna se aclaró la voz y meneó la nariz, como habituaba

cuando su mente maquinaba—. Aún no has compartido con nosotras tu edad. Mamá dice que es inoportuno interrogar a las personas sobre ello, mas ya eres una Dawley. ¿Te molestarás si te lo pregunto?

Norah alzó los ojos al cielo y sacudió la cabeza en son de resignación. Sophie, en cambio, rio con naturalidad, acostumbrándose a la flagrante vitalidad de su cuñada, que actuaba con impulsos e irreflexión la mayor parte del tiempo.

—Casi dieciocho. —Se cuidó de revelar que se hallaban en vísperas de su cumpleaños.

—¡Oh! ¿De veras? Te echaba unos veinte.

Sophie contuvo un sonido entre una risa y un grito enlatado, y a Norah se le deslizó entre los dedos una galletita que rodó sobre el mantel de lino blanco; para acompañar el *Irish black tea* de Assam, cuyo sabor se percibía *maltoso* y amargo, con toques de chocolate y de frutos secos, habían colmado la mesa de pastelitos, mermeladas, quesos frescos y bombones.

—¡Branna! Temo que tu institutriz no esté cumpliendo con su función. Me veo en la obligación de persuadirla de... perfeccionar —dijo esbozando un mohín— los convencionalismos, y cuán pertinentes son los códigos sociales por los que se rige una señorita de tu casta.

—Entonces os lleváis nueve años de diferencia mi hermano y tú. —Hizo oídos sordos a las aseveraciones de su madre—. Aidan tiene veinticinco, ¿lo sabías? Y mi madre... Mmm, mejor no lo digo, ella lo desaprobaba. —Cerró un ojo y arqueó una ceja.

—Cuarenta y cinco, mas que no salga de aquí —reveló Norah con la sonrisa oculta detrás de su taza de porcelana.

—No los aparentas. —Se sorprendió, pues había evaluado que Killian y Aidan ostentaban unos treinta años, y habría asegurado que los de Norah equiparaban los treinta y siete de Nouce. Untó de mermelada un *scone*—. ¿El marqués..., es decir, Killian tiene veintisiete años? —Se interesó, someramente; ansiaba averiguar cuantiosos detalles sobre él.

* * *

La cena se desarrolló en un silencio inusual. Branna procuraba aportar toques de pimienta a la inexistente conversación, mientras Aidan y Norah manifestaban unas reservas aún desconocidas para Sophie, provocando que se extrañara. ¿Ocurría algo y nadie se lo contaba?

Killian se había refugiado en sus aposentos, según le habían mencionado. La lluvia había calado sus ropas y él también precisaba reposar. ¿Qué le impedía acudir al encuentro familiar, en realidad? Si ella había tomado la medicina y se encontraba mejor, ¿Killian sufría de algún mal preponderante? ¿Acaso no le habían administrado las sales que aliviaban los dolores de cabeza? ¿Se había resfriado?

En parte se entristeció, pero temía volver a verlo tras el episodio del beso, aunque de una casta caricia en la frente se tratara. Aquel beso había originado en ella un sentimiento inopinado. Había percibido una chispa y, mientras su nostalgia se disipaba, otras emociones habían anidado.

* * *

La cabeza reposada sobre la almohada, el índice recorriendo su frente, una intranquilidad perturbadora le robaba cualquier ápice de sueño. ¿Qué hora marcaría el reloj expuesto sobre la gaveta de su saloncito?

«¡Uf! Así no hay quién duerma», protestó, acalorada y angustiada.

¿Qué le ocasionaba tal vigilia? La temperatura había aumentado sus grados, mas no alcanzaba esa calima propia de los meses de verano. Su cuerpo producía las resacas de cuanto su mente acopiaba secretamente. Abandonó su cama, asió el quinqué de su mesita, y se dispuso a abandonar sus aposentos con la idea de hacer una expedita visita a la biblioteca.

Cuán desolado y silencioso se advertía el castillo de noche. Un escalofrío

le acarició la espalda. ¿Y si hospedaba fantasmas? Claro que aquellos entes malévolos pertenecían a los cuentos y leyendas, pero... ¿y si existían? Imperaba no volver a leer a Edgar Allan Poe, al menos durante un tiempo, hasta familiarizarse con los rumores que se colaban por las paredes.

Resuelta, regresó a su cámara, libro en mano, sin haber acertado en el género elegido; la aventura había llegado a su fin cuando la rama de un arbusto arañó los cristales de una ventana de la biblioteca, arrojándola un manto de cobardía. Faltando dos pasos para ganar la puerta de su alcoba, su oído se afinó y distinguió unos gritos estrangulados.

«¡Virgencita del alma! ¿De dónde provienen?», se amedrentó.

El miedo latía en su pecho, agolpándose en sus oídos. Aun así, avanzó internándose a través de los intrincados pasillos, abrigada con una ligera bata. ¡Ay, si alguien la pillaba a esas horas y con esas pintas!

Súbitamente, Sophie escuchó unos desgarradores gritos que resonaron entre las paredes del castillo.

El quinqué la precedía titilando a causa de las vibraciones de sus pulsaciones. ¿De dónde procedían aquellos aspavientos?

Se adentraba en la sombría ala oeste, los dominios de Killian, una zona restringida, según le habían advertido. ¿Debía llamar a la puerta?

«¿Estará en apuros? ¿Y si ha enfermado y necesita ayuda? ¿Debo entrar? ¿Y si...?», su mente cavilaba veloz, arrastrada a un torrente de cuestiones redundantes. Además, ¿qué motivaba que el frescor de la noche se apoderara de esa parte del castillo como si un encantamiento invernal se ciñera sobre ella?

Sus endebles nudillos rozaron la superficie de la madera y, con un nudo en el estómago, se aventuró a girar el picaporte dorado.

—¿Su Señoría? —tanteó con la voz entrecortada.

Asomó la nariz por la rendija de la puerta entreabierta, dibujando la lumbre del quinqué una sombra fantasmagórica sobre su rostro. Sus ojos se

acomodaron a las tenues luces dispersas en el inmenso cuarto de aspecto siniestro.

—¡Márchese! —Killian arrojó contra la pared un recipiente de cristal que se rompió en mil pedazos.

La joven llevó una mano a su pecho y aferró el camisón, que despuntaba bajo la bata, arrugando la tela entre sus dedos.

—Soy Sophie, Señoría. —Tragó saliva, apocada a causa de la violencia con la que había emitido la palabra que antecedió sus actos.

—Le or-ordeno dar media vuelta —vociferó, el habla pesante.

—¿Está enfermo? —comenzó a preguntar, internándose en la cámara, en cuya atmósfera fluía una corriente álgida.

Killian se levantó del sillón en el que se había arrellanado y corrió hacia la intrusa. La tomó de una muñeca, oprimiéndola hasta producirle un dolor parejo al que su padre acostumbraba a administrarle.

—¿Qué pretende? —cuestionó el hombre, la mirada amenazadora, encumbrada de un tormento sin precedentes que ensombrecía sus ojos.

—¡Suélteme! Vengo en son de paz. —Sostuvo la vista fija en él, acongojada. Sus dientes castañeaban al igual que el quinqué trepidaba en su otra mano.

Killian la liberó, regresando a su sillón y anexando una botella a sus labios.

—¿Qué ha ingerido? —se preocupó Sophie, padeciendo de repente por su causa.

—¿Qué le in-incumbe, *lady* santa? —Aprisionó su lengua entre sus dientes, enfatizando las palabras y confiriéndoles una inflexión impetuosa.

—¿Sufre algún mal?

—El sufrimiento acompaña la vida, por desgracia. De hallar la muerte, ya no sentiría.

—¿Qué sandeces son esas? —se exasperó Sophie—. ¿Quién desearía tal situación gozando de riquezas y de juventud?

—¡Cuán ingenua es! —Rio socarronamente, apoltronándose en su sillón, la

botella misteriosa en la mano. El habla lo delataba. Parecía estar bajo el efecto de la embriaguez.

—¿Qué es? —quiso averiguar, manifestando en su voz una entonación de alarma.

—La savia de los muertos y de los dolientes —repuso, el semblante inextricable y la mirada perdida.

—Déjeme ver. —Acopió valor y se aproximó a él, hasta rodear la botella que se negaba a soltar.

Olía a vino, a canela, a azafrán, a clavos y a otras sustancias. Ladeó el rostro hacia la mesita de estilo Adam donde reposaba un frasco que parecía provenir de un boticario. Killian le arrancó la botella de la mano y siguió bebiendo. Sobrecogida, Sophie asió el frasco de la mesita redonda, en cuya etiqueta se distinguía la palabra «LAUDANUM», de un tal Sydenham.

—¿Láudano? ¿Ha enloquecido? ¡No ingiera más! —Se apresuró a intentar arrebatarse el derivado del opio.

Era de conocimiento popular que en pequeñas dosis apaciguaba las mentes y aliviaba los dolores, pero en grandes tomas se trataba de un poderoso veneno, y él lo tragaba como caramelos.

—¿Qué más le da? ¡Lárguese! —gritó, quebrándosele la voz y alzándose del sillón. Le aferró la garganta, emitiendo un gemido de rabia animal, hinchidos los ojos de una expresión capaz de asesinar a cualquiera que interfiriera en sus designios.

—¡No! —exclamó Sophie, arriesgándose a desafiar al hombre de rostro desencajado.

—¡La odio! ¿No lo entiende? ¡La odio! Hoy ha sido uno de los peores días de mi vida... Odio que sea... que sea... hermosa, entusiasta y cordial con todos, y... ¡La odio! —clamó y oprimió la mandíbula, oculta bajo la barba. Aun así, se observaba como los labios se tensaban y como respiraba por la nariz, hinchándose su pecho, cuyos granos de piel descollaban entre la

abertura de la camisa blanca, desabotonada. La empujó de la garganta, arrojándola fuera del aposento, y cerró la puerta de un brutal portazo.

«¡Dios santo!», dirimió, boquiabierta, el corazón galopante bajo los efectos de la conmoción.

Oyó jadear a Killian mientras derribaba los muebles de su estancia.

Sin meditarlo, corrió en busca de Norah. Sus piernas semejaban gelatina y su respiración, un viento embravecido. Llamó a la puerta, sin aliento, los ojos desorbitados y las facciones demacradas, como si de un golpe el dios del tiempo la hubiera maldecido con la vejez.

—Querida, ¿qué haces aquí? ¿Te encuentras enferma? ¿Qué hora es? —preguntó Norah, los ojos brumosos.

—¡Es Killian! Está bebiendo láudano y... furioso... —hablaba tan deprisa que se tragaba la mitad de su léxico—. Rompe cosas... Va a... ¡morir!

En lugar de alarmarse, Norah suspiró y barrió el suelo con la mirada, la cabeza tan gacha como si le avergonzara soportar el peso de algún oscuro secreto.

—Por desgracia, la bebida es para él su única amistad en veladas como esta, lo único que le alivia, pues le proporciona consuelo. Regresa a la cama, cariño. Mañana será otro día y ya se le habrá pasado. —Se propuso sonreír, en vano, y empujó suavemente a Sophie del brazo en dirección a sus dependencias, obligándola, más que sugiriéndole, a irse a dormir.

¿Trataba de impedirle cualquier tentativa de alcanzar el ala oeste?

—Buenas noches —deseó Sophie girando el pomo de su puerta con el rostro volteado hacia Norah, que permanecía en el umbral de la suya.

Cruzó la habitación hacia la ventana, cuya vista desembocaba en un recoveco del lago, y luego la cruzó de nuevo rodeando su cama, nada atrayente, por muy mullidos que fueran los cojines y sedosas las sábanas. Una hebra de intranquilidad, por no decir una bobina entera de hilos, se había apoderado de sus nervios. ¿Cómo lidiar con ellos si su conciencia le demandaba prestarle ayuda a quien la necesitaba? ¿Por qué Norah abogaba

por Killian en lugar de socorrerlo? ¿Y si ingería una dosis mortal de veneno? ¿Cómo perdonarse la muerte de un ser humano de haber tenido la ocasión de auxiliarlo?

«Norah me ha enviado a dormir. No pretendo desobedecerla, mas...», se dejó caer de espaldas sobre la cama, envolviéndola el aroma a lavanda y a rosas. «¡Sí! ¡Eso es!», ponderó, y se incorporó de un brinco, motivada por la, según ella, acertada idea. Con celeridad tomó el frasco de esencia que reposaba sobre su tocador y abandonó el cuarto a hurtadillas, el corazón batiente y contrito cuando franqueó el vestíbulo de la puerta correspondiente a los aposentos de Norah. Se internó en el ala oeste como una etérea bruma que se infiltra en silencio sobre las aguas de los riachuelos, y duplicó los gestos de su anterior visita, aunque con el brío del que había carecido entonces.

—¿*Milord*? —Se introdujo en la gélida cámara. ¿Acaso las ventanas se hallaban abiertas de par en par?

—¡Diablos! Es insufrible ¡Largo de aquí! —El grito provenía de una de las ventanas.

Los ojos de Sophie recorrieron la sala, encontrándolo sentado sobre el alféizar, como si le atrajera el vacío abismal que lo separaba del suelo.

—¿Se ha vuelto loco? —Corrió a su vera, constriñéndole la mano, helada, del mismo color alabastrino que su semblante—. ¿Y si resbala? —Los latidos de su corazón resonaron como dramáticos tambores en su pecho.

—Hallaré al fin la paz y la felicidad plena —bufó con una risa enlatada y taimada, tras apartar bruscamente su mano.

—Se lo ruego, aléjese de ahí. Es peligroso en su estado.

—¡Es un incordio! —bramó a escasos milímetros de su rostro, ensordeciendo sus oídos y asustándola. Apeataba a alcohol.

—No me moveré de aquí. ¿Dónde se sitúa la bañera?

—Váyase o yo mismo la... —empezaba a responder, asolapando la pregunta de Sophie—. ¿La bañera? —Parpadeó y arqueó una ceja—. No me acostaré con usted, jamás. Ni aunque fuera la última mujer de la tierra.

—¿Cree en serio que pretendo bañarlo para acostarme con... un ser odioso como lo es ahora? —Se le escapó una risa nerviosa—. Bien, si no coopera la encontraré yo misma. —Esquivó y rodeó los muebles que yacían en el entablado, cada uno abatido y a su suerte.

—¡Es peor que una mácula de hollín! —tronó, formándose una tormenta en sus ojos azul hielo.

Una vez solventado el hallazgo del baño, dispuso el quinqué sobre una estrecha mesa dorada de estilo Luis XV y llenó la bañera de agua caliente, derramando en esta unas gotas de esencia de lavanda.

—¿Qué diantres? ¿Quién le ha dado permiso? ¡No es nada para mí ni tiene derecho alguno! —bramó, el deje orgulloso y furibundo, pese a los constantes titubeos.

Sophie hizo oídos sordos, salió de nuevo al tétrico dormitorio y cerró los dos ventanales por cuyas aberturas se filtraba la corriente.

—¿Sugiere que desaparezca de su vista y finja que nada acaece aquí? —debatíó—. Morirá de neumonía si no entra en calor.

—¿Neumonía? ¡Soy irlandés, maldita sea! Para usted, que es... es forastera, estas temperaturas semejarán las del Polo Norte, mas para mí es una brisa estival. ¡Ahora, largo! —masculló, iracundo, rodeando los hombros de Sophie y constriñéndolos mientras la conducía hacia la salida.

—Repito que no me marcharé, Señoría. —Lo empujó colocando las manos sobre su duro pecho y notando la fría piel desnuda entre las solapas de la camisa.

—¿Considera esta situación un juego? Créame cuando afirmo que no la... la quiero en mi dormitorio ni cerca de mí.

—Pactemos, pues. Le prometo eclipsarme en cuanto se meta en la bañera.

Profirió unas frases en irlandés, cuyo significado no entendió la joven ni de casualidad, si bien adivinó la grotesca connotación. Killian gruñó como un animal enjaulado y, atrapándola de una muñeca, la arrastró hasta el amplio

cuarto de baño de mármol de Connemara. Retiró sus botas mientras fijaba la vista en Sophie, provocándola con una expresión belicosa.

—Le agradezco que acepte el trato. —Procuró suavizar el ambiente dándose la vuelta para brindarle intimidad a Killian mientras se desvestía—. He añadido al agua unas gotas de lavanda. Me ayuda a relajarme y a dormir. Espero que obre el mismo efecto en usted.

—Ese efecto lo ofrece el... el láudano cuando una condenada entrometida no contrarresta sus efectos —vapuleó.

—La lavanda se me antoja más saludable que un veneno —musitó cara a la pared, por cuya esplendente superficie subía el vaho que generaba el agua caliente.

Percibió el ajetreo del agua cuando Killian se introdujo en la bañera.

—Cierre el paso del agua o rebosará —previno Sophie, viendo de reojo como ganaba el borde arqueado de cobre.

—Ciérrelo usted misma. Ha sido idea suya —despreció.

—¡Santo Cielo! —exclamó la joven al inclinarse a fin de alcanzar el grifo de oro que coronaba el lateral opuesto de la bañera—. ¿No posee Su Señoría un camisón con el que bañarse? —Ocultó sus ojos con las dos manos; el hombre abarcaba mucho. ¡Mucho! ¿Eran necesarias tales muestras de osadía y desfachatez?

—No es la causante, no se emocione usted. —Entrecerró los ojos, infestados de rayos y truenos fulminantes, aunque someramente escondía un conato de diversión en sus labios—. El láudano posee varios beneficios.

La joven recuperó el frasco de esencia que había depositado sobre la mesa y se aprestaba a abandonar el baño cuando Killian, que se había acomodado, se levantó de pronto, deslizándose sobre él una cascada de agua que se precipitó al vacío. La atrapó de la cintura sin salir de la bañera, acercándola a su cuerpo desnudo.

—¡No! —chilló Sophie, notando una rigidez contra su ombligo.

—¡Míreme! —exigió—. ¿No es cuanto codiciaba?

—¿No ha entendido nada? Ya me marchaba, como habíamos acordado. — Forcejeó proponiéndose librarse de él, escabullirse de su insultante agarre.

Killian distanció su torso, adosado al pecho de Sophie. Le sujetó el talle, aun así, impidiéndole a la joven escaparse, pero dejando espacio suficiente entre ambos a fin de motivarle a ella la imperiosa necesidad de indagar con su mirada cada centímetro de piel.

Para sorpresa del hombre, Sophie apartó la vista, ruborizada y acobardada ante el tamaño de la cosa que, por el rabillo del ojo, atisbaba como parecía tener vida propia. «¡Santo Cielo!», repitió para sí, el estómago revuelto. La situación le desagradaba a consecuencia de lo sucedido con Thibaut, habiéndole marcado a fuego el recuerdo de su primera vez. Sin embargo, una fuerza visceral la embaucaba, suscitando que una recóndita parte de ella deseara a Killian.

—No finja, ni represente el papel de una puritana que no ha visto un falo en su vida. —Le arrancó el frasco de esencia que guardaba en una mano y lo estampó contra el suelo.

—¡Era el último! —lamentó, ceñuda y con la boca abierta cual pez fuera del agua—. ¿Por qué motivo lo ha...?

Killian asió su mano y la dirigió hacia la rigidez de su hombría, sobrecogiéndola a la atónita Sophie, a punto de desmayarse. Le temblaba todo el cuerpo.

¡No, las cosas no se hacían así, Killian lo sabía! Mas él podía hacer cuanto se le antojara, no mediante su título de marqués, sino porque cuanto acontecía a su alrededor le resbalaba, completa y llanamente. Todo le importaba un pimiento.

—¡Suélteme en el acto! —vociferó con la voz quebrada y más aguda de lo habitual. Y, pese a que el tacto de la mayúscula cosa se percibía cálido y suave, la situación la repelía—. ¡Se lo advierto! —Le prodigó un golpe en el brazo con todas sus fuerzas, provocando que Killian se tambaleara, cayendo y atrayéndola con él dentro de la bañera.

—¡Ay! —se quejó el hombre, que, posiblemente, se había lastimado con el sonoro trompazo.

—¡Bellaco! —vituperó Sophie, el rostro solapado al pétreo torso del marqués, tan cálido como recordaba de sus hazañas a caballo.

Auxiliándose con sus manos contra los bordes de la resbaladiza bañera, se incorporó observando, horrorizada, como sus ropas empapadas abrazaban la curva de sus pechos, de su vientre y de sus muslos.

—¡No quiero volver a verlo! —Asió el quinqué y se apresuró a salir de allí.

—Pues buen viaje de regreso a Francia, remilgada...

Huyó de los detestables aposentos hasta alcanzar los suyos, corriendo como una liebre, mojada de pies a cabeza. Se cambió el camisón y, sin aliento, se metió en la cama.

* * *

—*Joyeux anniversaire, ma chérie !* —¡Feliz cumpleaños, cariño mío!, le deseó Nouce, acariciándole la nariz empleando la plateada punta de un mechón de su cabello.

Entreabrió los párpados, que pesaban cual piedras. Apenas había pegado ojo, entrando en un estado de duermevela a ratos cortos. Incluso sospechó que padecía algún tipo de resfriado, al advertirse febril y molestándole unos agudos dolores abdominales.

—Hoy me quedaré en la cama. —Bostezó, requiriendo holgazanear por vez primera en su vida.

—¿Has elegido el día de tu cumpleaños para emprender tu mandato? Muy acertado —bromeó Nouce.

Nada de lo que acertó a decir Nouce consiguió animarla ni sacarla de la cama. Preocupada, la nodriza solicitó mantener una extensa conversación con

lady Norah, quien se sobresaltó al conocer la noticia del cumpleaños de su nuera y que era el mismo día de la muerte de su madre.

—¡Pobre niña! —deploró, ideando una fiesta sorpresa, mientras Nouce continuaba explicándole numerosos aspectos de la vida de su niña.

* * *

Pasadas las cuatro y media, Branna, Nouce y Norah se internaron en los aposentos de la joven, que se hallaba tendida en un diván, la mirada perdida hacia una luz arrebolada que se introducía a través de los nítidos cristales de la ventana.

—¡Felicidades! —canturreó Branna, iluminando su jubilosa energía la atribulada atmósfera.

—¡Feliz cumpleaños, cariño! —deseó Norah.

Ambas se abalanzaron sobre Sophie, vestida con su salto de cama y un batín de seda, tomándola desprevenida y robándole una sonrisa que, innata, nació de sus sonrosados labios.

—¡Muchas gracias! —agradeció con un fino hilo de voz fuliginoso, pues aún tiznaba sus sentimientos el comportamiento de Killian.

—Querida, te hemos preparado una fantástica merienda. La cocinera se ha esmerado en combinar varios de tus postres favoritos, y ya está programando los platos que más te agradan para servirlos en la cena —adujo Norah, sonriendo de oreja a oreja.

—Y mientras saboreamos el *baba au rhum* que tanto te gusta, según me ha *piado* un pajarito, podrás enumerar los regalos que deseas. —Branna le guiñó un ojo a Nouce—. De haberlo sabido antes, los habríamos tenido listos para hoy, al igual que una gran fiesta de cumpleaños.

—La celebraremos en cuanto Killian y Aidan regresen de Clifden —aseguró Norah, con un atisbo de malestar.

—¿Se han marchado? —se crispó Sophie, ocultando su desolación.

Capítulo 12

Acaecía la cuarta mañana desde la imprevista partida de Killian. ¿Cuándo regresaría? Nadie lo sabía con absoluta certeza. Quizás tardaría un día más, quizás una sempiterna semana. Se había refugiado en la mansión de los MacMahon en Clifden, dominio de los padres de Aidan.

El mayordomo, Aengus, un hombre entrado en años de aspecto soberbio y remilgado, le entregó una carta de Marine sobre una bandeja de plata, originándole una dicha desmedida. Abrió la misiva, adornada con dibujitos realizados en acuarela, con una lentitud triunfante y placentera. Saboreaba la euforia que afloraba de cada segundo al retrasar la lectura. En el contenido, Marine le deseaba un feliz cumpleaños y hacía constar su sorpresa respecto al repentino cambio de... matrimonio, aunque sin extenderse en sus pesquisas y preguntas. La última vez que Sophie le había escrito desde Bellevue había sido para informarla de la anulación de su boda, sin aportar más detalles. Marine le contó cómo habían acontecido los últimos meses en el Sacré-Coeur, siendo ese su año de finalización de aprendizaje. Antes de despedirse y de firmar, escribió: *¿Cómo es el marqués?*

Más tarde, la pregunta de Marine rondaba el subconsciente de la joven, animándola a interrogar juiciosamente a Norah sobre los proyectos que reclamaban la presencia de Killian en Clifden.

—Hace unos años, Killian se vio en la obligación de cerrar las canteras y la fábrica —expuso Norah a regañadientes—. Nuestra economía sufrió un cambio brusco, y se despidió a cientos de trabajadores. Incluso aquí, en Kylemore, se prescindió de la mitad de la plantilla. —Bebió de su taza de té, a juego con el resto del espléndido servicio de porcelana china de Cantón, cuyos floridos y coloridos diseños lucían estéticamente vistosos.

—En resumidas cuentas, sus... peculiares finanzas —se cuidó de no emplear el término «desastrosas»— impelieron a Killian a contraer nupcias. Hasta ahora nunca había deducido cómo mi padre había obtenido tan ventajoso arreglo con un marqués. Es decir, lo ponderé en una gran suma de dinero, puesto que un título nobiliario como el suyo lo obligaba a rebajarse para desposarme, mas nunca definí los pormenores o las razones de Killian.

—Así es, cariño. Como es usual en los matrimonios concertados, nadie se enlaza por amor en nuestro círculo.

—Yo sí me casaré por amor, como... como... —intervino Branna. Su mirada osciló entre el rostro de su madre y el de Sophie—. Como las jóvenes de mis cuentos. Si no, estableceré aquí mi residencia para la eternidad.

—Si Killian y Sophie lo permiten, mi amor —rio Norah, haciendo danzar sus tirabuzones, dispuestos sobre un moño alto.

—Me temo que no me compete opinar sobre este asunto, mi adorable Branna, mas si de mí dependiera daría mi visto bueno.

—¡Oh! Oigo los cascotes del coche de caballos. ¿Serán Killian y Aidan? — Branna se alzó y corrió cual flecha a recibir a los recién llegados.

La falda de satén azul celeste de Sophie se mezcló con la de Norah, de un vibrante azul lapislázuli, y juntas se dirigieron a la gran entrada principal. Al menos en Kylemore, las anchas puertas permitían a dos mujeres la posibilidad de cruzarlas a la vez, dadas las proporciones de la crinolina que, en otros lugares, restringía el paso a una sola persona.

—Hijo, ¡qué gozo verte! —Norah abrazó a su primogénito y acarició su rostro, deteniendo sus dedos sobre la descuidada barba—. Cariño, ¿cuándo vas a acicalarla?

Las manos sobre su costado derecho, el corazón al borde de un precipicio, sintiendo vértigos, Sophie aguardaba a que Killian se dignara a mirarla o a saludarla.

—¿Aidan no te acompaña? —preguntó Norah, echando la vista afuera, mientras su hijo acariciaba los perros que brincaban a su alrededor.

—¿Acaso vive aquí? —increpó—. Debo resolver unas cuestiones. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Muchas tareas me requieren. —Se alejó a través del amplio vestíbulo revestido de maderas con frisos y triglifos, capiteles, y techos góticos.

—Killian, un instante. Hemos de tratar un asunto en particular —lo retuvo Norah, mientras Sophie salía al exterior tras suspirar en silencio—. El día de tu marcha fue el cumpleaños de Sophie —habló con una modulación áspera, disímil a su carácter.

—¿Cómo? ¿Por qué nadie me informó? —Se quedó atónito un momento, atisbando la doble puerta abierta.

—Nadie lo sabía, aunque tú sí deberías, puesto que Aidan la investigó. Eres tú quien nunca compartes la información con tu hermana o conmigo.

—Bueno, ¿y a mí qué me importa que haya sido su cumpleaños? —fingió.

—¡Es tu mujer! —lo corrigió con un lamento.

—Nunca lo será —repuso alzando el tono.

—Nunca ha celebrado un cumpleaños. Su madre murió dándola a luz. Su padre la condenó por ello y la ha maltratado toda su vida —aventó, la mirada afligida—. Killian, intenta comportarte con más urbanidad.

—Todos sufrimos, es ley de vida —contestó con impertinencia, simulando que en nada le afectaba.

—¿Nos acompañas a pasear, hermano? —Branna apareció de pronto y tiró de Killian hacia la puerta.

—No encuentro razón para negarme —contestó, sorprendiendo a las dos mujeres.

Bordeando las centelleantes aguas teñidas de nubes, que reflejaban el cielo azul topacio, se hallaba Sophie, contemplativa. Branna salió corriendo tras ella, del brazo de su hermano, quien procuraba seguir sus andares compuestos de saltitos y de pasos de baile. Tras ellos, Norah estudiaba el acre semblante de la joven.

—¡Sophie, mira quién ha aceptado pasear con nosotras! ¿No es estupendo?

—afirmó más que preguntó Branna, alborozada.

—Sin duda. —Maquilló su pesar y los nervios súbitos.

—¡Branna, acércate un momento, deseo recoger unas flores silvestres! —
voceó Norah en la distancia.

—Voy. —Soltó el brazo de su hermano y retrocedió por el sendero.

—Aguarda, Norah, ahora mismo te ayudo —se ofreció Sophie, pero Norah
la interrumpió anticipando sus movimientos.

—No, querida. Tú y Killian, avanzad. Os alcanzaremos enseguida.

—Como desees —asintió Sophie, incómoda, y, sin dedicarle una mirada al
hombre, se adentró en el halo de sombra que ofrecían los doseles de los
espigados árboles.

Killian reemprendió el paseo, meditando las palabras antes de emitirlas. Se
aclaró la voz.

—Le deseo un feliz cumpleaños, Sophie. —«Sophie, qué bonito nombre»,
pensó, y procuró recordar si con anterioridad la había llamado así.

—Se lo agradezco, *milord*. —Entrelazó sus dedos frente a su corpiño.

—¿Qué ha hecho estos últimos días? —interrogó el joven, aspirando a
edulcorar su ruda inflexión.

—Leer, tocar el pianoforte...

—¿Toca el pianoforte? —Tampoco le extrañaba, pues las jóvenes de
intachable origen dominaban numerosas artes, si bien se le ocurrió que era un
posible tema de conversación.

—Así como el laúd. —Midió sus palabras; el hombre la alteraba y la
desconcertaba, pues un día la obligaba a colocar su mano sobre partes
secretas y tabúes, y tras días desaparecido actuaba como si nada,
interesándose en sus quehaceres.

Este hecho sí le impresionó a Killian, presumiendo que a Sophie le gustaba
la música más allá de los convencionalismos.

—Yo toco la gaita, aunque no hay mérito en ello; la mayoría de los
irlandeses nacemos con un instrumento bajo el brazo. —Le propinó un

puntapié a una piedrecita del camino.

«¿Qué le ocurrirá hoy a este hombre? ¿Acaso en Clifden venden elixires contra el mal genio?», se guardó.

La misma cuestión prosiguió flotando en su mente la tarde siguiente, cuando Killian se ofreció a acompañarlas durante la excursión.

—Mañana retornaré a Clifden. ¿Desea alguna... algún avío... algo material por su cumpleaños? —quiso saber.

—No, gracias. Poseo cuanto necesito.

—Las mujeres demandan joyas, vestidos, perfumes...

—Señoría —lo interrumpió con tajante cortesía—. Bastante los importuno a diario con mi manutención. Además, nunca me ha motivado una joya. No existe pertenencia material que me colme de felicidad.

—Entonces, ¿qué bien inmaterial podría adquirir para usted? —Una ceja dominó la otra.

—Ninguno, *milord*. Me temo que mi deseo jamás se realizará. —Sonrió con tristeza.

—Póngame a prueba. —La retuvo del codo, retirando al instante su mano.

—Nada me agradaría más que ser poseedora del conocimiento de la procedencia de mi linaje materno. ¿De dónde provenía mi madre? ¿Dónde aconteció su infancia? ¿Quiénes eran sus amistades, sus padres...?

—¿Su padre nunca se lo contó?

—Jamás hizo referencia al pasado de mi madre, salvo para declarar que no le quedaba familia. Incluso... apenas me permitía admirar su retrato. Lo guarda celosamente. —Suspiró y retomó la vereda sin más menciones al tema.

* * *

Durante la cena, Norah se interesó en los asuntos empresariales de su hijo.

—Killian, ¿cuánto consideras que los papeles demorarán la reapertura de la cantera y de la fábrica?

—La cantera se abrió esta semana, y la fábrica... —Bufó y tomó un trago de vino—. Los antiguos empleados desconfían. —Bajó el tono de voz y observó a Sophie con el rabillo del ojo—. Les resulta peligroso abandonar sus nuevos puestos de trabajo; pocos han logrado encontrar uno, y mal pagado. Numerosos son los que han emigrado al extranjero, la mayoría a Estados Unidos. En conclusión, no han olvidado los repentinos despidos de hace cinco años. Costará recuperar su fe en nuestras empresas y en nuestra familia.

«¿Qué ocurrió en aquella época? ¿Por qué se vieron en el compromiso de renunciar a sus negocios? ¿La defunción del anterior marqués tendrá relación? No recuerdo que Norah haya mencionado cuándo falleció», caviló Sophie, comiendo sus verduras mientras aguzaba el oído.

* * *

—Nouce, ¿te importaría emprender una secreta investigación mañana? —preguntó Sophie, introduciéndose en su bañera; nunca acostumbraba a bañarse de noche, si bien, al notar sus músculos entumecidos, se le antojó un baño caliente con sales.

—¿De qué se trata? —Levantó la vista. La había fijado en la tela en la que bordaba, sujeta en el bastidor circular de madera.

—Einin, puedes retirarte. Ya me secaré y vestiré yo misma. Gracias —solicitó con dulzura.

Nouce y Sophie aguardaron a que la doncella abandonara los aposentos.

—Me propongo averiguar los motivos que condicionaron a los Dawley a cerrar sus empresas.

—Entiendo —respondió con un ademán correveidile—. Mas, sabes que no hablo *English*, tardaré unos días.

—No hay inconveniente alguno. De hecho...

Unos pasos resonaron sobre el entablado de madera pulida. ¿Qué se le habría olvidado a Einin?

—*Bonsoir, je veux parler à lady Sophie.* —Buenas noches, quiero hablar con *lady Sophie*, exigió Killian en un francés impecable.

Hasta entonces, ni Nouce ni Sophie lo habían oído emplear otro idioma que no fuera el inglés o el irlandés.

—*Mais elle se baigne, milord !* —Pero, ¿se está bañando!, repuso Nouce con los ojos abiertos como platos.

—*Et alors ?* —¿Y qué?, aventó, ocasionando que Nouce lo mirara con suspicacia. Los marqueses de Connemara no compartían una vida marital tradicional, que digamos, al menos como ella concebía que debía ser.

—Tranquila, mi dulce Nouce. Márchate y acuéstate. ¡Buenas noches! —Se despidió de su nodriza y, maquinalmente, mientras se cubría con una fina tela de un impoluto blanco, ojeó su cama, donde guardaba el cuchillo que había robado en las cocinas.

Killian inspeccionó los aposentos mientras Nouce se largaba. La habitación resultaba igual de vacua que antes de la llegada de Sophie. Distaba de la de su hermana y la de su madre, repletas de boberías. ¿Acaso la joven no poseía tesoros triviales como las demás féminas? Se acercó a una mesita de noche, intrigándole el libro que en ella reposaba. Lo reconoció *in situ*, pues pertenecía a su biblioteca. Luego transitó hacia el tocador. Sobresalía una misiva desplegada, indicándole los bordes y pliegues arrugados que la habían leído insistentemente. Sus ojos se deslizaron a través de las palabras, deteniéndose, ceñudo y acerbo, cuando llegó al asunto de Thibaut Vermandois, a quien, sin sospecharlo, odiaba inextricablemente.

—¿Y bien, Señoría? —se impacientaba la joven, embarazada a consecuencia de la situación, sintiéndose desnuda, incluso cubierta por la tela de baño.

La intromisión de Killian había suscitado que se tensara y que su corazón se envalentonara. Ponderó si salir de la bañera; desde el cuarto de baño, su mirada no alcanzaba la figura del hombre que la perturbaba en demasía. Se advertía al amparo de él bajo las aguas.

—Querría saber si, cuando regrese del pueblo, desea retomar sus clases de equitación. He comprobado que no ha vuelto a montar desde el incidente. Debe afrontarlo y evitar albergar miedos, o truncará cualquier progreso anterior.

Escrutó el tocador, en cuya superficie se hallaban un cepillo de plata, un espejo con incrustaciones, también de plata, y dos recipientes cristalinos. Los destapó; del primero, vacío, percibió un aroma a lavanda, y del segundo, el de rosas que el cabello de Sophie había desprendido cuando subieron juntos a su caballo, de regreso a Kylemore.

Evocó entonces la escena que había incitado su huida del castillo, y que tanto había procurado suprimir de su mente; sus cuerpos estrechados en la bañera. ¡Todo lo había originado Sophie! Aquel día, de no haberlo cautivado con su vulnerabilidad y haberlo rozado incesantemente, tan próxima a él sobre el caballo, de ningún modo se habría emborrachado con láudano. Y, aunque recurría a su dulce opiáceo a menudo, habían transcurrido meses desde que sus labios no habían probado la reconfortante sustancia.

—¿Con... con usted? —Notó su garganta estrangulada, así como su estómago.

—Naturalmente —habló Killian desde la puerta que separaba el dormitorio del cuarto de baño, originándole a Sophie un sobresalto.

—Me complacería enormemente, *milord*.—Insinuó una sonrisa, aunque apocada, mientras se cobijaba bajo la tela nívea.

Sin embargo, la tela había adoptado un aspecto traslúcido. La redondez de sus pechos y sus cimas se marcaban a la perfección. Killian mantuvo una mirada insondable.

Unas gotas resbalaban sobre los hombros desnudos, de apariencia aterciopelada.

—Rosas —afirmó él, cautivándole aquel aroma. La tersura de las dos prominencias femeninas lo hechizaba, lo estimulaba, provocándole asaz excitación.

—En efecto. Como recordará, no me queda lavanda. —Cruzó los brazos sobre el torso.

—¡Buenas noches! —Se eclipsó antes de cometer una locura, advirtiendo como su cuerpo respondía ante la imagen de la joven. Unas ideas descabelladas revoloteaban en su mente, desproveyéndolo de sus sensatas facultades.

Enfiló el pasillo, camino del ala oeste. De permanecer junto a ella un simple y fugaz instante, la habría sacado de la bañera y... «¡Uf!», mejor ni imaginarlo. «¡Me convertiría en el bárbaro que dormita en mí!».

Capítulo 13

Killian regresó antes de lo previsto de Clifden. Había desmontado de Thunder en las caballerizas y entrado alegremente en el vestíbulo, creyendo que alguien vendría a recibirlo aparte de los perros, mas las mujeres ya habían salido. Ascendió al primer piso con abreviados andares, y antes de torcer a la derecha hacia el ala oeste se detuvo, meditabundo. Echó un rápido vistazo a su entorno y, comprobando que nadie circulaba del vestíbulo a los pasillos, o de los pasillos al vestíbulo, eligió el ala este. Se adentró en los aposentos de Sophie, sintiéndose un extraño, como un joven bribón haciendo una travesura, curioseando donde no debía. Sus dependencias olían a ella, eran luminosas y ordenadas. Depositó sobre la cama un paquete que había encargado en su viaje anterior en una *boutique*, solicitando que le confeccionaran la prenda con las medidas que la comerciante guardaba de su hermana.

Unas risas procedentes de los jardines interrumpieron el hilo de sus pensamientos. Se arrimó a un ventanal que se asomaba a la zona oeste, en el saloncito, y contempló como Sophie y Branna cantaban y giraban como peonzas cogidas de la mano. El largo cabello de Sophie, que solo había visto suelto en contables ocasiones, flotaba cual velo de novia a su alrededor. Unas flores adornaban la parte superior de su cabeza, así como trenzas de varios tamaños. «Branna», intuyó, perspicaz; no podía ser idea de otra persona. De repente la mujer elfo cayó de bruces al suelo, seguramente mareada a consecuencia de las dinámicas vueltas. Killian se crispó, pero se relajó en cuanto resonó la risa angelical de la joven.

Branna le ofrecía la mano, ayudándola a levantarse, cuando Sophie tiró de ella, de modo que también rodó sobre la hierba. Sophie movió los dedos con agilidad sobre el corpiño de Branna, dirigiéndolos luego bajo sus mangas,

haciéndole cosquillas. Ambas reían como colegialas con una complicidad encantadora. Killian desconocía ese aspecto desenfadado y juguetón de Sophie, quien sin saberlo le robó una franca sonrisa. Al reparar en el embeleso que le destinaba a la joven, se apartó de la ventana y abandonó los aposentos con aspecto taciturno. Bajo el abrigo de un abúlico mutismo, bregando con su alboroto interior, prosiguió hasta su cámara, donde se aseó, retirando los residuos de polvo del viaje, y se cambió de ropas. Acto seguido se reunió con las mujeres en el jardín este, hallándolas engalanadas de sus sombrillas. Un gracioso tocado adornado de mariposas cubría el cabello de Branna.

—Buenas tardes, *miladies*.—Hizo una inopinada venia con la cabeza sin retirar su sombrero oscuro; rara vez renunciaba a su vestimenta de tonos opacos.

—¡Killian! —chilló Branna, apresurándose hacia él.

—¿Cuándo has llegado? Te esperábamos para la cena —adujo Norah.

—Señoría —reverenció Sophie, la mirada acrisolada. Se ruborizó cuando se dio cuenta de que su peinado se veía bucólico, y sus faldas, arrugadas. Se las alisó con las manos.

—¿Branna la ha convencido? —Contempló las partículas brillantes que reflejaban su plateado cabello.

—Si le desagrada, subiré a peinarle como es debido. —Se acució a enrollar los mechones entre sus manos, envueltas en guantes de verano, desprovistos de tela en los dedos.

—Es a usted a quien debe agradar —contestó con una repentina adustez.

—¿Vamos al bosque a pasear? —Branna tiró del brazo de Killian, a quien la belleza de Sophie hacía resurgir su vena huraña.

—Mmm..., en otra ocasión. —Le urgía aislarse. ¿Qué maleficio proyectaba Sophie originándole la pérdida del juicio?

—¡No, venga, vamos! —insistió Branna, acompañada del coro de Norah—. Hace una tarde magnífica.

—De acuerdo —refunfuñó—, mas cesa de sacudirme como a un muñeco de trapo.

Sophie asió su sombrilla, que yacía en el suelo, y los acompañó. Discurrieron por una senda campestre a las faldas del bosque, desde donde los fulgores del lago cegaban los ojos de los observadores.

Norah trató de retener a Branna del brazo, ofreciéndoles intimidad a Sophie y a Killian, ambos bajo el manto de un mutismo flagrante y pesante.

—¿Puedo preguntar cómo se han desarrollado sus cometidos en Clifden?

—Amenos, y más provechosos de lo que preveía —declaró, evitando revelar que su visita en nada tenía relación con la cantera, sino con la fiesta de cumpleaños sorpresa que Norah preparaba.

Esta, quien había retenido a su hija contra su voluntad, mientras los dos jóvenes se internaban en el bosque, se vio obligada a soltarla. La quinceañera salió despedida cual bala de cañón hacia la pareja.

—¡A ver quién me pilla! —Flanqueó a Sophie y la atrajo a la carrera de la mano, saliendo en volandas su sombrilla.

—¡Branna! —reprendió Killian, colocando los brazos en jarra.

—Killiaaan, intenta alcanzaaarnos —canturreaba Branna en la lontananza, sin soltar a Sophie, que se prestaba al juego.

El muchacho no lo pensó dos veces, retiró su sombrero y lo lanzó al suelo con urgencia. Sorteó los musgosos troncos de los árboles, con la agilidad de un león persiguiendo su caza. En menos de diez saltos, y sin apenas jadear, las embistió, tirándolas al suelo sin pretenderlo, mas no había medido la fuerza animal que lo impulsaba.

—Ay —se quejó Sophie, sintiéndose ridícula, aunque le parecía muy divertido. Ni siquiera de pequeña la habían autorizado a jugar de tal modo, y menos a ensuciarse.

Branna se carcajeaba con las manos sobre el vientre, dolorido de tanto reír.

—¿La he lastimado? —susurró Killian junto al rostro de Sophie, a su derecha.

La joven negó con la cabeza, una sonrisa en los labios, los hoyuelos esbozándose en sus rubicundas mejillas. Killian se incorporó, sentándose sobre una mata de mala hierba, y reposó su espalda sobre el tronco de un anciano roble, rodeado de plúrimos hermanos, de alisos y de acebos.

—¿Sabe alguien qué hay de cenar? —cuestionó Branna.

—Acabas de merendar. —Sophie empleó un tono hilarante.

—Hace más de una hora. La divertida persecución me ha abierto el apetito. ¡Muero de hambre! —repuso teatralmente, promoviendo que todos estallaran en risas—. ¡Le preguntaré a madre! —Se alzó de un ágil y liviano salto, perdiéndose inmediatamente después entre la poco tupida espesura.

—¿Desea levantarse? —interrogó Killian, observando a Sophie ponerse en pie.

—Puedo sola, gracias. —Rechazó la ayuda de su mano, pues Killian, gozando de unos músculos atléticos, se había levantado en dos expeditos movimientos.

—Aguarde. —Alargó los dedos hacia el cabello de Sophie, a la altura de su cuello. Se aproximó a ella un paso, y luego otro, aunque dubitativo—. Una hojuela ha hallado cobijo entre las hebras de su... cabello. —Tragó saliva, advirtiendo sus piernas flaquear de repente. Atravesó la mirada azul de Sophie, quien retrocedió, frenándola la gruesa corteza del roble—. Este peinado aniña sus rasgos. —Salvó las distancias, arrimando su cuerpo al de la joven y deteniéndose a unos sufridos centímetros. Deslizó los nudillos sobre la sonrojada mejilla de ella, cuyo tacto sedoso invitaba a las caricias.

Sophie, empujando la espalda contra el tronco, colocó las manos sobre la rugosa superficie; ignoraba dónde colocarlas si no. Un escalofrío la atravesó de pies a cabeza, erizando cada vello de su cuerpo. Olvidó tragar saliva y respirar, aguardando quedamente a... ¿a qué? ¿Qué pretendía Killian? Habían transcurrido semanas desde que se habían casado y en todo ese tiempo jamás se habían besado. Él la odiaba, se lo había confirmado la noche del láudano.

Killian clavó la mirada sobre sus labios en cuanto advirtió como ella se los

mordía. Él también deseaba morderlos, probarlos, introducir en su boca su aliento. Deslizó la mano desde la mejilla hasta su cuello, manteniendo su pulgar sobre la mandíbula, y, con sumo cuidado y un esmero ignoto, franqueó los dos pasos que faltaban hasta unir su torso al de la joven, tremolando. Su otra mano ciñó el talle de Sophie, expectante y deseosa, a la par que esquivaba. Miraba a Killian como un animalillo perdido y a su merced. Él alzó su barbilla con el pulgar y adelantó los labios, mientras sus pechos respiraban al unísono, dilatándose a la vez. La punta de su nariz coincidió con la de Sophie, a quien contemplaba, los ojos rebosantes de estrellas fugaces, perdiéndose en la profundidad del color oscuro y centelleante. Podía percibir la respiración de la joven sobre sus labios. Y, aunque luchaba contra sus impulsos, moría de ganas de besarla, rozar esos húmedos y pulposos labios que lo embaucaban. De continuar, en menos de diez milímetros estaría perdido, bebiendo del elixir de su boca..., faltaba menos ahora..., ocho milímetros..., seis...

—¡Ha venido Aidan! —prorrumpió Branna, en la distancia, truncando el beso.

«¡Cómo no!», gruñó Killian para sus adentros, apoyando la frente sobre el hombro de Sophie, que ahora respiraba entrecortada y agitadamente, con una bandada de mariposas aleteando iracundas en sus entrañas. Ella se zafó con una delicadeza refinada mientras Killian, despertando de un sueño, permaneció bajo las frondosas cúpulas de hojas. Golpeó el tronco y, lúcido, se prometió no besarla nunca.

Capítulo 14

La competitividad de los dos primos había quedado patente, manifestándose desde su juventud con perpetuos piques que entrañaban una sana rivalidad; hasta entonces, al menos. Seducir a Sophie se advertaba una divertida pendencia para Aidan, mas Killian ponderaba que su primo nunca llegaría tan lejos ni rebasaría ciertos límites, calificando de retorcidos tales comprometidos y peligrosos juegos. De ningún modo debía entrar en los planes de Aidan conquistar a Sophie. Killian no lo toleraría y, aunque tampoco le interesaba su mujer como mujer, propiamente dicha, prevalecía respetarse en dicho asunto, considerándolo Killian una obviedad. Sí, asumía que solo había aceptado casarse con ella a fin de recibir el dinero que tanta falta le hacía, evitando que la ventura de Kylemore cayera en manos de bancos o acreedores, expectantes y envidiosos, que codiciaban su desventura, pues caminaba sobre la cuerda floja. Durante los últimos años le habían fiado alguna suma, prorrogando los inminentes embargos. No obstante, en los últimos meses se encontraba al borde de la quiebra.

—Es tan hermosa como la princesa de la pintura de Gérard, *Eros y Psique*. ¿No te parece? —comparó Norah, examinando como su hijo, el semblante ceremonioso, contemplaba a una jovial Sophie, riendo las gracias de Aidan.

—¿Cómo dices, madre? —expresó, frunciendo los labios, la voz espinosa, obligándose a apartar la vista.

—Sophie posee una belleza semejante a Psique.

—¡Ah! No me he fijado. —Ocultó la inclinación irresoluta y desmedida que lo conducía a analizar cada movimiento de su oponente, mientras apretaba los dientes. Estos casi chirriaban. ¿Estaba celoso? ¿De qué?

—¿Ya tienes los regalos previstos, Killian? —llamó su atención—. ¿Y el

baile, como acordamos? —musitó, evitando ser oída.

—Sí —siseó. Envidiaba la verbosidad de su primo, a quien atravesaba con una lanza imaginaria. ¿Por qué Sophie parecía menos melindrosa en su presencia? ¿Qué virtudes albergaba él y cuál preponderaba?

Rememoró la noche anterior... Sophie, habiendo recibido el presente que Killian había expuesto sobre la cama de baldaquino, llamó a su puerta con el propósito de agradecerle la calza de gamuza de color *beige* que servía para montar a caballo, complementando su traje de amazona. De este modo, si pretendía subir a horcajadas, guardaría el decoro de su patricio nombramiento de marquesa.

—Bueno... —Se alzó de su silla presidencial, concluyendo las conversaciones ajenas—. Sin entrometerme en sus intimidades...

Norah carraspeó con la intención de objetar, entorpeciendo la ostensible desfachatez y poca cortesía de su hijo.

—¿He dicho alguna inconveniencia? —Sophie parpadeó, indispuesta de repente. Todos habían dirigido su atención hacia ella.

—Ni mucho menos, *mo chailín*. —Mi niña, confirmó Norah con suma gentileza, la mirada acariciadora.

—Si son tan amables de acompañarme... —prosiguió Killian, copa en mano, acuchillando a su madre de reojo. ¿Por qué se sentía obligada a lidiar e interceder en nombre y a favor de todos?

Inmediatamente después se encaminó a la salida del comedor familiar, que comprendía unos treinta cubiertos. Aidan ofreció su brazo a Sophie. Lo aceptó sin segundas intenciones. De hecho, lo consideraba como un amigo en quien era innegable confiar.

—¿Qué sucede? —cuestionó, intrigada.

—Ahora mismo lo comprobará —sonrió Aidan, susurrante, provocando que Killian se viera desplazado.

Unos lacayos, de guardia frente a unas dobles puertas de considerable tamaño, velaban la venida de... ¿quién? Mantenían un semblante circunspecto

y solemne, vestidos con sus libreas relucientes, sus medias blancas y sus pelucas níveas. Killian elaboró una autoritaria seña. Ellos obedecieron y, con sus manos enguantadas, desplegaron las puertas de doble hoja.

—¡Oh! —se asombró Sophie vislumbrando la magnificencia de la sala de baile, dotada de innumerables espejos incrustados en las paredes de volutas doradas, maderas ornamentadas, cortinajes pomposos y suelos impolutos de madera maciza que formaban una espiral en el centro; jamás se había adentrado en ella, pues permanecía cerrada a cal y canto.

—¡Feliz cumpleaaaños! —canturreó Branna, la voz aflautada.

—Esto es... es impresionante —enalteció, incrédula, sumergiéndose en una magia palpable.

—Disfrútalo, cariño. Es exclusivamente para ti. —Norah la abrazó, entusiasmada al contemplar como se emocionaba su nuera.

—¿Para mí? ¿Lo dices de verdad? ¿Por qué? ¡No lo merezco! —Admiraba su entorno con fascinación.

Unos sirvientes dispuestos en fila india brindaban su bienvenida a la sala, extraordinariamente decorada con flores, velas por doquier, y plúrimos postres y licores exhibidos sobre una mesa. Unos músicos empezaron a tocar gaitas, violines, arpas y otros instrumentos irlandeses.

—¿Me haría el honor de su primer baile? —se ofreció Aidan, con una ceremoniosa pompa de la mano.

—Si no te importa, primo —se interpuso Killian—, me agradecería enseñarle nuestras costumbres.

Aidan entrecerró los ojos, divirtiéndole los velados, aunque manifiestos, achares de Killian. Este dirigió una seña a la orquesta para que empezara a tocar y, depositando la mano de Sophie sobre la suya, la condujo al centro de la pista.

—Reproduzca mis pasos. —Killian, ataviado con su traje de gala, la guio hasta la pista de baile—. Un, dos, derecha, puntapié, salto, salto, izquierda; un, dos, tres; un, dos, tres; salto, puntapié...

—Es imposible. No logro seguir el ritmo. ¿Cómo lo consiguen? —Echó un vistazo a Branna, en su salsa, bailando cual experta una giga irlandesa en solitario.

—Observe mis pies —adujo Killian, un aguerrido danzante.

—¡Soy incapaz! —se mofó de sí misma, acogiendo las manos de Killian, versadas y briosas.

—Sienta la música. No tema equivocarse. Debe retumbar en su pecho, y sus pies seguirán sus impulsos.

—¡Qué locura! Los pasos son ágiles y presurosos —condenó Sophie, advirtiendo su torpeza—. *Milord*, ¿me daría su beneplácito si... si... me permitiría solicitarle un...? —Ignoraba cómo definir cuanto discurría en su mente. Cesó de bailar y agachó la cabeza.

—¡Diantres, hable!

—Contemplo esta inmensa y espléndida sala, mas está vacía. La plantilla de Kylemore obra arduamente a diario, ellos también se merecen alguna noche de reposo, y de festividad. ¿Le parecería correcto si los invitáramos a unirse a nosotros? Quizás una copa de ponche aliviaría las dolencias musculares que padecen muchos de ellos. —Tragó saliva, aguardando la negativa.

Se hizo el silencio un instante mientras Killian meditaba, la mirada absorta en el semblante cohibido de la joven. Asintió a modo de anuencia y llamó al primer lacayo que se cruzó en el recorrido de su vista.

—Avisa a todo el personal. La marquesa desea celebrar su cumpleaños con todos vosotros. Subid de las bodegas unas botellas: licores, champán, y unas copas —expuso Killian, el rostro inescrutable y la voz despótica.

—Sí, Señoría —repuso el joven hombre, anonadado por las pretensiones de Sophie.

Los domésticos de la sala elaboraron aspavientos de estupefacción cuando el lacayo los hizo partícipes de la noticia. Mientras unos permanecían fielmente en sus puestos, otros se marcharon, probablemente a informar a los demás.

Transcurrida media hora, un tumulto vacilante penetraba en la gran sala de baile, la mayoría vestidos con sus ropas de domingo.

—Branna, ¿sacamos a bailar a los invitados? Me figuro que no se atreven ni a pestañear ante el marqués. — Sophie sonrió, dirigiéndole una rutilante mirada a Killian en pos de su aprobación—. Me acercaré a Fagan, tú... quizás... ¿Aengus?

—¿El mayordomo? Es mayor. —Arqueó las cejas y frunció el labio.

—¡Yo bailaré con él! —se ofreció Norah, abriendo el baile.

—Esta mujer es asombrosa —señaló Aidan, fascinado, a oídos de Killian, que presenciaba como una joven de la nobleza tomaba la mano de un jardinero quisquilloso, en cuyo aspecto jamás había advertido un ademán afable.

Gradualmente, las gentes se animaron y se acercaron al centro de la descomunal pista, al son de un tradicional *céilí*, cuyos pasos resultaban increíbles, e imposibles de realizar para Sophie, considerándolos dinámicos y demasiado presurosos. Incluso Nouce miraba a los danzantes con recelo y una pizca de curiosidad.

Aidan vació su copa de un trago y, bailoteando, se aproximó a Sophie, robándosela a Fagan. Killian, en la distancia, tensó cada músculo de su cuerpo, divisando como su primo la empujaba de la cintura, conduciéndola a través de una espiral de movimientos.

—¿Su Señoría me concedería el placer de bailar conmigo? —Una sensual voz detuvo el curso de sus irascibles pensamientos.

—He de refutar tu ofrecimiento —replicó con hosquedad.

La mujer asió la mano del marqués sin formalidades ni consentimiento alguno.

—¿Qué crees que estás haciendo? —interpeló, envarado y tieso cual palo de escoba, fulminándola con una mirada huraña.

—Bailar con usted, puesto que hace semanas que no me permite acercarme a su alcoba —reprochó la disgustada mujer, entrecerrando unos llameantes ojos.

El marqués se dejó arrastrar por las duchas manos de su amante, con la cual había yacido a escondidas los últimos años de su melancólica vida. La mujer sabía moverse, provista de destreza. Procuraba recordarle a Killian sus licenciosas artes. Mientras danzaban, tanto los ojos de la empleada como los de Killian vigilaban de reojo a la pareja formada por el apuesto Aidan y la delicada Sophie, de fino garbo.

Esta, a un trecho de ellos, se alegró de comprobar como el marqués se prestaba a la celebración. Incluso había invitado a una doncella de roja caballera, cuyo color semejaba el fuego, a bailar con él. No obstante, reparó en la familiaridad con la que conversaban, y cómo sus cuerpos reaccionaban y se comportaban el uno frente al otro, aunque en ningún momento se rozaban.

«¡Qué extraño!», opinó Sophie para sí, con un súbito nudo en el estómago. La música cesó de resultarle agradable y entretenida, tornándose estridente, vertiginosa..., molesta. Ya no consiguió apartar la vista de la mezquina sonrisa que Siobhan vestía en los labios.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Aidan, estrechando a Sophie contra su torso para impedirle tambalearse en el caso de que se mareara.

—Me temo que la cabeza me... —antes de acabar la frase, Killian se plantaba a su lado, con una brizna de vesania en los ojos. Lo envolvía un halo salvaje, fiero, que entrañaba aniquilar a cualquier contrincante, en este caso a su descarado primo.

—Venga conmigo y sentémonos —propuso Aidan sin retirar las manos del talle de Sophie, aturdida.

—Yo me encargaré, Aidan —corrigió Killian, la inflexión abrupta, y aferró la mano de Sophie, menuda y fina en el centro de la suya.

—Gracias, *milord*. Simplemente preciso recuperar el aliento. —Se dirigió al primer asiento libre que encontró; las sillas estaban dispuestas contra las paredes de dorados ornatos, bordeando la despampanante sala. Si bien su atención persistió en centrarse en Siobhan. Atisbó como esta mostraba una expresión contrariada.

—¿Cómo se siente? —quiso saber Killian, ocultando cual actor de teatro su desazón.

—Mejor, gracias. Se trataba de un vahído pasajero. Siento haber interrumpido su... baile. —Ignoraba la razón, pero se le antojaba llorar.

«¡Qué tontería! Imaginar que él y Siobhan... No. Es inverosímil. Elucubraciones de mi mente, nada más», apaciguó sus nervios y sus... ¿celos? ¡Vaya despropósito! Ella no amaba a Killian. El carácter del hombre revelaba unos rasgos discordes a los que suscitarían su interés. ¿Y físicamente? Se averaba innegable concederles toda evidencia a los atributos de su belleza, sobre todo esa noche, engalanado con sus mejores ropas, el cabello bruñido, el semblante díscolo y garboso, y aun así, un verdadero príncipe de cuento.

—Admito que nuestros ritmos pueden considerarse sofocantes. ¿Qué le parece si, más tarde, solicito a los músicos un minué? Me consta que los franceses están familiarizados con esos tipos de bailes.

—Sería egoísta por mi parte alterar la diversión, *milord*. Todos parecen disfrutar de las melodías locales. —Escrutó la barba de Killian, aseada para la ocasión, y se detuvo en sus labios, en los que asomaba un mohín de afabilidad.

—Entonces, si me permite, deseo mostrarle una cosa. —Se levantó cual resorte y, en lugar de ofrecerle la mano como cualquier otro caballero de intachables modales habría hecho, aguardó pacientemente a que imitara su postura.

Sophie se puso en pie y cepilló su señorial vestido drapeado de viso rosa pálido, salpicado de rosas elaboradas con muselina.

—¿Adónde desea ir, Señoría? —cuestionó, perdurando entre ellos los protocolos.

—Afuera. La aguarda un regalo —susurró Killian contra su oído, sensible a su seductivo hálito, cuidándose de no revelar que ese no sería su único regalo.

Había escrito a Marine, invitándola al castillo y demandándole que no se lo mencionara a Sophie, pues su propósito correspondía a una sorpresa. Una

segunda misiva fue redactada y remitida a París. Una carta dirigida a un investigador privado francés a quien había recurrido meses antes. En realidad, era Aidan quien había recurrido al hombre, pero en este caso se proponía mantener un trato directo con él, sin más intermediarios. Aspiraba descubrir cualquier detalle respecto a la alcurnia de la joven, que tanto anhelaba y deseaba poseer tal información.

Escortados por toda la familia, Killian la encaminó al vestíbulo, donde dos lacayos abrieron las puertas de acceso al exterior. Junto a un parterre circular de fragantes rosas inglesas, frente a la entrada principal del castillo, que la noche bañaba en un aspecto nostálgico, se hallaba un esplendente corcel de níveo pelaje y porte elegante.

—Feliz cumpleaños, pequeña elfo —susurró con un deje afectuoso.

—¿Se burla de mí? —Sus ojos se dilataron y su boca se ocultó tras sus manos. Incluso palideció de la sorpresa—. No puedo aceptarlo.

—¡Y tanto! —voceó Branna, apareciendo a sus espaldas.

—Te lo mereces, cariño mío. Es tuyo —confirmó Norah, emocionada al percibir la conmoción de Sophie.

—Cuenta la leyenda que un caballo blanco mora en las proximidades de este lago y trae la dicha a quien lo doma. Le advierto que este caballo precisa de entrenamiento. Es un tanto salvaje —expuso Killian.

Sophie se aproximó a la indomada criatura, que parecía albergar alguna reserva acerca de los humanos. Alzó una mano hacia la testuz, percibiendo en sus ojos toda clase de aprensiones.

—*Que tu es beau et sauvage ! Un roi* —¡Cuán bello y salvaje eres! Un rey, lo halagó con una voz musical y acariciadora. Inmediatamente, se inclinó con una grácil genuflexión, pues su aura mágica bien lo merecía.

El bello ejemplar cayó cautivo ante el ángel, devolviéndole la venia. Una de sus rodillas delanteras tocó el suelo, ofreciéndole una etérea reverencia. Luego sus ollares buscaron la palma de la mano de Sophie, cosquilleándola el afelpado belfo, suave y cálido.

—Fascinante —musitó Killian, creyendo indicarlo para sí mismo, vislumbrando con admiración al ser místico de mirada orgullosa, gloriosa incluso, que se postraba ante Sophie.

—He hallado la frase que define a la perfección tu relación con Sophie. Ni contigo ni sin ti. ¿No te parece que te va como un guante? —Aidan se encaró a Killian.

—¡Vaya necesidad! —Lo aniquiló con una mirada reprobadora y abandonó la fiesta ofuscado y amarrido.

Lo aquejaban sentimientos que desolaban su ser. Lo dominaba una inexorable intriga hacia la joven que lo martirizaba. Lo aprisionaba su celestial belleza y sus virtudes. No podía hacer otra cosa que sucumbir a sus impulsos de consolarse ahogando sus penas en su paliativo: su bendito láudano.

Mientras tanto, todos permanecían con la boca abierta, los vellos erizados, sin palabras ante cuanto acontecía. Incluso Branna se había quedado muda, hechizada ante la cegadora imagen de una criatura fantásica y su unicornio.

Cuando regresaron a la fiesta, todos advirtieron la ausencia del marqués y, aunque Norah y Branna se afanaron en dilatar las horas de jolgorio, muchos empleados se retiraron a descansar, temiendo que las risas y la música incordiaran a su empleador. Asimismo, Sophie se acostó desolada y con un nudo en el estómago.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, Norah y Sophie marcharon a Clifden; Branna se encontraba ocupada en medio de sus tediosos estudios cotidianos, y tanto Killian como Aidan departían de los asuntos que atañían a la cantera.

La ciudad de Clifden, que prosperaba desde su reciente creación, databa de los albores de 1800. Se componía de unas ciento noventa viviendas, tres escuelas y dos iglesias que dominaban el horizonte norte. También disponía de un juzgado con su respectivo cuartel de policía y su cárcel, de una destilería, dos hoteles, varias tabernas, y un molino junto a la cascada del río Owenglin. Clifden se asentaba en un valle arbolado, entre verdes colinas, lagos cristalinos, yermas montañas y una extensa costa.

El antiguo castillo medieval de la familia, asolado desde que Norah y Branna habían abandonado sus dominios para establecer su residencia en Kylemore con Killian, se hallaba a dos kilómetros de distancia, elevándose junto a las aguas de un recodo del mar, situación que le confería un enclave aventajado.

Paseando por las concurridas calzadas del centro, que carecían de pavimentación, Sophie avanzaba junto a Norah, tocada con un refinado sombrero de plumas de Baviera. La mujer relataba a quiénes pertenecían los negocios, la proveniencia de tal o cual familia, y algún cotilleo que consideraba jugoso o digno de reseña. Sophie la acompañaba a una jornada de compras y adquisiciones, habiendo insistido Norah, cuando al alba había acudido a sus dependencias ofreciéndole una formidable suma de dinero para sus gastos particulares. Había deducido que Jean no le había entregado ni una sola moneda antes de su marcha.

—Buenos días, *milady* —las interrumpió un joven pastor—. ¡Cuánto

tiempo ha transcurrido desde que no se la veía por estos lares!

—¡Buenos días! —deseó Norah, adoptando una palpable incomodidad.

—Lamento abordarla de este modo, mas me veo en la indiscreción de solicitar su ayuda. Recolecto dinero y comida destinados a los enfermos. También necesitamos unas cuantas manos en el dispensario provisional. ¿Sabría de alguien que desee colaborar?

—Yo misma, si le convengo —se ofreció Sophie, con una benevolente sonrisa en los labios.

—Disculpe, me temo que no hemos sido presentados. Soy el pastor Sawyer.

—Es mi nuera, la marquesa de Connemara, Sophie Dawley —le indicó Norah y, acto seguido, antes de que la conversación prosiguiera, solicitó—: ¿Pastor, me concede un momento? Disculpa, cariño —se excusó ante Sophie y se alejó apresuradamente del brazo del hombre.

Murmuró unas frases, mirando a Sophie con el rabillo del ojo mientras el clérigo asentía con la cabeza, brindándole su beneplácito. Cuando regresaron, el hombre de oscuros cabellos explicó:

—Bien, acepto su ayuda humanitaria, marquesa, y se lo agradezco de corazón. Dios la bendiga por ello. No obstante, y sin ánimo de ofender, le cambiaremos el nombre. Algunas personas en esta ciudad culpan a su... —carraspeó y miró a Norah con diligencia— a su marido de la suerte que han sufrido los últimos años. La llamaremos Mary, pues, excepto si lo considera degradante, Señoría.

—Ni mucho menos —repuso, discerniendo la animosidad de aquellos a los que la desgracia había arruinado en los últimos años, coincidiendo su porvenir con la deplorable situación que había asolado Irlanda en la gran hambruna de 1845.

* * *

Una vez terminadas sus altruistas tareas, en cuanto Sophie ingresó en el

solemne carruaje en cuyas puertas lucía el blasón familiar —una espada, un caballo, una gaita y un dragón—, Norah la avisó:

—De ningún modo puedes revelarles a Killian que has ayudado hoy en la parroquia. De saber que te has involucrado con enfermos de fiebre tifoidea, de cólera, de... —suspiró, angustiada—, te mataría, y después me mataría a mí por permitírtelo. Debes prometerlo, Sophie —instó.

—¿Por qué? —preguntó, perpleja e intrigada, dada la inflexión de Norah.

—¡Prométemelo! Es imperativo, querida —lamentó con la mirada colmada de afligimiento, culpa y desolación.

—Bien, sí..., lo prometo —adujo con un nudo en la garganta, preocupada de pronto por el secretismo que atesoraba Norah. No solo guardaba relación con los hombres que habían perdido su trabajo en la cantera; el asunto conllevaba un cariz que Sophie no acertaba a determinar.

La mudez de Norah persistió en el viaje de regreso al castillo, suscitando que Sophie reflexionara sobre diversas cuestiones: Killian y el láudano; Killian ebrio y pensativo sentado en la ventana sin temer la muerte; Killian confesándole cuánto la odiaba; Killian abandonando la fiesta de pronto la noche anterior; Killian y el rencor de la población; y ahora Killian y su aversión a los enfermos.

«Como si su carácter no fuera ya bastante molesto e indómito. Me consta que sobre Killian se ciernen incommensurables sombras», desentrañó Sophie, con el corazón oprimido.

Se sumergió en un baño reparador de sales y plantas medicinales, previniendo las cepas de las enfermedades con las que había flirteado al asistir a los pacientes. La mayoría sufría de una fatídica desnutrición, debido a las pérdidas de las cosechas de patatas, arruinadas por una plaga del hongo denominado tizón tardío. Otros padecían disentería, fiebre tifoidea y cólera; incontables personas que acudían a la ciudad provenientes de los campos y de las proximidades no lograrían salvarse.

—Nouce, pesa en mi conciencia sumo remordimiento. He cometido un

error... Es decir..., para mí no lo es, mas para el marqués... —Suspiró, inquieta—. Debo omitirle mis labores de hoy. —Resopló de nuevo y se mordió los labios.

—¿Qué labores son esas? ¿Has derrochado una cuantía escandalosa de dinero adquiriendo vestimentas?

—¡No! —Agrandó los ojos—. Más bien he sufragado con mi persona la necesidad de otros.

—¿Cómo? —No la comprendió.

—Por favor, no te enfades. Eres patológicamente protectora conmigo y tampoco te agradará saber que he colaborado en la casa de socorro.

—¿Qué has hecho, insensata? ¡No será verdad! Eres marquesa, Sophie...

Nouce amonestó su temerario comportamiento. Pero Einin se encontraba en el dormitorio anexo al cuarto de baño y, de la misma forma que Nouce se familiarizaba con el inglés, Einin empezaba a entender términos franceses. Los suficientes para captar el sentido de una frase, y los suficientes para pregonar sus averiguaciones, haciendo partícipes a las doncellas y los otros sirvientes. Por desgracia, cuando Einin compartió el rumor con la perniciosa Siobhan, ignoraba el favor que le hacía. Rebosante de una satisfacción desmedida no perdió el tiempo en ir a envenenar la mente de Killian, repitiendo cada palabra, exagerándola, presumiendo que él se enojaría y, posiblemente, mandaría a Sophie de vuelta a Francia.

Se abrieron las puertas de los infiernos. Su mundo se vio perturbado; se adentró en los lóbregos abismos de los cuales luchaba por salir a diario.

Killian se dirigió, belicoso, a la cámara de Sophie. Irrumpió en el dormitorio abriendo la puerta con un gesto violento, de modo que esta rebotó contra la pared generando un fragor. Con su semblante y el gesto de su cuerpo se parecía a un oso grizzli a punto de atacar. La vena de su garganta, visible por encima del pañuelo atado alrededor del cuello de la camisa blanca, bajo un chaleco negro de dorados brocados, sobresalía y palpitaba vivamente.

Sophie acababa de salir de la bañera, habiéndose arropado en una camisa

limpia. Se disponía a vestir su corsé y sus calzas cuando Killian, con los ojos desorbitados y los músculos crispados, la sobresaltó.

«¿Qué sucede ahora?», cuestionó para sí.

—¡Fueeera! —bramó, clavando la mirada en Sophie, aunque la orden iba dirigida a Einin y a Nouce.

—Señoría, adecentábamos a la marquesa para la cena —replicó Einin, acobardada, notándose el espanto en su rostro.

—¡Ahoora! —Recorrió el dormitorio, tomó a Nouce del brazo y, usando la fuerza bruta, la arrojó cual prenda harapienta al pasillo; Einin desapareció en un parpadeo.

El marqués cerró la puerta con un golpe huracanado, repercutiendo el estrépito hasta la planta inferior. Se precipitó hacia Sophie, alcanzándola en menos de tres zancadas, y, ante su rostro descolorido, vociferó:

—¡Jamás regrese al hospicio! —La agarró de los hombros y la zarandó drásticamente.

¿Cómo se había enterado? Apenas habían transcurrido unas horas desde que había regresado de la casa de socorro en Clifden.

—No es un hospicio, es un dispensario provisional donde se recibe a los...

—¡No rechiste, o no respondo de mí! —gritó, quebrándosele la voz, los ojos hilvanados de venas rojas.

—Haré cuanto considere y esté en mi poder con tal de ayudar a los menos favorecidos. ¡Están enfermos! —gimió, alarmándola la fuerza con que la constreñía.

—¡Se lo ordeno! —Sus dedos la atenazaron aun más.

—Me niego a obedecerle. ¡Y suélteme, me lastima! —Respiraba ahogada, y unas lágrimas se deslizaban a través de sus pestañas.

—Oh, por supuesto que obedecerá. —La atrajo hacia él, apretándola hasta que la piel se enrojó alrededor de las huellas blancas, formadas a consecuencia de la presión de sus dedos.

—¡Es un monstruo! —forcejeó, golpeándole el pecho.

Aquel término originó que Killian la empujara junto a uno de los mástiles de la cama, soltándola al fin.

—¿Un monstruo? —repitió a voces, indignado y atribulado.

Con la mandíbula apretando los dientes, respiró por la nariz, dilatándose sus fosas nasales a cada agitada inspiración y exhalación. La censuró con la mirada, henchida en un amargo sentimiento que aunaba cólera a la par que fiereza. Procuró calmarse en vano. Reparó en la figura de Sophie, clareando a través de su albo camisón. Las formas curvilíneas de sus caderas, su cintura y sus pechos se perfilaban visiblemente a contraluz. La lumbre de un quinqué expuesto sobre una mesita de noche, a sus espaldas, refulgía. Con furia desatada, se precipitó sobre la joven y le rasgó el cuello del camisón, desgarrándolo cual papel mojado hasta el ombligo. Los pechos de Sophie se liberaron con un respingo.

—¿Le parezco ahora un monstruo? —Ahogó el jadeante voceo en la garganta, tan seca como sus labios.

Tanto para sorpresa de uno como de otro, Sophie alzó la mano y, haciendo acopio de los impulsos de la adrenalina, generados por la violenta humillación, le asestó una sonora bofetada. Acto seguido, acompañó un sofoco de incredulidad y de arrepentimiento llevándose las rígidas manos a los labios, que le temblaban.

Asombrado, y percibiéndose excitado de pronto, acometió de nuevo, haciendo añicos el pobre camisón y embistiendo después a Sophie contra el primer mástil de la cama. Respiró frenéticamente a unos míseros centímetros de sus labios mientras su pecho se pegaba al de Sophie.

Esta tragó saliva, presa del pavor, antecediendo la debacle, pero se entregó a la demoledora fogosidad que flotaba en el ambiente. Sus repentinas ansias la extrañaron. Debía contenerse e impedirle sucumbir a cuanto acaecería de permitirle tomarla. Entonces recordó dónde se hallaba el cuchillo y, zafándose con agilidad, saltó sobre la cama, estirando el brazo hacia los cojines. Killian se lanzó sobre ella como un animal salvaje, girándola de cara a él. Se situó

sobre ella y acucioso se quitó el chaleco y la camisa, asomando en su torso cada inquebrantable músculo.

—¡Nooo! —gritó Sophie, espantada, la postura a la defensiva.

Killian trabó su plúmbeo cabello, ensortijándolo en su mano, y estiró raudamente hasta conseguir que Sophie alargara el cuello. Lo rozó con la nariz desde la clavícula hasta el nacimiento de la mandíbula respirando el deleitoso aroma. Con expresión adusta y eufórica, se acomodó entre las suaves piernas, preparando el abordaje.

Sin embargo, Sophie introdujo su mano debajo de los cojines, procurando actuar con urgencia y hallar el cuchillo. En cuanto lo alcanzó, colocó el cortante filo en la garganta de Killian, debajo de la barba. Su mirada reflejaba cuán incómoda se sentía al usarlo y cuánto le preocupaba dañar a Killian.

—Atrévase, ya estoy muerto —masculló, provocador. Un lóbrego resplandor teñía el azul de sus ojos.

Sin inquietarle el cuchillo, a punto de rasgar su cuello, una de sus manos se perdió bajo su cintura.

Se impulsó en los adentros de la joven con una embestida dura, decisiva, feroz. Ella clamó, resistiéndose. Clavó las uñas de su mano libre sobre el torso de él, hundiéndolas hasta perforar la carne, hiriéndole; brotaron unas gotas de sangre. Los alaridos de negación tomaron un matiz plañidero, pues ahora la joven gritaba de dolor. Killian arremetió con ímpetu y vehemencia, inmovible a las súplicas de Sophie.

Demasiado deprisa, demasiado rígido, demasiado fuerte. Le dolía todo el cuerpo a la joven; un sufrimiento insoportable, como si los agarrotados músculos se quebraran en pedazos. Ningún pensamiento consiguió detener su llanto. Sollozaba de un modo descorazonador.

Como un invidente recuperando la vista de súbito, comprendió que Sophie no era tan impura e invirtuosa como Jean Delacroix había revelado, pudiendo tratarse esta de su segunda vez, pues había percibido su estrechez y rechazo.

Liberó la rubia melena, paulatinamente, mientras su enojo se evaporaba,

dando paso a un sentimiento de arrepentimiento y de ternura. Sus dedos se deslizaron por el brazo de Sophie hasta alcanzar su barbilla. La acarició con una delicadeza inopinada y se perdió en la oquedad de su mirada.

«Mírame», pensó o dijo en un murmullo. Ella se mordía los labios conteniendo los gritos que se impedía proferir. Killian atrajo su afligido rostro hacia el suyo y el filo del cuchillo oprimió su garganta, hendiendo su piel. Aun así, no logró resistirse. Se humedeció los labios, percibiendo los crecientes nervios en su estómago, sintiéndose anhelante e inexperto en un juego que implicaba sentimientos. Según se detenía su combatiente corazón, su rostro se acercó al de ella y acopló su boca a la de Sophie, sobrecogiéndola aquella muestra de... La joven no acertó a definirlo, suscitándole sumo desconcierto, a la par que un estremecimiento de placer.

La besó con una explícita suavidad al principio y, a medida que se dedicaba a cada milímetro de sus labios, principiaron unos ardientes delirios. Sufriendo los entorpecimientos del cuchillo, interrumpió el beso un instante, se lo arrebató de la mano y lo clavó en el colchón.

Luego sus aguerridas manos recorrieron el cuerpo femenino, en pos de su placer. Solo aspiraba a exaltarla estimulándola con roces y gestos halagadores.

Una ristra de fuego se propagaba sobre la sedosa piel de Sophie allí donde Killian la obsequiaba con la caricia de sus labios. Húmedos y ardorosos besos recorrieron sus costillas. Juguetó con su ombligo, mordisqueó sus caderas y prosiguió ascendiendo conquistando las aterciopeladas atalayas; proclamándose rey y señor del lugar.

En cuanto Sophie relajó los músculos y se unió al desenfreno, la tomó con pasión y dulzura, olvidando en aquel instante cuanto los separaba o los unía. La poseyó como el hombre maravilloso que un día fue, pero que se había marchitado años atrás.

¿Qué significaban esos hervores, esos estremecimientos, esa húmeda calidez ocasionando que su cuerpo se retorciera de gozosa agitación?, se

interrogó a sí misma. Se dejó ir, avergonzada y asustada, dado que nunca había experimentado tales inquietantes espasmos que elevaban su cuerpo a los cielos. Notaba como su masa corporal se inmaterializaba y adquiría una ligereza etérea, volátil. Acompañó a Killian hacia la delirante cumbre del éxtasis.

El hombre se derrumbó sobre el pecho de Sophie, tibio y acogedor. Unas lágrimas perlaron sus ojos, devolviéndolo a la realidad. Las enjugó evitando que ella se diera cuenta.

—Esto nunca volverá a ocurrir —se prometió en voz alta, tras brindarle un último y devastador beso a la joven, cuyos labios siguieron ardiendo horas después.

Capítulo 16

Aquella noche se despertó en numerosas ocasiones, desadormeciéndola unos luctuosos y macabros sueños acerca de Killian; en uno de ellos él se precipitaba a través del hueco de la ventana. La tenebrosidad de la noche y el ulular del viento lo abrazaban, mientras caía y caía hasta desaparecer entre las brumas opacas del vacío.

Alboreando el día meditó, contemplando desde su cama un lienzo de Giaquinto, la *Alegoría de la Justicia y la Paz*, mientras su mente vagaba entre las reminiscencias de su boda, el incidente a caballo, el paseo de la tarde en la que Killian prácticamente la besó, y la tesis en el cuarto de baño cuando su cándida mano acogió la laudable virilidad. Luego rememoró la fugaz huida de Killian en la fiesta de cumpleaños tras regalarle un impresionante corcel. Y terminó evocando el grandioso cuerpo del hombre, magnánimo sobre ella, conduciéndola hacia deleitosas sendas lindadas de árboles de emociones, cuyos tentadores frutos representaban sueños prohibidos. Cada partícula de su ser se estremecía al recordar las devastadoras olas de placer, las delirantes caricias, los excitantes besos... Y aunque la coyuntura se había iniciado mediante un peculiar proceder, truculento incluso, a medida que sus cuerpos se fundían al unísono, los rechazos y las contradicciones mermaron, suscitando unas apocalípticas sensaciones de amor y de pasión, convirtiendo a las dos almas en marido y mujer.

«Marido y mujer... excepto por la frase que culminó la coyunda: *esto nunca volverá a ocurrir*», reconvino, acongojada. «¿Por qué? ¿Tan desagradable le resulto a la vista? ¿Solo siente rechazo hacia mí? ¿Qué le impide... amarme? ¿Nunca le importaré? ¿Nunca me tomará cariño, como Norah o Branna me demuestran el suyo? Incluso Aidan me brinda su afecto.

¿Qué tendré yo de malo? ¿Es a causa de mi deshonra, porque mi casta ha sido mancillada?», la perturbaban sibilinas cuestiones, cuyo matiz se alejaba de su cognoscible razón. Ese hombre la volvía loca, con él siempre tenía la sensación de errar. Se equiparaba a un reloj roto, que solo acertaba la hora dos veces al día.

En el desayuno se reunió con la familia. Aidan y Norah exhibían unas caras largas, demudadas. Branna engullía unos *scones* untados de la típica *clotted cream* de Cornualles, una deliciosa nata cuajada. Deseó los buenos días, y declinó cortésmente el ofrecimiento de Aidan cuando le propuso montar a caballo. Luego trató de sonsacarle información a Norah, preguntándole discretamente dónde se encontraba Killian, y la entristeció el aspaviento que salió de la boca de su suegra, si de tal modo podía osar o pretender llamarla.

—Este hijo mío es digno de estudio. —Alzó la mirada al cielo—. Se ha confinado en sus aposentos. —Marcó una pausa—. De nuevo.

—Voy a...

—¡No! —La retuvo del codo en cuanto advirtió cómo ladeaba el cuerpo con el propósito de encaminarse al piso superior—. No, querida. Ignoro qué ocurrió anoche entre vosotros, mas no desea recibir a nadie. Se encuentra... ¿Cómo decirlo? Determinadas preocupaciones y contrariedades lo atollan. —Relajó los músculos de la espalda—. Te lo ruego, aguarda hasta mañana. —Le acarició la barbilla.

—¿Láudano? —susurró, ocultándose de Branna. Presuponía que la niña desconocía los problemas de adicción de su hermano. ¿Podía considerarse una adicción? Eso conjeturaba, al menos.

—Por desgracia, ciertos días se siente enormemente desdichado.

—¿Qué lo aqueja? ¿Padece alguna enfermedad? —Se le envalentonó el corazón—. En ese caso entendería la toma de unos brebajes opiados... —Exhaló por la nariz el aire que había contenido—. Norah, él precisa ayuda. Me figuro que su flirteo con el láudano indica...

—Mi niña. —La interrumpió antes de que se propasara—. Su pasado es el

causante de su calvario. No me pertenece a mí contártelo. Él te lo confiará cuando lo crea conveniente. —Sonrió sin ganas, y la besó en la mejilla.

«¡Cielos! ¿A qué viene tanto misterio? ¿Es un asesino desprovisto de corazón? ¿Qué dilema le impide conciliar el sueño, le dificulta la sociabilidad con los demás, o deteriora la cordura de su mente?», la importunó la desidia e impavidez que embargaba a Norah acerca del importante asunto. «¿Qué esconden?», dirimió, imprimiéndose tal pregunta en su fuero interno y repitiéndoselo mientras discurrían los días.

La apesadumbraba comprobar que la presencia de Killian brillaba por su ausencia en el desayuno. Lo mismo ocurría a la hora de la comida, en el paseo de la tarde o en la cena. Cobijado en el ala oeste, nadie lo había visto en tres días. Sophie procuraba entretenerse; visitaba su preciado caballo, leía, bordaba, dibujaba, tocaba el pianoforte, recolectaba en el huerto... ¿Podían ser las lecturas de sus libros, las partituras de pianoforte que conocía de memoria, y las verduras más aburridas? Si era la esposa de Killian, ¿qué le imposibilitaba visitarlo? ¿A nadie más le inquietaba su seguridad? La última cuestión fue resuelta a la tercera tarde, cuando Norah y Sophie recorrieron la bucólica senda de frondosa vegetación que lindaba con el lago.

El cielo se abría y cerraba perpetuamente, incluso promediando junio. Unas aterradoras nubes henchían la bóveda celeste, y de pronto refulgían unos rayos de sol entre los celajes; así se presentaba la consabida Irlanda, única e imprevista, dotada de una belleza incorpórea.

—Debo preguntártelo, mi querida niña. Lamento mi falta de sutileza, mas... Killian me preocupa más de lo habitual —expuso Norah—. ¿Sucedió algún hecho destacable cuando descubrió que ayudaste en el hospital de la parroquia?

La consulta la sobresaltó, tomándola desprevenida. En una intrincada tesitura, ignoró si confesar la verdad o negarse a contestar.

Resopló antes de responder:

—En efecto, la otra noche, Killian y yo... nosotros... él... consumamos el

matrimonio —se atrevió al fin a mencionar, con un fino hilo de voz y la cabeza gacha, resguardándose bajo su sombrilla de puntilla, como si aquel complemento fuera a auxiliarla.

Norah lo consideró un instante y opinó:

—Entonces me alegro. Sí, me alegro, pues significa que está superando su... —Se acarició las clavículas, contemplativa—. Bueno, tiempo al tiempo. —Chasqueó la lengua y avizó el cielo encapotado—. Me consta que lloverá en breve. ¡Regresemos! —dispuso, resuelta de súbito.

Sendas incógnitas se concentraron en una amalgama mental. La pobre Sophie se hallaba perdida y empezaba a desconfiar de todos, incluso de su sombra, pues un halo de misterio se levantaba alrededor del castillo y de sus residentes. Nadie se atrevía o deseaba revelar una palabra sobrante. ¿Qué ocurría con el marqués? ¿Ingería láudano durante días en un intento de paliar los sufrimientos relacionados con su pasado? ¿Pero referente a qué suceso? ¿Las canteras y la fábrica? ¿El fallecimiento de su padre? ¿O simplemente odiaba profundamente a Sophie, precisando olvidar el matrimonio de forma poco saludable y convencional? Tal vez su corazón pertenecía a otra. ¿A Siobhan?

«¡No! Me niego a creer que Killian y Siobhan mantienen un idilio. ¿Y si aspiraba a pedir su mano y, falto de dinero, buscó un casamiento ventajoso, renunciando al amor? De ahí la nostalgia en su mirada. De ahí su familiaridad al dialogar cuando los vi en la fiesta. De ahí su posdata *nunca volverá a ocurrir*», especuló.

* * *

Acaeciendo el quinto día, en el vestíbulo, coincidió con el marqués a punto de marcharse. Con el semblante bronco, un nudo en el estómago, y los nervios a flor de piel tras días sin verle, anduvo hacia el rincón donde una armadura adornaba una hornacina. Junto a esta se encontraba Killian hablando con la

rubicunda ama de llaves. Aguardó a que terminaran la conversación y, con una inflexión vacilante, tanteó:

—Señoría, ¿me brinda un instante de su tiempo?

El ama de llaves se marchó, siguiéndola el rumor de sus faldas al caminar.

—No es buen momento —replicó, adusto.

—¿He cometido algún error? ¿Lo he agraviado de alguna manera? ¿Me corresponde remediarlo? —lo interrogó, la garganta atenazada.

—No. No hay nada que usted pueda solventar —adujo, inextricable.

—Empero yo soy su esposa. Algo podré...

—¿Mi esposa?! —tronó, y al reparar en su deje, bajó la voz—. Usted no es nada para mí, salvo lodo de los barrales —susurró, empleando una modulación beligerante.

Sophie recibió una laceración en el corazón que se propagó como una plaga por su cuerpo. Se retorció de dolor al constatar el cinismo y la crueldad de Killian. Alcanzándola un torrente de ácidas lágrimas, prosiguió:

—¿Cuándo o cómo lo he ultrajado para merecer su tiranía?

Oprimió la mandíbula y escrutó la desolación de Sophie. Y aunque le avergonzaba su despiadada conducta, había resuelto humillarla de todas las formas posibles con tal de alejarla de él. Quizás así evitaría advertir aquellos sentimientos que empezaban a florecer de sus adentros. Asimismo, se impediría amarla y que ella lo amara.

—Tiranía. ¡Ja! Fascinante palabra. —Rio sarcástico—. ¡Aún no ha visto nada! —Giró sobre sus talones y se alejó, montándose después en su señorial berlina, acicalado cual príncipe con un fino gabán de verano. Había recogido su sedosa melena cobriza con una lacería de seda.

«Usted no es nada para mí», duplicó para sus adentros, contemplando a Killian marcharse.

Corrió escaleras arriba, sollozando cual viuda en un entierro. ¿Qué incitaba a Killian a comportarse de manera acerba? Jamás las lágrimas habían brotado de sus ojos ni se habían precipitado por sus pestañas con aquella facilidad,

con aquella vivacidad. Se cobijó en sus aposentos, arrebujándose sobre la cama, hecha un ovillo. Lloró desconsolada, hundiendo el rostro en los cojines, evitando emitir ruidosos gemidos y sofocos. Al cabo de un momento, cuando su congoja cobró vida propia, le faltó el aire, precisando destrabar los lazos de su corpiño.

Nouce ingresó en el lujoso aposento, atribulándose más aún de lo que estaba cuando halló a su niña echada en la cama, desalmada y contristada.

—*Ma chérie ! Écoute...* —Tomó asiento en la cama, junto a la joven. Formando unos apaciguadores círculos, su mano acarició la espalda de Sophie, cuyo corsé descollaba debajo del corpiño abierto—. Llevo días dudando si decirte o no... ¡Uf! —suspiró, indecisa, llevándose las manos al moño, invariablemente estirado—. Verás, realicé algunas averiguaciones respecto al marqués. —Se acomodó al borde de la cama, el semblante inescrutable—. Aunque, siendo sincera, las averiguaciones se me presentaron sin pretenderlo.

—¿De qué se trata? —Sophie se enjugó las pesadas lágrimas, las cuales semejaban el plomo.

—Einin me ha desvelado el pasado de tu marido.

—¿Cómo, si no hablas inglés? —se extrañó.

—¡¿Cómo?! ¡¿Cómo?! —bufó—. ¡Nos entendemos muy bien por señas, qué quieres que te diga! —aventó—. Lo mismo da, sin embargo, cuanto he entendido resulta... delicado de...

—¿Qué? ¡Habla de una vez, y cesa de martirizarme teniéndome en ascuas! —instó, urgiéndola.

—El marqués es viudo —exclamó de súbito. La aciaga verdad le producía unos sofocantes calores.

Un gélido silencio se propagó en la estancia, en cuyas sombras se hacía visible cada partícula de polvo que flotaba entre tenues rayos de sol, infiltrándose por las ventanas de cortinas descorridas que bailaban al son del viento; fuera lloviznaba.

Sophie acercó una mano a sus labios, reprimiendo un jadeo. Permaneció estática un lánguido instante que pareció eterno, la mirada perdida y vacilante.

—Sí, el marqués perdió a su mujer cuando portaba a su sucesor en su vientre —deploró, los ojos rebosantes de lágrimas—. Se infectó de disentería cuando ayudaba en la casa de socorro. Sospecho que su enfado contigo el otro día procedía de tan fatídico acontecimiento.

La mudez de la timorata joven persistía, aunque sus ojos vigilaban los labios de Nouce, expectante a sus palabras.

—Transcurren seis años, empero no la ha olvidado. En 1846, cuando aconteció el principio de la que sería la peor época que devastó Irlanda, la marquesa... ¡Oh, perdón! —Se aclaró la garganta, la mirada contrita—. La anterior marquesa, Neala, enfermó de gravedad. Murió, llevándose Nuestro Señor su alma y la de su hijo no nato. El marqués enloqueció y cerró las canteras y la fábrica, despidiendo a cientos de empleados cuando la población más requería un salario. Su esposa no fue la única. Muchos se contagiaron y, entre las enfermedades y las secuelas de la hambruna, millones fallecieron, pasando a los anales tal mortandad. Innumerables familias sin apenas tierras propias que cultivar, pues pertenecían a los terratenientes británicos que se las habían arrebatado, no hallaron otra vía que abandonar el país y emigrar.

—¿Inglaterra no ayudó? —cuestionó Sophie, sobrecogida, retrasando las preguntas que realmente ansiaba formular concernientes a la marquesa de Connemara, pues era evidente que ella no lo era.

—La ayuda tardó en llegar, y desde luego no satisfizo las necesidades de todos los habitantes de Irlanda. Aquí en Clifden, las canteras y la fábrica brindaban víveres a una tercera parte de los lugareños. Sin embargo, los enfermos acudían de todas partes, propagando la epidemia. Aún los hay. Debiste de advertirlo cuando frecuentaste el hospital.

—Así es —confirmó, sumida en una bruma de consternación.

—Gran parte de la economía de Clifden provenía de las canteras, retrasando lo inevitable, dado que todo comenzó en 1845 con la escasez de

patata causada por las plagas. El año siguiente la crisis empeoró, notándose gravemente cuando el marqués se desentendió de sus negocios. Fue el principio del fin. —Respiró con pesar.

—Entonces estuvo casado —creyó musitar para sí. Se humedeció los labios, reseco de pronto.

—En efecto. —La nodriza se encogió de hombros.

—Ahora comprendo muchos aspectos de... —Parpadeó, abrumada—. El láudano, la animosidad del pueblo, su enojo cuando supo de mi participación en la casa de socorro... Que Norah lo respaldara... Que él diera a entender que nunca seré su esposa. Su odio hacia mí... —Las incógnitas, cual nieblas ante su visión, se tornaban cristalinas como por arte de magia, tras vivir en la inopia—. Poco le importó rebajarse al desposarme, me refiero a su título y mi inferioridad social —apostilló—. ¿Cómo un marqués contraería nupcias con una mujer de mi prosapia? El cierre de sus empresas le acarreó unas deudas ineludibles que lo forzaron a... —El ceño fruncido, aferró la puntilla de su corpiño, oscilante, entre los dedos.

«¡Cielo santo! Mi padre encontró cómo aprovecharse de la desgracia del marqués. A saber cuánto sufragaría para que Killian me aceptara, asumiendo que mi padre ofrecería una compensación por mi mancillada virginidad. ¡Señor! Ese hombre jamás me amaré», discurrió. «Sí, asumo que ese es el castigo que conlleva mi deshonor. Redimirme de mi pecado entraña soportar su odio ahora que me he enamorado de él», confesó para sus adentros, ensombreciéndola una conmoción que la dominó y la sumergió en un caliginoso limbo.

* * *

Nadie había recibido noticias del marqués. Dos días discurrían desde la partida de Killian, y uno desde la de Aidan. Sophie se mostraba abatida, sin pretender exponer sus tremebundos sentimientos. Sonreía a duras penas y

actuaba como si el puñal en su pecho no le impidiera respirar, conversar, jugar con Branna y con los perros, o meramente dormir. La espantaba la truculenta verdad: Killian había perdido a su mujer y a su hijo. En ello pensaba, sentada en un sillón del salón de verano, un libro en las manos y la mente agotada de repasar cada palabra y cada gesto que él había expresado desde que Sophie se estableció en el castillo.

A través de los ventanales se contemplaba como el cielo embravecido descargaba su furia. Rayos, truenos y una lluvia torrencial fusilaban la tierra, los doseles de los árboles y las frágiles flores. Aunque Sophie aceptaba que la veleidad del clima estaba a la orden del día, y que después de la tormenta llegaba la calma, la encapotada atmósfera le erizaba el vello del cuerpo. Se frotó los brazos, por cuyas mangas cortas sintió un escalofrío que la hizo estremecer.

—Subiré a buscar una mantilla. —Cerró el libro y se alzó del floreado sillón.

Branna dibujaba, ensimismada en sus trazos y el aspecto que adquiriría el esbozo de su setter irlandés; uno de los perros que reposaban a los pies de las damas.

—Ha refrescado —opinó Norah, dedicándose a su pasatiempo favorito; bordaba un pañuelo—. Hacía días que no sufríamos una tormenta de esta magnitud.

—Sí, toma proporciones huracanadas —consideró Sophie, echando un breve vistazo a los turbios cristales donde la lluvia arremetía, antes de entornar el pomo de la puerta.

A la vez, percibieron el sonido de unos cascos que tabalearon en el exterior.

—¿Quién habrá venido? —cuestionó Norah, interrumpiendo sus labores.

—¿Será Killian? —preguntó Branna alzando la nariz de su dibujo.

—Improbable, se marchó en su berlina. —Norah arqueó las cejas.

—Iré a informarme —dispuso Sophie.

—Gracias, querida. —Norah retomó sus puntadas.

Sophie se encaminó a través del pasillo de excelsos techos hacia la entrada, advirtiendo los jadeos de un hombre de voz desconocida. Hablaba sin aliento con el mayordomo.

—¿Qué sucede, Aengus? —interrogó, intranquila de súbito, al reparar en las espantadas facciones del veterano mayordomo.

—Su Señoría ha sufrido un accidente. —Le tembló la voz.

—Su Señoría está herido, *milady* —intervino el recién llegado, sin presentarse.

—¿Cómo? —Una descarga eléctrica la atravesó de la cabeza a los pies. Alzó una mano a su pecho, percibiendo como su corazón bombeaba afanosamente y retumbaba en sus sienes—. ¡Dios santo! ¿Dónde se encuentra? —Se le quebró la voz mientras unas lágrimas traicioneras se apoderaban de sus ojos.

—Está de camino. Hubo una explosión en la cantera —explicó el hombre pelirrojo, de aspecto endeble y de unos cuarenta años—. Un médico le proporcionó allí mismo los primeros auxilios, mas antes de desmayarse el marqués exigió que lo trajeran aquí. No tardarán en llegar. Deben preparar sus...

—¿Desmayarse? ¡Señor! —Se sobrecogió. Una punzada golpeó sus entrañas—. ¿Una explosión? —Las preguntas se amontonaban en su mente, ocasionando que atesorara ignotos temores.

—Sí, *milady*, una explosión. Han intentado asesinarlo.

Capítulo 17

Le prohibieron a Branna aguardar la venida de su hermano en la entrada de gravilla bajo el plúmbeo cielo. Norah y Sophie, expectantes y horrorizadas, vaticinaban la peor de las suertes. Unos lacayos custodiaban el camino, alertas a cuando el carruaje del marqués arribara. Mientras tanto, Norah había pedido hervir agua, tener listo todo tipo de medicinas, limpiar la cámara del marqués a fondo, y traer el médico al que la familia recurría habitualmente. Norah desconocía las medidas o las recomendaciones procuradas por el médico de Clifden que había atendido a su hijo en la cantera. En respuesta a las insistentes preguntas de Sophie y de Norah, el hombre portador de la espeluznante noticia ignoraba si se trataba del mismo galeno que ejercía en el hospital parroquial.

Según el relato del comisionado, un desconocido, cuya identidad había quedado desfigurada a consecuencia de la bomba, había perecido al detonar él mismo el explosivo destinado al marqués; este se encontraba esa mañana solventando unos asuntos que obstaculizaban los avances de los trabajadores, ocasionando los correspondientes contratiempos en la fábrica. Quizás el homicida había errado en sus cálculos, o quizás nunca deseó salir con vida del atentado, inmolándose. Sea como fuere, un jornalero holgazán que fumaba un cigarro sentado sobre un montículo de rocas, desatendiendo sus labores, sospechó de aquel hombre. Percibió como trajinaba maliciosamente con los cables y la pólvora que el encargado de las voladuras guardaba, escrupulosamente, en un almacén bajo llave. Logró dar la voz de alerta avisando a Killian y a los obreros de las inmediaciones antes de la detonación. Sin embargo, al proponerse evacuar al mayor número posible de trabajadores, la explosión sorprendió a Killian. Recibió un fuerte impacto,

siendo su cuerpo arrojado cual pelota de *hurling*¹ y lanzado en volandas unos cuantos metros junto a una lluvia de rocas. Partes de él quedaron sepultadas bajo las piedras de donde sustraían el mármol, machacándole los huesos. En resultado, se había fracturado las costillas del lateral izquierdo, se había roto una pierna, tenía un esguince en la muñeca derecha y presentaba espantosas quemaduras en diversos lugares. Faltaba examinar la herida de su cabeza y, una vez se despertara, comprobar que la contusión no afectara a sus respuestas motoras.

Los minutos se dilataban eternizando el tiempo. Sophie percibía un sentimiento díscolo perforando su pecho. Ansiaba ver a Killian y ahondar en el diagnóstico de su estado, servirlo, brindarle sus cuidados..., su amor, pese a comprender que él nunca se lo devolvería. Poco le importaba, pues amar significaba dar sin esperar nada a cambio.

Había mantenido sus recientes hallazgos ocultos, sin compartir con Norah cuanto había averiguado sobre la verdadera esposa de Killian, ofreciéndoles tiempo a los miembros de la familia para que ellos le revelaran tales secretos. La embargaba un creciente sentimiento de desolación que la torturaba, pues su mente se aseguraba de repetirle que el corazón de Killian pertenecía a otra. Resolvió que jamás la amaría a ella. Consideraba el desamor lógico en semejantes circunstancias. ¿Cómo reponerse del fallecimiento de una esposa y de un hijo? No, tal y como se mostraba el marqués, su acre carácter, su acerba forma de tratarla, nunca volvería a encariñarse con nadie y menos con ella, que ostentaba al puesto de consorte. Su esposa era irremplazable y por dicho motivo odiaba a Sophie. La joven asumía que, como en aquella noche de pasión, él la tomaría como su paño de lágrimas. Estimaba que jamás se abriría a ella en un plano sentimental, sino en un plano sexual para su desahogo.

* * *

Killian escrutó el lóbrego entorno. Un endrino velo teñía su alrededor,

diáfano, mohoso, y de silencio cargante. ¿Dónde se hallaba? El cuerpo apenas le pesaba y le parecía flotar al no soportar la carga de los músculos, de la piel, del pelo.

—Killian, despierta —susurró una voz a sus espaldas, que reverberó en aquel lugar símil a una cueva.

El hombre volteó sobre sí mismo, notando emociones contradictorias: extrañeza, alegría, consternación... Reconoció aquella voz al instante, así como la familiar figura a quien pertenecía; esa figura que tanto añoraba y que lo atormentaba.

—¡Neala! —Abrió los ojos de par en par, embebidos de lágrimas de felicidad. Inmediatamente se impulsó hacia sus brazos, besándola como si no existiera un mañana, acogiendo su rostro entre sus manos y sometiendo a un meticuloso escrutinio cada milímetro de su tez, de su cabello cobrizo y de su cuerpo.

—Mi vida, debes despertar. —Los ojos verdes de Neala recorrieron las facciones de Killian, anonadado.

—Quiero permanecer a tu lado —imploró.

—No, mi vida, no es tu hora. Debes regresar con la persona a quien ahora corresponde tu corazón.

—¡Mi corazón te pertenece! —sollozó, un mohín en los labios.

—Antes cada fibra de tu corazón me pertenecía, sí. Ahora se halla dividido, y lo celebro. —Le acarició la mejilla.

—Sophie —afirmó, el deje contrito—. Lo siento, te prometo que he intentado por todos los medios evitar sentir cuanto siento por ella. Nunca me propuse amarla —aseveró.

—Te brindo mi beneplácito, vida mía. —Sonrió dulcemente, los ojos centelleantes, envuelta por un aura resplandeciente—. Vuelve con ella y sé dichoso. Os aguarda un esplendoroso porvenir. —Besó sus anhelantes labios—. Despierta, Killian. Despierta ahora y déjame ir. —Se evaporó

sosegadamente mientras la penumbra se tornaba perspícuo. La claridad intensificaba la luminosidad del ambiente, adquiriendo un cegador tono albo.

Las manos de Killian palparon la nada, entregadas al vacío que había dejado su esposa...

—¿Killian?! —gimió Sophie, la voz enlatada—. ¡Killian, despierta! —pidió inclinada sobre el rostro del yacente que había balbuceado unas incoherentes palabras mientras lo velaba. Si bien le había parecido oír que la nombraba.

Equipada con un paño húmedo, limpió la piel enrojecida e irritada de las sienes de Killian, sobre las que se deslizaban unas gotas de sudor. El galeno había vendado la parte superior de la cabeza del paciente hacía escasas horas, pero las vendas se habían empapado y Sophie consideró necesario cambiarlas, para evitar posibles infecciones.

—¿Qué hace aquí? ¿Dónde estoy? —Desorientado, entreabrió los pesados párpados, pretendiendo cerciorarse del lugar donde se encontraba. El olor a flores blancas, no obstante, le indicó que posiblemente reposaba en el dormitorio de Sophie; aunque se trataba de un acaecimiento poco probable.

—Tranquilo. Estás a salvo, en tus aposentos. Has permanecido inconsciente todo el día de ayer y asimismo el de hoy. Tu madre ha bajado a descansar y a tomar una taza de té. El médico...

—¿Desde cuándo se toma tal confianza y familiaridad para hablarme? —protestó, el acento abrupto.

—Lo decidí cuando te encontrabas a las puertas de la muerte. —Su estado motivaba que lo limpiara formando unas ligeras caricias. Detuvo sus delicados gestos y se limitó a examinar el semblante del marqués, la respiración ímproba.

Él ignoraba cuánto la complacía a ella verlo despierto al fin, pues desde su llegada, cuando unos lacayos sacaron su cuerpo inerte de la berlina, había permanecido cual centinela al pie del cañón. Sin tomarse ni un momento de respiro, custodió su sueño febril.

—Ya puede largarse. —Retiró la mano de Sophie con un gesto brusco.

Se odió a sí mismo al desear apartarla de él, al tratarla de un modo vil. El soez comportamiento, sin embargo, había sido desencadenado a causa del amor que le profesaba; cuanto más la amaba, más se detestaba. En retrospectiva, temía olvidar a Neala si sus sentimientos por Sophie prosperaban.

—Veo que estás mejor —bromeó, colocándose detrás de la oreja un fino mechón de cabello que se había escapado de su trenza.

—No deseo verla —arremetió, malhumorado, escondiéndose a sí mismo el deleite que le originaba la presencia de la joven.

—Entonces te vendaré los ojos. —Enarcó las cejas, elocuentemente complacida—. Desquítate si lo precisas, mas pienso quedarme aquí hasta que mejores. ¿Dónde sientes dolor? —preguntó, devolviendo el paño húmedo a la jofaina, situada junto al aguamanil, sobre la mesita adyacente a la cama de dosel.

Los aposentos de Killian quedaban bañados en la oscuridad. Se había requerido al servicio correr las cortinas, impidiendo el paso de la luz, y apagar los mecanismos de gas de las lámparas de pared. Las llamas de unas cuantas velas bailaban, en puntos diversos de la cámara principal, generando una exigua visión de la sala. Un cúmulo de medicamentos reposaba sobre una bandeja encima de una mesita: tinturas, sinapismos, linimentos, jarabes, polvos... Entre estos se hallaba un frasco de salicilina, empleada contra la fiebre intermitente. El valerianato de amonio que servía contra la congestión cerebral y el delirio de las fiebres. Un elixir de áloe cuyo nombre en irlandés no alcanzó a traducir Sophie, salvo por la explicación del médico, quien lo comparó a un unguento cicatrizante francés, el *baume du commandeur*. Y aguardando el despertar del marqués se hallaba un frasco de láudano, que aliviaría las dolencias de las quemaduras y de las fracturas. En la habitación flotaba el aroma de toda esa mezcolanza de medicinas, de sudor..., de enfermo.

Killian gruñó, ahorrándose la contestación. Su postura, crispada, insinuaba cuánto debía de costarle respirar, seguramente a consecuencia de las costillas fracturadas, cuyo restablecimiento fluctuaría entre dos y seis meses, según el versado doctor.

* * *

Los primeros días discurrieron con numerosos teatrillos, tras un telón de actos exasperantes. Killian remedaba el ejemplo del peor de los pacientes; arrojaba las medicinas al suelo, maldecía a cada instante cuando intentaba moverse o pretendía levantarse, e injuriaba a cualquier persona que se encontrara en la trayectoria de su visión. Procedía cual animal enjaulado, cuya libertad se resumía en permanecer encadenado a un lecho. Era comprensible, puesto que él presumía de ser una persona activa. Estar postrado en una cama veinticuatro horas lo enervaba sobremanera, sin mencionar que había perdido todo poder de mando, pues Norah y Sophie habían tomado el control de cuanto acaecía a su alrededor.

Sophie se esmeró en endulzar los momentos que pasaba con el paciente; prácticamente no se despegaba de su lado. Apenas se permitía el placer de visitar a su caballo a primera hora de la mañana, tras dormitar en un sillón junto a Killian gran parte de la noche. Norah la relevaba cuando lo precisaba, brindándole unas horas de tregua cuando Branna estudiaba. La pobre mujer resultó poseer menos paciencia que su nuera, que siempre parecía dispuesta y resuelta, una sonrisa en los labios.

En la medida de lo posible se encargaba de visitar y lidiar con los arrendatarios de la finca, dejando a Sophie las tareas que incumbían a Killian, pues así lo prefería y así lo dispuso durante las tres semanas posteriores. Tres semanas en las cuales Sophie le leyó a Killian más de diez libros, le relató los métodos educacionales que empleaban las monjas del Sacré-Coeur, los conocimientos que impartían a las jóvenes alumnas, las escasas ocasiones en

las que Jean le permitía retornar a Bellevue, la cual añoraba pues allí residían incontables personas de las que se había encariñado desde pronta edad. También le habló de su querida Marine —sin sospechar que él se había puesto en contacto con ella—, llenándosele la boca de cosas buenas al enumerar sus virtudes. E incluso se atrevió a parlotear sobre su fiesta de presentación en sociedad, detallando los bocados que había probado, la comida que habían servido y las piezas musicales que una orquesta había tocado.

Si bien, en cuanto Killian arañó la costra endurecida perteneciente al energúmeno de Thibaut, Sophie se cerró como una flor en el ocaso. Se alzó del sillón y avanzó hacia su laúd, dispuesto junto a una ventana de la cámara. Recurría a su instrumento cuando el silencio pesaba, o cuando pretendía paliar los gritos de malhumor del paciente; empezaba a quedarse sin temas en su extenso repertorio. En esta ocasión tocó una sonata de Johann Sebastian Bach, *Preludio en do menor*. Se aplicaba en cuidar cada sutil movimiento, sintiendo cada nota en sus adentros, embelesando los oídos de quien tuviera el placer de escucharla.

Killian no era indiferente a sus encantos. Contemplar cómo tocaba, su esmerada perfección, sus largos cabellos abrigando sus hombros, acariciando sus brazos mientras ella deslizaba sus versados dedos sobre las cuerdas, le provocaba escalofríos y colmaba su corazón de calor.

—Señoría, siento molestarlo. —Liam, el ayuda de cámara del marqués, penetró en el dormitorio vestido con su librea negra, cuyos guantes y camisa blanca lucían perennemente impolutos—. Ha llegado el galeno.

—Bien, que pase —indicó mirando a Sophie, como si de algún modo pidiera su visto bueno.

La joven le dedicó una adorable sonrisa y guardó su instrumento mientras subía el experto, bajo la atenta vigilancia de Killian.

—¡Señoría, qué buen aspecto luce hoy! —exclamó el anciano médico en cuanto lo vio y lo saludó con una venia.

—He de reconocer que me cuidan maravillosamente —adujo mirando de

soslayo a Sophie, anonadada ante el inesperado halago.

—Si me permite, voy a reconocerlo y después le aconsejaré acerca del manejo de unas muletas que he traído conmigo. Las mandé elaborar respetando su altura y complejión. —Hizo un ademán con la mano solicitándole a Liam mostrar los artilugios de madera.

—¿Me retirará hoy ese infernal trozo de escayola? —preguntó Killian clavando la mirada en su pierna recubierta del tedioso material grisáceo.

—Lo lamento, mas aguardaremos a comprobar sus progresos con las muletas. —Con unas tijeras cortó el vendaje que ocultaba los cardenales del torso de Killian, luego palpó la zona cuidadosamente. Exhaló un sonido gutural y tomó de su maletín un estetoscopio de madera compuesto por dos embudos a cada extremo de un tubo cilíndrico—. Respire hondo —pidió colocando el cono de mayor tamaño sobre el pecho del paciente y su oído sobre el cono de menor dimensión.

Killian acató las órdenes mientras Sophie observaba a través de la ventana como unos pajarillos emprendían el vuelo y jugueteaban entre ellos, procurando brindarles intimidad a los hombres.

—¡Estupendo! Ha mejorado considerablemente. Es motivo de celebración, Su Señoría. Ha vuelto a nacer, dadas las circunstancias. ¿Sabe ya que se trataba de *mister* O'Brian?

—¿*Mister* O'Brian? —cuestionó Killian, haciendo memoria.

—Desde ayer no se habla de otra cosa en Clifden. Suponía que estaba al tanto de la investigación policial.

—Mi primo es quien se encarga de hacerme partícipe de las noticias. Entonces, ¿han averiguado su identidad?

—Así es. Comentan que el hombre enloqueció cuando su mujer y sus hijos fallecieron unos meses después de... Bueno, cuando la cantera se cerró y se quedó sin trabajo... La enfermedad les... —Le incomodaba el tema, ignorando cuáles eran las palabras adecuadas que debía emplear.

—Su familia enfermó después de que me desentendiera de las canteras. Y

me figuro que, sin recursos económicos, sin comida ni medicinas, fallecieron sin remedio alguno.

—En efecto. —Se encogió de hombros mientras examinaba la muñeca de Killian.

Sophie escuchaba en silencio, retorciéndose los dedos frente a los volantes de su falda de popelina de un verde mar. ¿Cómo tomaría Killian la noticia? Un hombre que había sufrido su misma suerte había intentado asesinarlo.

—Intuyo que, al reabrir el negocio, el hombre me culpó todavía más. ¿Ha sobrevivido algún miembro de su familia? —escrutó el vacío.

—Ninguno de sus hijos, me temo. Su padre mora en una choza que se cae a pedazos. Apenas logra mantenerse, ya que es muy mayor y nadie en nuestros tiempos le ofrece labores a un hombre de sus características. Él dio el aviso de la desaparición de su hijo, ayudando a la policía a tejer conjeturas que dieron respuestas a los interrogantes que se cernían sobre el siniestro.

—Entiendo. —Killian encorvó una ceja, contemplativo—. Antes de irse, haga el favor de proporcionarle cualquier información que posea sobre ese hombre a mi ayuda de cámara.

El galeno se marchó tras ordenar una serie de ejercicios físicos que ayudarían a la recuperación de los huesos del paciente, y de mostrarle cómo usar las muletas.

—¿A qué se debe el interés que has mostrado por aquel hombre? El padre del que ha intentado acabar con todo ser vivo en la cantera —cuestionó Sophie, extrañada.

—El pobre diablo ya habrá sufrido bastante en esta vida. He pensado en ofrecerle un puesto de jardinero, o cualquier otro cuya labor sepa desempeñar. Bueno, ¿qué te parece si bajamos? —cambió de tema—. Hace semanas que no visito mi despacho. Además, me alegraría cenar en una mesa estable por una noche —expuso, desdeñando las bandejas de plata que se posaban sobre su lecho cual mesa improvisada.

—¿Te ves con ganas y fuerzas para tal hazaña?

—Ganas no me faltan, y respecto a mis fuerzas, parece que haber estado postrado en una cama ha cambiado tu percepción de mí. Sería capaz de bajarte a cuestras. Que mis muletas no te engañen —se jactó, el deje bronco aun así. Se arrastró hacia el borde de la cama con la intención de sentarse con los pies en el suelo, para variar.

Sophie acudió en su ayuda al observar las sutiles muecas de molestia que aparecían sobre su rostro; el doctor le había exentado de vendajes en la cabeza.

—Muy bien —suspiró Sophie, calibrando el nivel de masculinidad del marqués—. Avisaré a Liam. Se alegrará de sentirse útil de nuevo; su semblante se distingue abatido desde que su cometido solo abarca cambiarte la camisa de noche. —Tocó la campanilla que yacía sobre la mesita—. Incluso a mí me complacerá verte vestido con algo más de ropa. —Enarcó las cejas a la vez que tapaba la entrepierna de Killian con la sábana, dado que al reptar hasta el borde de la cama la camisa se había enrollado hacia sus caderas.

—¿Debo entender que te molesta mi cuerpo? —Aferró con fuerza la mano de Sophie, quien sujetaba la tela que conservaba la decencia de las partes masculinas.

—Volveré en quince minutos. —Se dispensó de mirarle, inclinada sobre su hombro, notando como los ojos de Killian la reclamaban.

Se enderezó y tiró de su mano para liberarse, atacándola unos súbitos calores. Los mismos que había percibido las últimas semanas, cada vez que se sentía observada, o cuando se hallaba demasiado cerca de él.

Killian no la dejó marchar. En cambio, suavizó el agarre y acarició el dorso de la mano con su pulgar, soltándosela poco a poco.

—Espera, quiero probar a levantarme sin ayuda. —Se puso en pie, apoyando el peso sobre la pierna buena, e irguió su fuerte y musculosa figura ante el rostro intimidado de la joven; su estatura, tanto como la envergadura de su cuerpo, imponía, bien lo sabía.

Sophie le sujetó los brazos, ignorando dónde colocar sus manos, pues las

costras que se habían formado al sanar las quemaduras persistían sobre la suave piel de Killian; sí, su tacto le parecía suave, cálido, terso y duro como la madera.

—¿Te molesta mi cuerpo? —volvió a preguntar, alzándole la barbilla y obligándola a encontrar su mirada.

—¿Por qué deseas saberlo? —Tragó saliva. Killian le sacaba dos cabezas al menos.

De pie ante él, era como hallarse desprovista de auxilio ante un oso. Además, se esforzaba en ocultar el yugo de sus sentimientos, su enamoramiento. Desde que Nouce le había revelado el pasado de Killian, todo había cambiado. Respetaba su matrimonio con la fallecida marquesa, por tanto, ella solo era una invitada, una rueda de repuesto para un carruaje destartado que se caería a pedazos antes de necesitarla. No quería ser un tentempié o un juguete de cama como lo había sido para Thibaut. A cada momento, cuando se presentaba una ocasión de tensión magnética, se agazapaba ante la situación, distanciándose de Killian, de sus libidinosas miradas, de sus poco sutiles tanteos, y sobre todo de su embaucador tacto.

—Porque a mí me atrae el tuyo. —Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos mientras sus labios acertaban los centímetros que lo separaban de los de Sophie, rosas y húmedos, listos para recibirlo—. Deseaba agradecer tu paciencia. Has sido de gran ayuda los... —Se detuvo al comprender que nunca acertaría a decirle lo que realmente pensaba y sentía. Muy a su pesar Sophie lo cautivaba, promoviendo que su presencia se volviera indispensable y vital, incluso en mayor medida que su venerado láudano—. ¡Qué diablos! —Se arrojó a su boca, sediento, hambriento, y la besó apasionadamente, cubriendo cada milímetro de sus exquisitos labios, cuyo néctar tanto anhelaba.

Descansó los pulgares a cada lado de su rostro, las palmas adaptadas a su nuca. La atrajo a él, invitándola a abrir los labios y recibir la húmeda invasión de su lengua, acariciadora y serpenteante. Al principio los músculos de Sophie se habían tensado, pero un instante después el irresistible gemido de placer

indicó su aceptación. Enfebrecido, una de sus manos descendió por la curva espalda hasta encontrar un hueco acogedor en la parte baja de su columna. La acomodó ahí empujando hacia él para sentirla más cerca si cabía.

Un devastador espasmo eléctrico la traspasó, aniquilando todo esfuerzo de rechazo. ¡Cuánto había deseado que Killian la abrazara, cobijándola entre sus fuertes brazos! ¡Cuánto había añorado sus caricias mientras se embebía del agradable y genuino aroma de su piel! Ambos sin aliento, sus cuerpos se encendieron al son de un vals ardoroso de efusión.

¡Toc, toc! Escucharon unos nudillos tocar a la puerta, entrando segundos después Liam, el ayuda de cámara.

«Salvada», se tranquilizó Sophie. Por poco faltaba a su palabra de evitar cualquier roce con Killian.

—Vuelve en un rato, estoy ocupado. —Killian le lanzó una mirada reprobatoria y furiosa al ayuda de cámara.

—No será necesario. Pasa, Liam. Ya me marchaba. —Sophie dio un paso atrás y, antes de encaminarse hacia la puerta, le susurró a Killian al oído, empleando las palabras exactas que él había usado—: Esto nunca volverá a ocurrir.

Cruzó la pomposa cámara bajo la descorazonadora mirada del marqués. El repentino rechazo lo afectó generándole acerbidad e inquietud.

Sophie se respaldó contra la puerta que acababa de cerrar, ansiando derribarla y correr a los brazos de su amado, pero se comedió llevándose una mano al pecho y seguidamente a la frente, notando como el sudor manaba de sus sienes y rodaba por sus mejillas. ¡Un momento! ¿Estaba llorando?

«Estar junto a él y saber que jamás obtendré su amor me desgarró el corazón. Debo procurar desenamorarme, romper el embrujo que ejerce sobre mí, de lo contrario enloqueceré y me convertiré en su marioneta. No puedo permitirme amarlo», y huyó a sus aposentos con el alma atribulada.

Capítulo 18

Oculto detrás de la cortina, vigilaba los movimientos de Sophie, acucillada junto a un manojo de hierbas aromáticas desconocidas para él; un hombre de semejante alcurnia y reputación solo adivinaba el nombre de tales especias cuando se las servían en un plato sobre un lecho de comida. La sonrisa de Sophie, sus modales agraciados al obrar, y su gentileza al considerar a cualquier persona siéndole indiferente su condición, embelesaban a Killian. La joven se situaba junto al jardinero y su nuevo ayudante. Este último le ganaba en edad, pese a su longevidad. Killian había contratado a *mister* O'Brian, carcomiéndole la culpabilidad que le embargaba cuando recordaba la truculenta suerte del fallecido hijo del hombre, quien había intentado vengarse de él al condenarlo por la muerte de su mujer y de sus hijos. Quizás la urbanidad de Sophie empezaba a afectarlo, transfiriéndole unas briznas de afabilidad, y le suscitaba la necesidad de preocuparse y velar por los demás.

Vislumbró a los tres personajes que ejecutaban sus tareas en el huerto. Estaban ensimismados en una animada tertulia que comprendía el crecimiento de los tomates, la aversión de O'Brian a las alcachofas y los beneficios de los espárragos. Entretanto, reflexionaba sobre cuál sería la próxima parada de Sophie; posiblemente los establos, pues las anteriores mañanas la había visto internarse en ellos, importándole poco si llovía o ventaba, después de recolectar diferentes vegetales.

Desde la fulminante marcha de la joven tras besarla, hacía dos semanas, Killian acechaba cada paso que daba por insignificante que pareciera. La imagen de Sophie, su delicadeza, su fortaleza, su coraje cuando se enfrentaba a él, su tesón cuando lo cuidaba y, sobre todo, el olor de su piel así como el sabor de sus labios, persistían en su mente y en sus adentros como una huella

marcada a fuego que lo consumía. No lograba sacarla de allí por innumerables y desesperados intentos que hiciera; sin intuirlo, Sophie había conseguido hacerse un hueco en su corazón.

Se apresuró en afianzarse en sus muletas y encontrar el sendero que conducía a las cuadras. Tanto trajín con aquellos soportes de madera lo fastidiaba inefablemente. A menudo le ardía la muñeca a causa de haberla mantenido vendada hasta hacía dos días, cuando el galeno lo visitó fundamentando que ya se había regenerado. Asimismo, la pierna cuya escayola le habían retirado le provocaba unos calambres terribles, sin mencionar los pinchazos que arremetían en sus entrañas cuando respiraba profundamente, tosía o se movía de un modo agitado. No obstante, consideraba cualquier dolor vano si se trataba del precio a pagar para compartir con la joven unos minutos de su tiempo; Sophie había cesado de visitarlo con la misma frecuencia que precediera al beso.

—¿Le has puesto nombre? —La sorprendió, proviniendo su voz desde la vasta entrada delantera de las caballerizas; ella acariciaba el blanquecino pelaje de su caballo.

—Siendo sincera, un nombre me ronda la mente, mas tu hermana se ha entusiasmado por uno en irlandés.

—Es tu caballo, llámalo como te plazca. ¿Cuál es ese nombre que te ronda la mente? —Le intrigaba averiguar en qué había pensado. Progresó gradualmente hasta alcanzar el box del elegante corcel.

—Lullaby. —Dirigió la mirada hacia las puntas de la rozagante crin; ensortijaba sus largos dedos entre los mechones.

—Es un apodo singular. ¿Por qué ese en particular? —Se apoyó contra un poste donde colgaban cepillos y útiles.

—Porque el aura de este caballo me recuerda a mi madre, es decir, a la imagen y las sensaciones que albergo de ella: un ser de luz, celestial, puro, bello, elegante y bondadoso. —Se encogió de hombros y agachó la cabeza—. Ignoro el motivo, mas siempre la imagino cantando una canción de cuna. Me

habría entusiasmado escuchar su voz, comprobar si su entonación difería de la mía, si era más aguda, más grave... Es una tontería. —Sonrío con pesar.

—No es ninguna tontería, Sophie. Es una pretensión o un deseo entrañable. —Tomó su fina mano y la acarició suavemente mientras se acercaba a ella—. Algún día obtendrás respuestas a todas tus preguntas, te lo prometo —aseveró, convencido de que las pesquisas del investigador privado que había contratado para buscar a su familia materna darían frutos tarde o temprano.

—Gracias. —Volteó el rostro, encontrándose con dos joyas azules que la observaban con suma ternura; emoción que jamás había apercibido en la mirada de Killian hasta entonces.

Antes de caer rendida a sus pies, se apartó y caminó hacia un pequeño barreño de comida que había preparado mezclando nabos, zanahorias y maíz. Cada mañana, Sophie destinaba una buena porción de esos alimentos a complementar la alfalfa, el heno y otros manjares que los mozos de cuadra usaban para abastecer a los palafrenes.

—¿Me rehúyes? —Avanzó hacia el extremo del corredor que separaba los boxes de los animales, donde se encontraba ella—. Te noto distante y reticente desde hace semanas, concretamente desde que te besé. Evitas mis miradas, eludes mi tacto. —La arrostró sin más rodeos—. ¿Acaso me tienes miedo?

Cada músculo del cuerpo de Sophie se había tensado cual vela de barco al oír aquel verbo llano y directo: besar.

—Mi contestación a esa pregunta te desagradaría. —Bajó el tono de voz, amilanada.

—Dilo sin dilación. —Imitó su inflexión queda y susurrante, colocando una mano sobre el brazo de Sophie, cubierto por una manga de muselina de corte abombado.

—Sí, a veces me das miedo. —Fijó la vista en aquella porción de brazo; se le había puesto la carne de gallina—. Miedo de que me conviertas en tu juguete, en una pertenencia que puedas usar y desechar a tu antojo. —Giró sobre sí misma, dándole la espalda a Killian—. No lo soportaría.

—¿Que te rompa el corazón? —Adosó su pecho a la espalda de la joven y musitó a su oído—: ¿De veras me crees capaz?

—¿No me has aportado motivos suficientes para albergar esa certeza? —Miró a Killian por encima del hombro.

—¿Te refieres a la noche en la que regresaste del hospital? Verás, soy consciente de que me comporté como un animal, mas siendo honesto tengo razones que se escapan a tu conocimiento. Lamento haberte defraudado y lastimado, nunca volverá a ocurrir. —Juntó las dos muletas en su mano izquierda, y con la derecha hizo girar a Sophie hacia él—. De hecho, te prometo que nunca volveré a tocarte de aquel modo sin tu consentimiento. Esperaré a que te sientas preparada y dispuesta, esperaré una sola palabra tuya dándome permiso. Al igual que esperaré que confíes en mí para revelarme los intrincados aspectos de tu pasado si lo deseas.

—Killian, te lo agradezco... —Se interrumpió antes de apuntar que, respecto al pasado, les correspondía a ambos sincerarse—. Debo alimentar a los caballos.

—Aguarda un momento. Te ayudaré con eso. —Asió el asa del barreño, librando a Sophie de su peso—. ¿Deseas retomar las clases de equitación? —Cambió de tema, aligerando la carga que flotaba en el ambiente—. Tu caballo precisa ejercitarse. —Procuró caminar junto a ella con naturalidad, pese a sujetarse con las muletas y cargar el barreño, demostrando que podía encargarse de cualquier nimiedad.

Sophie lo estudiaba de reojo, sorprendida. Él estaba premiando las bocas ansiosas con zanahorias.

—¡Naturalmente! Han discurrido semanas desde la última vez que monté. Además, opino que la relación entre Lullaby y yo sería inmejorable de trabajar juntos.

—Te propongo citarnos aquí cada mañana, entonces.

—Acepto con inmenso placer. —Sonrió jubilosa y encandilada. Loaba el renovado carácter de Killian.

* * *

Así cumplieron el trato: cada mañana Killian se sentaba sobre un taburete junto a la cerca del ruedo, desde donde pacientemente le indicaba a la joven cómo ir al trote, cambiar de dirección, mantener una buena pose, flexionar las piernas cuando tenía intención de enfrentarse a un salto... En ocasiones recurría a un espolique que, gozoso, prestaba su ayuda. Este se situaba en el centro del ruedo, desde donde dirigía a Lullaby mediante una larga soga sujeta a un mosquetón de su cabezal de cuero. Sophie abandonaba las riendas y levantaba los brazos, la espalda recta. De este modo Killian pretendía que Sophie olvidara sus recelos y confiara en su caballo, lo cual funcionó tras pocas lecciones. Sin embargo, a medida que avanzaban aquellas lecciones, Sophie no solo destinaba su confianza a Lullaby; entre Killian y ella se forjaba un acerado vínculo. Sin advertirlo, ambos caían presos de un hechizo amoroso, pero se resistían a la tentación de manifestar cuanto sentían el uno por el otro.

Efectuados los reveladores aleccionamientos, Sophie visitaba los huertos y las cocinas como de costumbre. Killian, a su vez, se comunicaba en su despacho; imperaba resolver unas cuestiones de las canteras tras la explosión, además de los menesteres habituales del marquesado. Redactaba sus órdenes y mandaba a un lacayo a entregárselas a Aidan en Clifden, asumiendo este la gerencia de la empresa hasta el completo restablecimiento de su primo.

A la hora de comer, el marqués coincidía con Sophie, Branna y su madre, y aunque con frecuencia bajaba la guardia, sucumbiendo a los cautivadores ademanes de Sophie, se obligaba a mantener cierta compostura, así como el rictus arriscado que lo caracterizaba.

Más tarde se unía a la primera en un fugaz paseo, dado que, en cierta medida, le costaba dominar las largas caminatas que las mujeres perpetuaban a diario. Se separaban al extremo del jardín, allá donde se iniciaba el sendero

del bosque. Branna y Norah continuaban con su usual recorrido, mientras Sophie y Killian transitaban por el afelpado patio de fragantes flores, debatiendo sobre temas políticos, religiosos, literarios o cualquier otro que se presentara reseñable. Sophie demostraba que su intelecto superaba con creces el de otras mujeres sin opinión. Era culta y, aunque se imponía guardarse sus juicios, como dictaba un mundo gobernado por hombres, a menudo se permitía debatir acerca de cualquier cuestión trascendental: la economía, la lacra de la esclavitud, el afán de poder de los políticos que inducían a guerras, el derecho de las mujeres...

Esa tarde en particular se sentaron alrededor de una mesa de forja y, antes de abordar un asunto espinoso, Killian amenizó la conversación preguntándole a Sophie cómo se elaboraban los vinos y el champán.

—Se cultivan varias categorías de vides. Se procesan en una primera fermentación, después se vinifican en barriles de roble y, como última medida, se fermentan en unas botellas colocándolas en horizontal en la oscuridad de las bodegas.

—¿Te agradaría regresar a Francia, a tu ciudad natal? —tanteó, incómodo, pues Norah le había relatado cuánto había sufrido la joven bajo el mando de su padre.

—Naturalmente, adoro Châlons-sur-Marne, su campestre belleza, sus alrededores, su gente. Todos los integrantes de la plantilla que trabaja para mi padre son adorables. Los extraño, aunque he pasado la mayor parte de mi vida en el internado de París. —Se encogió de hombros, la mirada abatida—. No me quejo, allí conocí a Marine, como te comenté.

Killian había urdido un plan respecto a Marine. Secretamente se comunicaba con ella y sus padres a través de misivas, en las cuales planeaban un elaborado viaje con el fin de sorprender a Sophie. La negociación no resultaba sencilla. El padre de Marine se oponía al viaje a Irlanda, mientras que la madre daba su visto bueno, siempre y cuando la escoltaran una horda de

acompañantes; con todo lo que se escuchaba en relación con los sucesos de piratas, temía que secuestraran a su hija.

—¿Qué te parecería ir a visitarla? Y tal vez podríamos saludar a tu padre, teniendo en cuenta que tu ciudad se encuentra a unas horas de París. —Había examinado numerosas posibilidades antes de darle la noticia.

—Imagino que Marine se alegraría infinitamente de verme... Mi padre, en cambio... —El tema le producía una profunda desazón.

—Verás, debo comentarte una cosa. Tu padre me ha comunicado su intención de ofrecer un baile en nuestro honor —confesó al fin. Lo violentaba ser el portador de los designios de su padre. Temía la reacción de Sophie. Por una parte, se figuraba que la entusiasmaría, pero por otra la destrozaría saber que su padre seguía sin desear relacionarse con ella; el baile era otro ardid de Jean, cuya intención era enarbolar su apellido, echando en cara a todos los invitados su manifiesta relación con la nobleza.

—¿Te ha escrito? —su tono se agudizó—. Vaya, yo... yo... No ha contestado ninguna de mis correspondencias. —Suspiró, atribulada.

—Bueno, solo he recibido una carta —mintió. Las cartas provenientes de Bellevue se apilaban en un cajón de su escritorio—. Mandaba recuerdos para ti, junto a sus...

—Resérvate tus engaños —bufó, sarcástica—. Conociéndolo sé perfectamente que no me habrá dirigido ni una sola palabra. —Se mordió los labios—. Bien, ¿qué has contestado?

—Contestaré cuanto me ordenes, *mo elf lómhara*. —Posó su mano sobre la de Sophie, que lucía un guante de verano. Deseaba abrazarla, reconfortarla, robarle cualquier ápice de dolor que la importunara, que desproveyera su rostro de ese halo de luz cegador que lucía perenemente.

—¿Qué me has llamado? Espero que nada inconveniente. —Abrió los ojos como platos, un conato de sonrisa en los labios.

—*Mo elf lómhara*, mi preciosa elfo. —Besó el dorso de la mano enguantada de Sophie, provocándole el vello de la barba de Killian un

cosquilleo.

Sophie percibió unos escalofríos en cada partícula de su cuerpo.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el marqués de Connemara? —Estalló en risas de alborozo, desconcertada a la par que encantada del cambio radical de Killian, cuyo acedo genio había conseguido amansar notablemente; en nada semejaba a aquel ogro de las cavernas que había conocido en la boda.

—Oírte reír es equiparable a oír el canto de los ángeles.

—¿Has oído cantar a los ángeles? —Disimuló la evidente admiración hacia él que, imaginaba, reflejaba su expresión, ocultando el arco de sus labios tras su mano.

—Al escucharte me hago una idea. —Rozó el interior de la muñeca de la joven con la punta de los dedos, mientras la vislumbraba con arrobamiento.

Jamás había conocido mujer más primorosa. Su cabello claro resplandecía como un diamante, suscitándole el antojo de enredar sus dedos en los suaves mechones. Deseaba acariciar su tez impoluta, besar sus apetecibles labios, recorrer sus cejas rectas y decisivas con mimo, y morder su cuello, que despedía un aroma a rosas blancas; lo cual le recordaba que urgía adquirir esencia de lavanda para reponer la que le había hecho trizas. Cada centímetro visible de su nívea piel lo atraía. La profundidad de su mirada, el radiante azul de sus ojos, le arrebatava el aire. Ansiaba hacerla suya, convertirla en su mujer de un modo pasional.

—No me engañes, Killian. Estás siendo demasiado encantador.

—Despiertas mi lado protector y encantador, como dices —musitó con una modulación embebida de ternura, causándole a Sophie una sensación hormigueante que soplaba sobre su piel, mientras el corazón le latía frenético.

—¡Sophie, Killian! Mirad qué hemos hallado en la hondonada del bosque —gritó Branna, corriendo hacia ellos con un bulto de pelos rizados entre sus brazos. La falda abombada de su vestido, de tono miel, ondeaba cual bandera al viento.

—¿Qué sucede? —Sophie retiró su mano de la dulce caricia de Killian y la

descansó sobre su corpiño.

—¿A que es precioso? —afirmó Branna.

—¿Es una oveja? —Una ceja de Killian dominó la otra, mientras volvía a trabar el lazo que sostenía su cabello en una coleta baja y desenfadada.

—¡Un bebé oveja! —corrigió su hermana—. Creo que tiene una pata rota. ¿Nos la quedamos? ¡Por favor! —Proyectó la más arrebatadora de sus sonrisas.

—Bien, la llevaremos con las demás a los prados —decidió el marqués.

—¡No! —repuso. Sus cabellos sueltos se balancearon al son de su negación—. Deseo quedármela como mascota.

—¡Ni hablar!

—Tal vez podría encargarse de ella hasta que su pata sane y logre permanecer con las demás ovejas del rebaño. —Sophie le dirigió una mirada suplicante y perspicaz a Killian.

—De acuerdo —resopló él, acucioso de cumplir las peticiones de Sophie, con tal de demostrarle cuánto le importaba—. No obstante, tengo una petición a cambio.

—¿No le pertenece a Branna cumplirla? —cuestionó Sophie, pues se refería a ella.

—En absoluto —adujo Killian, la mirada traviesa.

Antes de continuar hablando, Branna salió disparada hacia el sendero por el cual su madre arribaba.

—¡Bieeen! —exclamaba Branna, eufórica.

—Bueno, ¿de qué petición se trata?

Killian avanzó hasta el borde de la silla y se inclinó sobre el oído de la joven, rozándole la oreja con los labios.

—Un beso —susurró, con voz acariciadora e irresistible.

—¿Un beso? ¿Aquí y ahora? ¿Ante tu madre y tu hermana, que están a punto de alcanzarnos? —La decorosa joven enrojeció.

—¿Eeeh...? —Emitió un leve sonido gutural y divisó las figuras de las

mujeres que se acercaban cruzando el jardín. Estudió la escasa durabilidad del beso si accedía a recibirlo en ese instante—. No. En media hora en mis aposentos.

—¡Me niego en rotundo! —objetó Sophie, el estómago encogido y las mejillas de un tono escarlata.

—Solo he pedido un beso, nada que te ponga en una tesitura concupiscente —rechistó, guardándose de agregar la coletilla: «Todo lo que pase después, será porque lo deseas tanto como yo».

—Acepto, mas espero que conste que es a regañadientes y por una buena causa. —Buscó a Branna con la mirada: se la veía tan feliz...

* * *

El tenue repiqueteo de los nudillos de Sophie sonó ahogado sobre la solemne puerta de entrada a las dependencias de Killian. Cuando este entreabrió la puerta aún vestía su veraniega casaca, de una refinada tela de lino. En cambio, la joven se había desembarazado de su sombrero de paja ribeteado con una cinta de tono pastel, y de sus guantes que semejaban la nata. Había retocado las ondas de su largo cabello y rociado una gota de esencia de rosas blancas detrás de sus orejas, mientras valoraba si debía abstenerse de encontrarse con Killian como él le había propuesto, o acopiar valor e ir.

—Por un instante sospeché que no vendrías. —Sujetó la puerta con una mano y se apoyó contra el marco. Su rostro mostraba un aire de sosiego, pero sus ojos indicaban su inquietud e impaciencia.

—Cumpló mis promesas. —Barrió el suelo con la mirada. La inflexión de su voz, trémula, apuntaba a que estaba nerviosa.

Al percibir la timidez que teñía el rostro de la joven, Killian se comedió, reprimiendo las ansias que corrían en sus venas cual dulce veneno. La invitó a pasar y cerró la puerta, manteniendo las distancias a sus espaldas. Sophie atravesó la cámara alcanzando uno de los nobles ventanales abiertos de par en

par, cuya situación ofrecía una increíble vista de la tormenta que se formaba sobre Kylemore. La lluvia embestía el mármol de la fachada y se introducía en la estancia a través del hueco de piedra, humedeciendo las vaporosas cortinas que precedían a otras de tejido grueso, corridas a cada lateral de la moldura. En la lontananza se divisaba un grupo constituido por cinco ponis, oriundos de la zona, que pastaban en una suave colina de un exuberante verde. Aún más lejos, en el extremo norte del lago, cuyo aceroso reflejo rompía y ondulaba la lluvia, unas vacas balanceaban sus colas y se movían quedamente, como si el temporal no les supusiera inconveniente alguno.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele la pierna? —Sophie clavó la vista en las nubes rotas que coronaban el cielo cerrado. Unas frágiles gotas se depositaban sobre su rostro, aliviando el calor que florecía de sus adentros. ¿Se arrepentía de su visita? En efecto, la incomodaba hallarse a solas con Killian. ¿Y si no se trataba solo de un beso? ¿Y si él jugaba con sus sentimientos? Ella saldría perdiendo.

—Estupendamente. Estaba intentando emplear una única muleta. Lo prefiero, pues resulta más cómodo y liviano. —Caminó hacia ella, mostrándole cuánto había mejorado y su destreza al servirse de una sola muleta.

—A simple vista compruebo que se te ve más suelto, sí. —Su postura remilgada distaba de la naturalidad con la que había obrado el último mes.

Siempre se tensaba cuando Killian se acercaba a ella de un modo perturbador, suscitándole un cosquilleo en el estómago.

—¿Cómo te encuentras tú, respecto a la carta de tu padre? —Franqueó el metro que lo separaba de ella.

—Agradecería no mencionar el tema, de momento. —Cruzó sus manos sobre su pomposa falda drapeada de visos morados.

En cuanto la cabeza de Killian hizo sombra a la de Sophie, impresionándola tanto como maravillándola su mayestática silueta, este dirigió

su mano libre a la mejilla de la joven. La contemplaba cautivado, proyectando su mirada unas fúlgidas briznas de admiración pasional.

—Estoy celoso de la lluvia que cae sobre ti. Ella te toca como jamás yo lo haré. —Acarició la humedecida piel con la huella del pulgar, y se perdió en sus chispeantes ojos.

Aquella declaración causó gran alteración en la joven, cuyo cuerpo se había quedado rígido mientras unos pasmos de excitación la estremecían. De pronto perdió el habla, la capacidad de respirar, y cesó de distinguir como los rayos descargaban sus estruendos en el emborronado ocaso. El tacto de Killian le quemó la mejilla, infiltrándose aquel ardor hasta su pecho. Sumándose su mente al enajenamiento de su corazón, permitió que afloraran sus reservados sentimientos.

—Killian, yo... —quiso decir, mas él la interrumpió.

—*Mo elf lómhara*. —Mi preciosa elfo, arrulló a unos centímetros de su boca, cuyo néctar lo atraía como el polen a las abejas—. Me he enamorado de ti —confesó, el deje emotivo y varonil aun así.

—No te burles ni me engañes, te lo suplico. —Cerró los ojos, ocultando las lágrimas que empezaban a alcanzarlos, brotando al filo de sus curvas pestañas.

—Jamás te mentiría respecto a mis sentimientos. ¿Acaso no te has dado cuenta? ¿Cómo explicas que hayamos coincidido en infinitas ocasiones las últimas semanas? ¡Mírame! —pidió, exasperado, introduciendo sus dedos en los cabellos de la nuca de Sophie—. Te vigilaba. Acechaba subrepticamente el momento oportuno para reunirme contigo; en las caballerizas, en la biblioteca, en el jardín...

—¿Por qué? —Entreabrió los párpados, rodando sobre sus mejillas unas perladas lágrimas.

—Porque dejaste de venir desde que el médico me quitó la escayola. Había pasado un mes a tu cuidado, y te necesitaba. ¡Te necesito! —Arrojó la muleta al suelo y ciñó la estrecha cintura de la joven.

—Siento discrepar, mas cuanto sientes no se define como enamoramiento,

sino como gratitud —deploró, constriñéndosele el corazón en un puño de acero.

—Ni mucho menos, *mon amour*. —Mi amor, dijo en francés, la inflexión contendiente y enardecida—. ¿Por qué crees que Aidan no ha vuelto al castillo hace más de un mes y medio? Le prohibí regresar hasta nueva orden. Enfermaba de celos cuando os veía juntos. Enloquecía cada vez que os reíais o compartíais un momento de afinidad. Te prohíbo considerar que es agradecimiento. Es amor, con todo lo que ello conlleva, Sophie... Mi inocente y preciosa Sophie. —Encerró entre sus manos el pequeño rostro de la joven, cuya tez semejava el resplandor de la luna—. Dime que perdonarás mis agravios. Dime que soy lo bastante bueno para merecerte. —Su frente acarició repetidamente la de la joven—. Te lo ruego, dime que intentarás amarme —imploró, quejumbroso y sulfurado.

Los exacerbados sentimientos brotaban de sus entrañas como si necesitara limpiar su alma ante ella. En consecuencia, se dispuso a revelar los secretos de su pasado que le había ocultado, originándole una terrible socavación. Se dispuso a hablar de su difunta esposa y de su hijo no nato. Sin embargo, Sophie anunció:

—Yo ya te amo. Ya te amo, Killian. —Alzó las manos hacia su cuello y tiró de él mientras se ponía de puntillas.

Sus labios se encontraron en un vals frenético de ímpetu. Intrínsecas emociones horadaban sus pechos que latieron al unísono, comprendiendo al fin cuán ridículos habían sido al negarse a las evidencias, al distanciarse perpetuamente el uno del otro a causa del orgullo y del miedo al rechazo. Ambos sucumbieron al fogoso impulso que los sumía en una estela de erotismo. Se besaron anhelantes y ávidos, como si nada existiera alrededor, como si el mundo fuera el cosmos y ellos partículas de estrellas.

Killian la poseyó con una delicadeza inenarrable, alargando cada segundo cual eternidad; una esplendorosa eternidad de efusión y de veneración.

Capítulo 19

En el cielo del atardecer, a través del cenizo celaje, se filtraban unos rayos de sol de pigmentos arrebolados que iluminaban la espesura del valle, las colinas, la fértil tierra y sus habitantes.

Killian ansiaba tenerla exhausta contra su cuerpo de nuevo, en un delicioso acto de fervor, cabalgando ambos bajo el sol yaciente hacia el éxtasis. Desnuda entre sus brazos, el rostro de Sophie descansaba sonriente sobre el pétreo torso de él, el semblante ufano.

—Deseo volver a verte esta noche. De hecho, deseo que colmes el vacío de mi lecho cada noche. —Acarició la sedosa espalda de la joven.

—Es extraño, temo la reacción de tu madre y la de tu hermana cuando las hagamos sabedoras de nuestra relación.

—¡Estamos casados! —Rio abiertamente, escudriñando la mirada de Sophie, quien se entretenía jugueteando con las puntas del cabello de Killian, que cubrían parte de su pecho. Sus dedos descendieron hasta el lugar de las costillas donde antes lucía un cárdeno hematoma.

—No me lo parece, es decir... —La compungió su franqueza, por lo que rectificó—. Nuestro matrimonio carece de...

—Lo entiendo, sobra martirizarse. Es lógico que razones de tal forma. Ambos llegamos a la iglesia sin conocer al otro, y por motivos que escapaban a nuestro dominio. Además, me he comportado contigo cual patán. Temía enamorarme de ti, de tu honestidad, tu amabilidad, tu delicadeza, tu inteligencia y ese sinfín de valores que atesoras. Ambicionaba alejarte de mí, sin tener en cuenta tus sentimientos. —Besó lo alto de la cabeza de Sophie, filtrándose en su nariz el dulce perfume floral.

El timbre del reloj de oro que presidía la chimenea anunció las ocho de la

tarde.

—¡Killian, mira qué hora es! —Se sobrecogió Sophie dando un respingo—. Están a punto de servir la cena, nos conviene vestirnos. —Tiró de la sábana que la envolvía.

—¡No te vayas! Quedémonos un rato más. Pueden cenar sin nosotros. —La atrapó de la cintura, atrayéndola hacia él. Su cuerpo cubrió el de ella, de espaldas a la cama, y disfrutó del instante de paz que la suavidad y la calidez femenina le proporcionaban.

Afuera, las hojas de los macizos le cantaban al viento que azotaba las ventanas; las cortinas de la que permanecía abierta flotaban delineando olas. Sophie se dirigió hacia esta, a cuyos pies yacía su ropa, esparcida sobre el lustroso entablado. Vistió su camisa y su corsé bajo la contemplativa mirada de Killian, que esbozaba una sonrisa de intrínseco deleite.

—¡Aguarda! No te muevas —exigió el marqués, la inflexión contundente, pero lisonjera—. Estás preciosa con esta luz que inunda la estancia, perfila tu figura con un aura celestial.

Se alzó de la cama, enrollándose la sábana alrededor de su cintura, y se aproximó a su amada, que se mordía los labios. Unas mariposas aleteaban en el estómago de la joven, suscitándole suma voluptuosidad la naturaleza afiligranada y seductora de Killian. Cuán feliz y dichosa se sentía al fin, por muy inverosímil que lo juzgara.

—Baila conmigo, *mon amour*. Baila conmigo bajo la lluvia. —La envolvió en sus brazos, estrechándola contra su torso desnudo, y la meció mientras tarareaba una melodía en su oído.

* * *

Los marqueses se demoraron en presentarse a la cena, cada uno desde un lugar opuesto para evitar levantar sospechas. Se citaron unas horas después, pretendiendo encubrir el idilio hasta hallar el momento apropiado para

formalizar la relación. Sophie ignoraba cómo la familia y la servidumbre tomarían la noticia. En su fuero interno aún pugnaba contra la creencia de ser indigna del título de marquesa. ¿Cómo la mirarían todos? ¿Qué opinarían de ella? ¿La lapidarían o la acogerían en su seno como hasta entonces? Y Killian, ¿la haría partícipe de la cerrazón que opacaba los anteriores años de su vida? Numerosos entresijos faltaban por resolver, pero, como él había precisado, esa noche se levantaría el sombrío velo de los secretos.

* * *

Sophie tardó más de la cuenta en acicalarse, perfumarse, vestir su mejor camión y acudir a la cita, henchida de expectativas. ¿Volvería Killian a mimarla con halagüeñas palabras y con su tacto que la devastaba incendiando hasta el más recóndito corpúsculo de su ser? Lo deseaba tanto como el hambriento a la comida o como un árido pasto a la lluvia.

Aguardó al beso de buenas noches de Nouce, y a que su doncella personal se retirara a su lugar de descanso. Luego se apresuró a mudar su camión por otro, uno nuevo y el más refinado, sin duda. Esparció unas gotas de sus deleitosas esencias sobre su cuello y en el interior de sus muñecas, y desató los retales de tela que Einin ensortijaba en su albo cabello; de tal modo, a la mañana siguiente la joven lucía unos hermosos bucles. Frente a su tocador vaciló, dudando en utilizar los polvos de arroz y el ungüento labial que su tía le había regalado. Como se figuró que, de besar a Killian, lo mancharía del tono carmesí, optó por ataviarse con los encantos que la madre naturaleza le había otorgado.

Asió, pues, la palmatoria de un candelabro y colocó su oído contra la espesa puerta, asegurándose de que en el pasillo reinara la calma. No se distinguía ni un paso ni una respiración. «¡Vía libre!», consideró, acarreándole cierta inquietud la tesitura en la que se encontraría si la sorprendían deambulando a horas intempestivas. Se adentró en la oscuridad, entre los

majestuosos cuadros de las paredes de ornadas maderas y papeles de seda. Recorriendo el camino que la dirigía al ala oeste, discurría acerca del tema que Killian deseaba abordar.

—Es imperativo que regreses a mí esta noche, preciso comentarte un asunto que altera mi conciencia —le había planteado tras la cena, antes de retirarse todos a sus respectivas dependencias.

Cuando rebasó las primeras puertas del ala oeste, percibió un leve sonido que provenía de la cámara de Killian. Le provocó una dulce sonrisa cavilar acerca de qué ocurría allí dentro mientras la esperaba. ¿Se estaría impacientando? Pues llegaba con demora.

Un palpito causó que su corazón se envalentonara cuando escuchó el timbre de una voz femenina. Acto seguido, la puerta de los aposentos del marqués se abrió exiguamente, filtrándose un hilo de luz por el quicio. Aprisa, apagó la llama de la bujía y se agazapó bajo una consola de nogal anexada a una pared. Su mundo descendió a los infiernos al reparar en el rostro de una mujer que sujetaba una vela en una mano y, en la otra, un manojo de ropa. Reconoció la roja caballera al instante. Sin embargo, sus ojos poco se fijaron en los coloridos cabellos, sino en la silueta que se hallaba completamente desnuda. De repente le faltó el aire, el suelo se movió bajo sus pies y las paredes giraron a su alrededor. A pesar de la visión borrosa a consecuencia del mareo, y de sus ojos anegados en ácidas lágrimas, advirtió como Siobhan pasaba a su lado y, al percatarse de su presencia, le dedicaba una maliciosa sonrisa que implicaba un carácter inmoral y un talante inicuo.

Sophie tardó en levantarse, sumida en la opresiva conmoción que le imposibilitaba movimiento alguno, salvo el de su pecho, que se dilatava convulsamente. Incapacitada, paralizada, su cuerpo semejaba la gelatina. Se esforzaba en ahogar los sollozos de congoja que brotaban de sus adentros. El descubrimiento del amancebamiento la había devastado, aniquilando toda brizna del júbilo que había albergado minutos antes.

Sus ojos se acostumbraron, progresivamente, al entorno inundado de

penumbra, facilitándole el regreso a su cámara. Mientras palpaba las paredes, auxiliándose de su firmeza para situarse y evitar colisionar con un obstáculo, ponderaba sobre lo sucedido.

«¡¿Señor, cómo he vuelto a caer!?, deploró. «Me han roto el corazón, y esta vez es peor porque lo amo de verdad. He aprendido a amarlo tal y como es, en lugar de enamorarme de su posición o de su beldad. No aguantaré este dolor». Abrió sus labios con su mano para ocultar el llanto, soterrándolo en las profundidades de su garganta. «Me ha engañado afirmando que me amaba. ¡Mantiene un romance con Siobhan, Señor! ¿Cómo he sido tan tonta e ingenua? Lo sospechaba..., tal y como se hablaban y se miraban en la fiesta de mi cumpleaños, lo sospechaba. Mis conjeturas estaban fundamentadas. ¡Cuán crédula y necia he sido al juzgarme dichosa esta tarde! No lo puedo creer», se crucificaba, abrumándola el sufrimiento de la traición.

Si bien otras preguntas surcaban los mares embravecidos de su mente. ¿Por qué Killian había citado a Siobhan, a sabiendas de que ella los pillaría? ¿Killian deseaba humillarla? ¿Tan lejos llegaba su perfidia? «¿Cuál es mi sitio en este castillo, en el regazo de esta familia? No pinto nada aquí. Soy un lastre para todos. Lo he sido para mi padre y ahora lo soy para Killian. Albergaba la esperanza de agradarlo, de... enamorarlo, mas me equivoqué. Jamás me estimará, jamás me considerará su esposa. No soy nada para él, salvo otra vana conquista que emplear cuando requiera. Me da igual que esté bien visto por la sociedad que los esposos tengan amantes. Yo no lo toleraré. No puedo. ¡No puedo!». La quemazón en su pecho se derramaba como un ácido abrasivo por sus venas mientras evocaba una conversación con la tía Adelaïde; la había puesto al día acerca de las obligaciones conyugales, y le había explicado que los hombres solían recurrir a serviciales mujeres que aliviaban sus necesidades sexuales. «¡Embustero! ¿Cómo ha conseguido alimbararme al expresar sus sentimientos? ¡Estúpida!», se execraba con dureza. «Empiezo a creer que ningún hombre merece la pena. Thibaut fue el primero en engatusarme con embaucamientos, a pesar de que había prometido

desposarme, y aunque sé o intuyo que estaba enamorado de mí, me tomó antes de cumplir su promesa marital. Killian ha sido el segundo. No habrá un tercero. ¡Jamás!», se prometió, extinguiéndose su luz interior de virtuosa candidez que su mirada proyectaba al ver el mundo.

Con su corazón corrompido a causa de la atribulación, se internó en su aposento y, dotada de una celeridad que calcinaba su cuerpo, se dirigió a su escritorio. Manuscibió una breve carta, repitiendo cuanto había argumentado de camino, tiñendo las palabras con sus lágrimas. Dobló el papel y lo depositó sobre su cama antes de abandonar su dormitorio, con un nudo en la garganta y las manos temblorosas. Ataviada de su camión de delicado algodón y encajes, alcanzó las escaleras abriéndole paso el candil de capuchina de bronce que empuñaba. Antes de posar un pie sobre el quinto escalón advirtió una presencia; unos pasos avanzaban hacia el recibidor del primer piso desde el ala oeste. ¿Se trataría de Siobhan, o de otra persona? Dada la forma de caminar y el sonido a madera de la muleta que acompañaba la cadencia, certificó que era Killian. Se apremió en descender los peldaños faltantes hasta el vestíbulo, y abrir la puerta principal del castillo con sumo sigilo.

Killian llamó a la puerta de la alcoba de Sophie, los nervios a flor de piel. ¿Qué le había impedido presentarse a la cita como habían acordado?

Momentos antes, solo en sus dependencias, extremadamente frías y vacuas cuando Sophie no lo acompañaba, se había desesperado, pues ansiaba verla. Esa noche aspiraba a revelarle una parte clave de su vida: su anterior matrimonio. Sin embargo, al no acudir Sophie, una aciaga preocupación se apoderó de él. A punto de salir a su encuentro entreabrieron la puerta sin llamar. Su estremecimiento se desvaneció, apiadándose de él aquella inquietante sensación en el estómago que le regaba la boca de un sabor amargo.

—Me disponía a ir a tu encuentro, *mo elf lómhara*. —Mi preciosa elfo, se alegró de recibirla al fin—. Empezaba a plantearme si Nouce te habría

raptado. —Rio antes de divisar el rostro de una mujer, distinto y falto de la frescura y pureza del de Sophie.

—*Mo elf lómhara*. ¿Así llamas a esa santa de pacotilla? —cuestionó la mujer de baja estofa.

—¿Qué diablos haces aquí? ¿No he sido lo suficientemente tajante cuando te advertí que te abstuvieras de regresar a mi alcoba? Vete ahora mismo o te despediré —amonestó el marqués a su antigua amante, Siobhan.

—Añoro tus manos, Killian. —Anduvo hacia el hombre, cuyos músculos se habían contraído y su postura tornado a la defensiva—. Al igual que añoro la hombría que tantas alegrías me aporta. —Barrió su largo cabello rojo hacia su hombro izquierdo, y con un acorde sensual destrabó el lazo de su camión; las solapas se unían sobre su pecho firme y abundante.

—No me interesas, lo reitero. Estoy casado. —Cruzó el dormitorio hacia la puerta.

—¿Y un hombre casado no debe beneficiarse de los placeres que le brinda la vida? —Se desvistió, deslizándose la tela que cubría sus hombros hacia su cintura y, seguidamente, hasta sus pies.

—¿Qué haces? Mi esposa está a punto de venir. —El acre sabor que había permanecido en su paladar se intensificó, provocándole una arcada de hastío.

—Ella puede mirarnos. —Arqueó una ceja con expresión perversa—. Quizás le enseñemos un par de posturas a esa santita. —Se acercó a Killian, quien reflejaba una mirada de furia.

—¡Recoge tus pertenencias y márchate a primera hora de la mañana, Siobhan! —Aferró el brazo de la pécora, quien emitió un gemido de dolor al aplicar Killian tanta fuerza—. Te destierro de este lugar. No te atrevas a regresar jamás a mis tierras, o lo pagarás caro. —La zarandeó brutalmente—. ¿Me has entendido?

—¡Suéltame, Killian! Me haces daño. ¿Qué te sucede? Lo pasábamos tan bien los dos antes de que llegara la mosquita muerta...

—Para ti ya no soy Killian, sino Su Señoría, el marqués de Connemara. Y

como vuelvas a referirte a la marquesa de Connemara de tal modo, te mataré con mis propias manos —susurró, furibundo, mientras atenazaba el brazo de Siobhan, a punto de rompérselo—. ¡Ahora, largo! —voceó, encolerizado. Sus ojos despedían unos truenos de amenazadores visos.

Killian aguardó unos minutos más a que Sophie apareciera tras la marcha de la perniciosa Siobhan, antes de encaminarse a sus dependencias. Cuando penetró en el solitario interior halló una carta sobre el lecho. ¿Dónde se escondía Sophie? Una parte de él imaginaba, o ambicionaba, que le hubiera destinado una broma, o planeado una sorpresa, ofreciendo el contenido de la nota su ubicación; sin embargo, en lo profundo de su ser percibía un sentimiento extraño que apenas le permitía respirar; algo iba mal. Leyendo las primeras palabras concibió que, lejos de tratarse de una broma, Sophie había abandonado Kylemore.

—¡Nooo! —aulló, la voz quebrada y ensombrecida. Arrugó el mensaje en su puño, la mirada perdida y afligida. ¡Sophie se había hecho eco de su relación con Siobhan! Y si se había marchado de aquel modo en mitad de la noche, significaba que jamás lo perdonaría.

Una ola de desolación se filtró bajo su piel. ¿Cómo? ¿Cuándo había sucedido? De pronto, escuchó el repiqueo de unos cascos proveniente del exterior. Se apresuró a acceder a la ventana, la abrió y se inclinó sobre el alféizar.

—¡Sophie! —gritó a pleno pulmón, consiguiendo alcanzar los oídos de la joven, que, al verlo, ordenó a su caballo emprender el trote—. ¡No me abandones, te lo ruego! —lanzó el quejido al viento, perdiéndose su reverberación hacia el resplandor del lago.

Sin dilación, corrió cojeando y sujeto a la muleta hasta el piso inferior, procurando evitar romperse el cuello si caía al bajar las escaleras, impulsado por los efectos del frenesí. Veloz, prosiguió hacia las caballerizas y, una vez allí, guarneció la cabeza de Thunder con su bozal, obviando colocarle la silla de montar, pues el tiempo corría en su contra. Se auxilió de un pequeño

taburete para trepar a su lomo, exhalando un enlatado gemido al molestarle las costillas. Espoleó los flancos del animal de oscuro pelaje provocándole un impulso de arranque. Thunder salió precipitado de la cuadra, dejando el portón de madera abierto tras él.

Se internó en el sendero del bosque, sorteando la estrechura de los árboles que frenaban su paso; también habrían moderado la huida de Sophie, caviló. A saber dónde se hallaba ahora, y a saber qué dirección decidiría tomar. Desde la ventana había oteado el rumbo de la nívea montura. Sophie había girado hacia el atajo que conducía a las tierras de un arrendatario en Tully Cross; en semejante sentido a cuando el caballo con el que se había aleccionado con Aidan se desbocó.

¿Se dirigiría a la carretera principal que unía Kylemore a Rinvyle? ¿Elegiría otro camino ingresando en los herbazales y las llanuras, o soslayaría los lagos y las colinas? Si Killian pretendía asegurarse de cuál era su paradero, necesitaba alcanzar un trecho clareado, puesto que donde se situaba, orillando las frondosidades, apenas obtenía la visión de su entorno. Agradecía a la luna su foco reflectante, pues su luz esclarecía los doseles de los árboles, tamizando unos irrisorios rayos entre las oquedades de las copas.

En la lejanía, al salir de la espesura de la algaba, en la angostura del camino que colindaba con las paredes rocosas de la montaña, avistó la silueta blanca como la nieve de un ruano cabalgado por una mujer de argéntea melena, cuyos rizos se arremolinaban a sus espaldas. La persiguió durante quince minutos sin lograr aventajarla. En vano apretaba el paso, pues el corcel de Sophie galopaba cual galerna.

A dos kilómetros de Tully Cross, Killian le perdió la pista. Prosiguió hasta la morada del granjero. Nada. Ni rastro de ella.

¡Killian se había equivocado de ruta! De otro modo, ¿dónde o cómo se había esfumado Sophie? «Imposible», ponderó. Esta había tomado la bifurcación a Gowlaun, a través de los pastizales. No cabía otra explicación. Un arrebató de rabia lo enloqueció, suscitando que se maldijera a sí mismo

con vejaciones e innumerables impropiedades. Rezó como jamás le había implorado a Dios hasta entonces con el propósito de reencontrarse con su amor.

¿Cuánto debía acaecer para que una persona se diera cuenta de cuánto necesitaba a otra? Killian lo supo en ese preciso instante. Daría su vida por ella. Se desvió hacia la ramificación de Gowlaun.

Arribando a una planicie a contados kilómetros de la costa, divisó el trote de Lullaby atravesando un terreno escabroso hacia un acantilado. Se dirigía claramente hacia el vacío.

—¿Qué diantres te propones, Sophie? —interrogó en voz alta, sobrecogido. Aun sin creerlo, temía lo peor.

Cabalgó sin respiro tras los pasos de la joven que, perturbada y decidida, se disponía a renunciar al mundo terrenal.

Sophie se apeó del lomo de Lullaby y se aproximó al borde del despeñadero, arremolinándose su camisón alrededor de sus piernas al soplar un salobre céfiro. Ante ella se descubría un mar en calma, de un magnífico color endrino. Las estrellas reverberaban en el cielo abierto de inexpresable belleza, en cuyo zenit la luna la acompañaba ataviada de sus mejores galas. Su cabello bailaba en torno suyo, proveyéndola de un aura blanca de matices plúmbeos cual vistoso manto. Era el momento, *su* momento. Se había convencido durante el tiempo que había durado la travesía. Franquearía un límite que su Dios jamás le perdonaría, o quizás sí una vez limpiados sus pecados en el purgatorio. Los protestantes y anglicanos censuraban tal certidumbre, mas ella veneraba los paradigmas católicos en los cuales las monjas la habían instruido desde tierna edad.

—Te pido perdón, Señor. Esta vida es ilusoria y cruel. A sabiendas de que tu amor no conoce límites, entendería que no me acojas en tu celeste vergel, pues he pecado. Estoy dispuesta a sufrir las consecuencias de mi flaqueza al infringir tus credos. No soy merecedora de tu...

—¡Sophie! —reverberó la voz de Killian en la distancia.

—Soy tu sierva, Señor. Haz conmigo cuanto consideres, mas un deseo te solicito: devuélvele la felicidad y las ganas de vivir a Killian. Lo amo como jamás he amado a nadie —confesó a su creador admirando las lejanas olas; se rompían en la base de los abruptos dientes del acantilado, donde las lóbregas aguas ocultaban su fondo y se perdían en las tinieblas—. Te estoy agradecida por enseñarme el amor verdadero. —Le dedicó a Killian sus últimas palabras mientras sofocaba un grito que se disipó en el descenso a los abismos del océano.

—¡Nooo! —clamó Killian, adivinando el acto de la joven al saltar hacia el mundo de las almas.

Killian apuró a Thunder con el designio de acelerar su aproximación al acantilado que separaba cielo y mar. Saltó de su montura, estorbándole la pierna cuyos huesos todavía se sanaban, si bien el dolor le importaba un comino. Nunca se perdonaría haber llevado a Sophie hasta el sendero de los avernos. Jamás se eximiría de la culpa de haber dejado escapar a su salvadora.

Ojeó el profundo precipicio donde su amada se había lanzado y, aferrándose a la esperanza de salvarla, elaboró un salto de fe, abrazando el vacío que lo alejaba del ángel que le había devuelto la razón de su existencia. Sin meditarlo había saltado de cabeza, aspirando reencontrarse con ella en el más allá si ninguno sobrevivía.

Avistando el tortuoso oleaje, los metros se empequeñecieron. Se arrepintió de cada palabra, de cada gesto, de cada detalle fuera de lugar que exasperó y laceró a la joven, conduciéndola al suicidio. Y durante unos exiguos segundos, creyó en el Dios que lo había abandonado cuando le arrebató a su esposa y a su hijo. El corazón henchido de bondad, le pidió otorgarle la dicha que tanto había añorado hasta encontrar a Sophie.

Arrojado a las entrañas del piélago, forcejeó contra las corrientes en un intento de resurgir a la superficie. Falto de aire, la pierna y las costillas

dolientes, consiguió nadar hacia el cuerpo que flotaba entre las albugíneas espumas.

—*¡Mon amour*, despierta! —ordenó, la voz inquieta y teñida de exasperación, a las faldas de la escarpada pared tan majestuosa como imponente; semejaba una fútil réplica de los acantilados de Moher—. ¡No, no, no! —sollozó, los labios sobre los de Sophie, desvanecida—. No puedes dejarme, tú no. Haré cuanto me exijas para redimirme, mas no me abandones. —Las salobres lágrimas de sus ojos cuales hileras se fundían con el mar.

Afianzó el cuerpo de la joven, inconsciente, y tiró de ella mientras luchaba contra los embistes de los rompientes, hasta acceder a la algaida de una playa, lindante a unas suaves dunas cubiertas de carrizo. Soplaba una brisa que, de noche y con las ropas empapadas, se convertía en un bóreas inclemente. La tendió sobre un lugar refugiado del médano, entre la maleza, y les insufló aire a sus pulmones mediante un prolongado beso.

Mientras tanto determinó que estaba maldito; los hechos lo sentenciaban. Si Sophie abandonaba este mundo, ni todo el láudano sobre la faz de la tierra conseguiría paliar su tormento.

—*Mo chara*, despierta. —Cariño mío, la nombró—. Despierta o te seguiré hasta la riba de las almas yacientes. Te amo más que a mi propia vida. He sido un desalmado... ¡¿Sophie?! —observó como su pecho se hinchaba y, acto seguido, como expulsaba un chorro de agua al toser.

—¿Killian? —musitó Sophie, figurándose que se hallaba a las puertas del Cielo.

—¡Respiras! Creía que te perdía. —Rio a causa del ingente júbilo. La besó repetidamente.

—Killian, no me toques. —Lo apartó con un movimiento violento—. Lo sé... —Tosió—. Lo sé todo sobre tu esposa, sobre Siobhan... —reveló con extintas fuerzas. Ladeó el rostro, esforzándose en soslayar la mirada de Killian, tendido junto a ella.

—¿Cómo lo has...? —Poco le importaba ya cómo lo había averiguado. Se

aprestó a contárselo todo—. Aguarda, Sophie, es complejo de explicar, e ignoraba cómo decírtelo. Conocí a mi esposa con catorce años y me casé con ella. Es cierto que la amé, al igual que tú amaste a otro antes de conocerme. Ambos conservamos los resquicios de un pasado que nos turba. Ella falleció llevando a mi hijo en su vientre, lo cual me produjo un inefable sufrimiento, mas... tú eres la mujer de mis sueños, tú eres mi esposa ahora. ¡Sophie, te amo!

—¡Mientes, Killian! Nunca me has amado. ¿Por qué me has seguido? ¿Incluso la muerte te propones arrebatarme? ¿No me has humillado bastante?

—Por supuesto que te amo, y si decides quitarte la vida, si te marchas, partiré contigo. Te amo demasiado para permitir que emprendas tú sola este viaje.

—Basta, Killian —plañó, ocultando sus escocidos ojos tras sus manos—. Te atormenta el recuerdo de tu esposa, por lo que nunca me tratarás como tu consorte. Y además te encamas con Siobhan, tu amante. ¿Soy un desahogo para ti cuando ella no acude a tu cama? —chilló, la garganta seca y áspera, el deje taciturno.

—Lo eres todo para mí, Sophie. —Se arrastró hacia el lado cuya mirada clavaba—. Lo que había entre Siobhan y yo terminó en cuanto apareciste y pusiste mi existencia patas arriba. Eres el albor de mis días, el ocaso de mis noches. No puedo vivir sin ti, Sophie. Te lo ruego, no me abandones, o te seguiré allá donde te dirijas —prometió, amparando el rostro de la joven entre sus manos.

—¡Mientes, como mienten todos! —lloriqueó. La piel empezaba a helársele, mas su fuero interno ardía—. ¿No te has acostado con ella esta noche? La vi salir de tus aposentos, sin ropa que tapara sus vergüenzas. —La indignaba evocarle.

—Desde que te conozco te he sido fiel. Solo me importas tú. Mas te he decepcionado, y lo lamento. Perdóname. No hay nada entre Siobhan y yo. La he despedido esta misma noche, cuando vino a verme. Se desvistió ante mí y

la rechacé. Lo que viste fue una mujer despechada abandonando mi cámara. Te lo prometo. Eres la única dueña de mi corazón, la única capaz de hacerme reír y llorar. Sophie, sin ti soy un cuerpo sin alma, un demente, un miserable. ¡Te amo! ¡Te amo! —repitió sin vacilar, falto de hálito.

—Me cuesta confiar en ti —manifestó, abriéndose su corazón paulatinamente.

—Te prometo, Sophie, que siento por ti cuanto jamás he sentido por nadie. Ignoro cómo te has convertido en una persona esencial para mí, mas es cierto, y albergo la esperanza de que me creas cuando te digo que he vuelto a la vida al conocerte. Deseo que seas mi esposa en esta nueva vida. —Besó sus frías manos y el anillo matrimonial que engalanaba su dedo anular—. Me conoces como nadie, conoces mis silencios, mis sonrisas, mis atisbos de bromas... ¡Eres perfecta! Estoy ansiando hacerte feliz. Créeme, te lo ruego —pidió sellando su confesión contra los labios de Sophie.

—Mi alma se quebró cuando esa mujer... —Se guardó las palabras enmarañándolas en un nudo que atenazaba su garganta.

—Solo te amo a ti, solo te deseo a ti. Jamás existirá otra mujer capaz de cautivar me como tú lo has logrado. Mírame, no te engaño. Mírame. —La besó mientras ella aflojaba los músculos y le permitía saborear el yugo de sus labios.

—Te amo, Killian. —Lo creyó y, liberando los sentimientos que había silenciado, se entregó a él en cuerpo y alma bajo el candor de la luna.

Epílogo

Abril, 1853

Ocho meses después

El té de la tarde se sirvió bajo una fastuosa carpa del jardín que los marqueses habían instalado recientemente, junto a una innumerable variedad de fragantes flores que teñían el lugar de alegría. Sophie y Killian, inseparables y acaramelados, se habían sentado frente a los Solberg, los encantadores abuelos maternos de la joven.

El investigador privado de Killian había dado con ellos transcurrido mes y medio desde el episodio en los acantilados. Anders y Eridan Solberg vivían en Noruega junto a la mayoría de la familia, constituida de numerosos miembros. La madre de Sophie, Nicole, tenía muchos parientes: seis hermanos, cuantiosos primos, tíos y sobrinos. Por ende, Jean había mentido, acogiéndose como de costumbre a sus embustes con el propósito de separar a Sophie de las personas de buen corazón que, sin duda, la habrían tratado con inconmensurable amor y respeto.

Eridan, la dulce y afectuosa abuela de la joven, le reveló cuanto ansiaba saber. Le explicó que Nicole había conocido a Jean cuando esta visitaba a una tía en París. Se casó con él pese a la oposición de Anders, su padre. Durante un tiempo la relación se rompió, sobre todo a causa de Jean, quien menoscababa el trato de Nicole con su prosapia al proceder de una baja alcurnia. Mas dicha relación volvió a fortalecerse cuando Nicole se encintó, precisando compartir la venturosa noticia con los suyos.

El despreciable Jean les envió una sucinta correspondencia, haciéndoles

sabedores del fallecimiento de Nicole y del bebé en el parto, y exigiéndoles abstenerse de viajar a Francia, pues el entierro ya se había celebrado. A pesar de sus imposiciones, los Solberg se apresuraron a acudir a Bellevue, donde se les negó la entrada. Rotos de dolor, regresaron a Noruega sumidos en un mar de incógnitas y de nefasto tormento; no gozaban de dinero ni de medios para desenmascarar al ignominioso ser.

Y allí se encontraban, casi veinte años después, sentados frente a su nieta Sophie, dichosa y embarazada, evocando cómo se habían conocido, mientras Branna y Norah conversaban con Aidan y Marine, invitada a Kylemore, sobre las canteras y la fábrica, que iban viento en popa.

En resumidas cuentas, los Solberg habían recibido una misiva de Killian a primeros de octubre, pretendiendo asegurarse de que deseaban conocer a su nieta antes de cometer el error de mencionarle la existencia de estos a Sophie, con el fin de no darle falsas esperanzas. Los Solberg contestaron incrédulos a la par que entusiasmados. La segunda carta les llegó escrita de puño y letra de la joven, henchida de euforia y alborozo. Luego, se realizó un ingente intercambio de cartas, señalando en todas ellas cuanto ambicionaban conocerse, y planeando en las últimas dónde y cuándo acaecería el encuentro. ¿Acaso existía mejor lugar que Bellevue para ello?

Sufragados por Killian, más de cincuenta noruegos se presentaron con sus ropas de domingo a la fiesta que Jean celebraba, tras meses ideándola y suplicándole al marqués que asistiera.

En su círculo nadie lo tomaba en serio cuando afirmaba que su hija se había desposado con un apuesto miembro de la nobleza, dueño de un extraordinario marquesado. Le desesperaba aguardar la confirmación, que ansiaba maliciosamente, de la venida de Killian. Volvería a ver a su maldita hija, sí, pero haría de tripas corazón, pues era la menor de sus preocupaciones. Le interesaba la presencia del marqués, o más bien su título, y el aporte que le brindaría tal distinción al negocio y a su apellido.

¡Al fin lo había conseguido! ¡Al fin había ganado! Su pérfida sonrisa

menguó, no obstante, cuando en un discurso de agradecimiento improvisado el marqués presentó a la familia materna de su consorte a todos los presentes, que incluían miembros de la nobleza francesa. El nombre de Nicole había sido la palabra establecida como la señal secreta que provocaría a los Solberg a entrar en tropel, pues el plan comprendía que hasta entonces se mantuvieran escondidos en las afueras de la mansión.

Cuán humillado y herido en su orgullo se sintió Jean, cuán rebajado. ¡Y en su propia casa, además! ¡Qué vergüenza! Jamás lograría reponerse ni hacer frente a las habladurías. Jamás perdonaría tal argucia a su detestable yerno, a quien juró un odio eterno.

—¿Así que pretendías quitarte de encima la lacra de tu familia política, eh?! —escarneció Killian al oído de Jean, a su vera en lo alto de un escenario donde tocaría la orquesta.

—¡Maldito...!

—Va, va, va. —Lo interrumpió Killian, sonriente y jactancioso—. Cuida tu lengua, querido suegro. Te diriges a un marqués, no lo olvides. Te podrían aspar por el simple hecho de ofenderme. —Le propició unas brascas palmadas en la espalda—. Ah, y espero que no te molesten mis invitados, les aseguré que podían bailar y cantar a pleno pulmón si lo deseaban, así como disfrutar de los manjares y bebidas a su antojo. Y bien es sabido que todo vikingo que se precie no debe abandonar una fiesta sin emborracharse, fornicar y ofrecer alguna que otra pelea. Me temo que te resultará necesario adquirir los servicios de un decorador sin más tardar. Buenas noches. —Elaboró una venia con ludibrio gesto y se alejó hacia Sophie, mientras Jean permanecía clavado en el suelo, las palabras atragantadas y el semblante macilento.

—¿Qué sucede, Killian? —cuestionó la joven al reparar en la faz cadavérica de su padre.

—Nada, querida. Liquidaba mis deudas. —La besó apasionadamente—. Te amo, esposa mía.

Biografía



Bajo el seudónimo J.F. Morgan escribe Sylvia Couget, autora francesa de novelas románticas.

Su relación con los libros no llegó como un flechazo en la infancia como le sucede a muchos escritores. Salvo los cuentos tradicionales no ahondó en la literatura hasta cierto verano de su adolescencia.

Entonces sí le alcanzó un amor a primera vista; un amor que se impuso y se fortificó a medida que devoraba una colección de novelas románticas muy antiguas, escondidas en un taquillón de la casa donde vivía en Francia.

Le satisface que sus lectores se evadan a los lugares que ha creado, se enfaden o rían con los personajes considerándose parte de su trama, y se dejen envolver por el manto de la imaginación que no entiende de edades o de límites.

Notas

1. Oscar Wilde definió Connemara como «una belleza salvaje».

1. *Jeune fille*: jovencita o muchacha.

2. *Seigneur* significa señor; no obstante, posee una connotación perteneciente a la nobleza, a diferencia de *monsieur*, que se usa para definir a cualquier caballero.

1. El *hurling* es un deporte de equipo de procedencia celta, que consiste en golpear una pelota mediante unas palas de madera.

La marquesa de Connemara

J. F. Morgan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Amina'ently / Shutterstock

© J. F. Morgan, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-20996-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

